COLEGIO VIARÓ

VADEMECUM LATINAE LINGUAE

Cuaderno del alumno

[αæa]

VADEMECUM LATINAE LINGUAE

0. La lengua latina:

"Nuestra lengua española no es más que la lengua imperial de Roma modificada por el genio particular de nuestro pueblo y por las diversas influencias que desde entonces se han ejercido en nuestro país.

Estudiar el latín es, pues, a la vez estudiar el idioma de nuestros antepasados, la fuente de nuestra lengua actual y el lazo de parentesco que la une con las demás lenguas modernas del Occidente de Europa, especialmente el portugués, el francés, el italiano y, en cierta medida, el inglés. Es, además, estudiar el vehículo de la cultura europea moderna y el medio de que se ha valido durante siglos, y se vale todavía la Iglesia Romana para ejercer su autoridad y definir su doctrina."

E. Valentí Fiol

1. El alfabeto latino: el abecedario

El alfabeto latino, que coincide prácticamente con el nuestro, que se deriva de él, consta de 23 signos:

A	B	C	D	E	F	G	H	I	K	L	M	N	O	P	Q	R	S	T	V	X	Y	Z
a	b	c	d	e	f	g	h	i	k	l	m	n	o	p	q	r	s	t	u,v	x	y	z

1.1 Vocales:

Las vocales latinas son cinco, como en castellano y catalán:

a e i o u

Su pronunciación es sensiblemente la misma que en nuestra lengua. Las vocales *i*, *u* ante otra vocal y formando una sílaba con ella, tienen valor consonántico. Cuando *u* sea consonante, la escribiremos *v*.

cave iube

1.2 Diptongos:

En latín se encuentran los diptongos siguientes: *ae, au, oe* y, menos frecuentes, *ei, eu, ui*. *Ae y oe* se escriben a veces *æ* y *œ* y, en latín vulgar y tardía se pronunciaba *e*. La pronunciación clásica evolucionó y, alrededor de los siglos I a.C. y I d.C., y había algunas modificaciones: la C, la G, la T y la V, así como los diptongos.

Ejemplo:	*rosae*	*rose*
	Proelium	*prelium*

Para mantener el uso clásico hay que pronunciar muy rápidamente la *e*, para formar una sola sílaba.

1.3 Consonantes:

Las consonantes latinas se clasifican del modo siguiente:

		Labiales	Dentales	Guturales
Oclusivas	Sordas	p	t	c, k, q
	Sonoras	b	d	g
Nasales		m	n	
Fricativas		f	s, z	
Líquidas			l, r	

NB La pronunciación de las palabras es, en general, como las castellanas, pero si se quiere mantener, en lo posible, la pronunciación clásica, deben tenerse en cuenta las particularidades siguientes:

I. A veces se usa también la j para usar la i acompañada de vocal (ejus, en vez de eius), y la u o la v, según sea vocal o consonante. Usaremos las dos: video (no uideo), naus.

II. La h, que primitivamente (del griego) marcaba una aspiración, perdió pronto, como en castellano y catalán, todo valor fonético.

III. *c* y *g* ante *e*, *i* se pronuncian del mismo modo que ante *a*, *o* y *u*: *Cicero* (quíquero), *genus* (guenus), *agito* (aguito).

IV. ll se pronuncia como dos eles: ille (il·le), vallum (val·lum)

V. Después de q y g, la u se pronuncia siempre, con un sonido rápido: quartus (cuartus), queror (cuéror), sanguis (sangüis)

VI. Ch se pronuncia como c sencilla: pulcher (pulquer), machina (maquina).

VII. z equivale al sonido ds: gaza (gadsa)

VIII. ph se pronuncia f.

1.4 El acento y la cantidad de las sílabas:

En latín no había signos para indicar la cantidad de sílabas. Se emplean los signos ˘ y ¯ colocados sobre la vocal para saber, respectivamente, que es breve o larga.

Los diptongos son siempre largos y los monosílabos son acentuados, excepto las preposiciones, las conjunciones y enclíticos.

Una vocal seguida de dos o más consonantes o de consonante larga es **larga**

No existe acento gráfico, sino que hay **acento tónico**, que viene regulado por la cantidad (larga o breve) de las sílabas. No hay agudas o sobreesdrújulas.

Las palabras de *dos sílabas* son, por tanto, *todas llanas*: rósa, cónsul, cíves. Las que tienen más de dos son llanas si la penúltima es larga, y esdrújulas si es breve.

Ejemplo:

Homĭnes	*hómines*
liberalĭter	*liberáliter*
virtūtes	*virtútes*
pedēstris	*pedéstris*
monumēntum	*monuméntum*

1. Lee en voz alta las palabras siguientes, procurando pronunciar correctamente las letras subrayadas:

chorus	procella	inhumanus	philosophus	schola
sanguis	aqua	iaceo	mihi	requies
aquila	aequalis	voluntas	zephirus	nationem
decedo	magister	rexit	oeconomia	flagellum

2. Lee correctamente el texto siguiente:

Turbāto per metum ludĭcro maesti parentes virgĭnum profugiunt incusantes violātum hospitii foedus deumque invocantes, cuius ad sollemne ludosque per fas ac fidem decepti venissent. Nec raptis aut spes de se melior aut indignatio est minor.

Tito Livio

2. Partes de la oración

Las partes de la oración latina son ocho: **sustantivo, adjetivo, pronombre, verbo, adverbio, preposición, conjunción** e **interjección**. Se dividen en variables e invariables, según si permiten cambios en su forma, debidos a modificaciones de género, número, etcétera.

Esto tiene que ver con un tipo muy concreto de monemas: los morfemas flexivos, que pueden ser de nombre (flexión nominal: perro, perra, perros, perras) o de verbo (flexión verbal: canto, cantas...)

Invariables:	adverbio, preposición, conjunción e interjección.
Variables:	declinables: substantivo, adjetivo, pronombre
	conjugables: verbo

El latín no tiene artículo (*el* perro, *las* señoras), y en la traducción al castellano, que ya veremos cómo se hace, hay que suplirlo. El sentido nos indicará en cada caso si debemos usar el artículo definido o el indefinido. Así *rosa* deberá traducirse, según los casos (contexto), *la rosa* o *una rosa*.

3. Géneros

Hay tres géneros en latín: *masculino, femenino* y *neutro*. En general,

Masculino	Femenino	Neutro
Varón	Mujer	Cosas inanimadas
Oficios varón	Oficios mujer	
Pueblos	árboles	
Ríos	ciudades	
Vientos	países	
Meses	islas	

4. Número

Las palabras variables tiene en latín *dos números:* singular y plural.

Algunas, excepciones, sólo tienen plural o singular: calendae, calendarum.

5. Los casos

En las lenguas no declinables, como el castellano y el catalán, las diversas funciones de los sintagmas (agrupaciones de palabras con función única) se conocen a través de las preposiciones.

Ejemplo:
En la frase "El perro es de Juan", sé que "de Juan" es complemento del nombre (CN) porque es una de las principales funciones de los sintagmas que comienzan por de:

El perro es ***de** Juan* — *CN*   *La mochila* ***de** mi padre es grande* — *CN*

Lo que en castellano se hace, como ya hemos visto, por medio de preposiciones, en latín (y en las otras lenguas declinables) se hace usando unas *terminaciones distintas para cada función* (CD, S, Atr, CC, etc.). Estas terminaciones se llaman *desinencias* y se unen a la *raíz*. Es muy importante, por tanto, saber encontrar la raíz de las palabras variables.

Los *casos* son las diferentes formas que pueden adoptar los sustantivos, adjetivos y pronombres según la desinencia que han cogido, que depende de la función que desempeñen en la oración. Se usan expresiones como "¿En qué caso está esta palabra?", para referirse a la desinencia que está unida a la raíz de esa palabra, cosa que hará que tenga una determinada función dentro de la frase.

Los casos son seis: nominativo, vocativo, acusativo, genitivo, dativo y ablativo. Tienen las siguientes funciones.

1-. Nominativo: es el caso del **sujeto** de las formas personales del verbo. (Hay, en los verbos, formas no personales: infinitivo, participio y gerundio. Como son no personales, no tienen sujeto y, por tanto, el nominativo no puede ser su sujeto). También es el caso del **atributo**. Un sintagma que en castellano fuera el sujeto de una oración, en latín sería una palabra en nominativo.

El perro es de Juan
S — *En latín, sería (iría en el caso) nominativo*

Juan es estudiante
Atr — *En latín, sería (iría en el caso) nominativo*

2-. Vocativo: es el caso de la **apelación**, para llamar la atención a una segunda persona. No hace de sujeto. Un sintagma que en castellano tuviera por función el ser vocativo, en latín sería una palabra en vocativo. El vocativo latino, como en castellano, se reconoce porque

1. Suele ir a principios de frase, seguido de coma: "Maite, ven aquí".
2. Suele ir con signos de admiración
3. Puede ir, en latín es más común, con "Oh,". ¡Oh, amigo!

¡Juan, ven aquí!
V — *En latín, sería vocativo.*

3-. Acusativo: es el caso del **CD**. Un sintagma que en castellano fuera el CD de una oración, en latín sería una palabra en acusativo.

Juan come manzanas
CD — *En latín, sería acusativo.*

4-. Genitivo: es el caso del **CN**. Un sintagma que en castellano fuera el CN de una oración, en latín sería una palabra en genitivo.

Cara de bobo
CN

En latín, sería genitivo. Se reconoce porque va con la preposición de, aunque no todos los que van con de son genitivos (CN).

Ej: Vengo de comer
CC

5-. Dativo: es el caso del **CI**. Un sintagma que en castellano fuera el CI de una oración, en latín sería una palabra en dativo.

Lo doy a él
CI

En latín, sería dativo. Se reconoce porque va con la preposición a o para, aunque no todos los que van con esas preposiciones lo son. Tiene que ser quien recibe el bien o daño de la acción.

Ej: Vengo a comer
CC

6-. Ablativo: es el caso de muchos **CC**, pero no de todos. Un sintagma que en castellano fuera un CC de una oración, en latín sería una palabra en ablativo. Otros CC sí que necesitan preposiciones, porque el matiz que da el ser ablativo no es suficiente. (Ej: voy a la ciudad)

Mató con la flecha
CC *En latín, sería ablativo.*

1-. Ejemplo de "perro" y "lápiz" para comprender las declinaciones:

2-. Une, en un párrafo con sentido, las siguientes palabras: desinencia, terminación, raiz, caso, declinación, función, palabra.

3-. Encuentra la función en castellano de los sintagmas subrayados (agrupaciones de palabras con una misma función) y di qué caso tendrían si estuvieran en latín:

La casa de la pradera es de lo peor que hay
La casa de la pradera es de lo peor que hay
La casa verde es de lo peor que hay
Mi padre compró un matorral silvestre
Compro manzanas para mi padre
Abrí la puerta con las manos
Juan y Lourdes no sabían coser camisas
Las niñas juegan
El sol brilla
Practiquemos la virtud
El avaro amasa riquezas
No la conoces
La fruta de este árbol es dulce
Madre, ven aquí.

6. La declinación

El conjunto de los seis casos en que un nombre —u otra de las palabras declinable (vid 2)— puede encontrarse, tanto en singular como en plural, recibe el nombre de *declinación*.

7. Tema, raíz

Lo que queda de un nombre al separar de él las desinencias de caso, recibe el nombre de *tema*. Así, ros-, domino-, leg-, navi-, curru-, die- son temas de rosa, dominus, lex, navis, currus, dies, respectivamente.

Nosotros nos guiaremos por las *raíces*, que es —como en castellano— lo que queda de una palabra una vez se ha separado de ella todos los prefijos y sufijos; suele ser común a una familia de palabras, y es el elemento portador del sentido fundamental de éstas. Así *am-* es la raíz de todo el grupo *amo, amor, amicitia, amator, amicus*, etcétera.

8-. El enunciado de las palabras

El enunciado de las palabras es la forma que tienen en el diccionario. En castellano, todas las palabras tienen una sola palabra.

> *Ejemplo:*
> *Enunciado:* (Del part. de enunciar).
> *1. m.* enunciación.
> *2. m. Gram.* Secuencia finita de palabras delimitada por pausas muy marcadas, que puede estar constituida por una o varias oraciones.

Las palabras en latín pueden tener varias palabras en su enunciado. En concreto, las invariables tienen una (cras: *adv*, mañana). Las variables, depende de cada categoría gramatical. E incluso hay cambios dependiendo de qué categoría gramatical se trate.

9-. El enunciado de los sustantivos:

Los sustantivos españoles (y de las demás lenguas no declinables) tienen en su enunciado una palabra: el singular masculino, o femenino si la palabra es femenina. Para comprobarlo, www.rae.es.

Los sustantivos latinos, partes de la oración declinables, tiene dos palabras en su enunciado: el *nominativo singular* y el *genitivo singular*. Si buscamos un sustantivo en el diccionario, hallaremos:

***Rosa, rosae**: f. Rosa.*
n s gen s gén definición

De las dos palabras, la segunda suele estar abreviada.

***Rosa, -ae**: f. Rosa.*
n s gen s gén definición

Es cuestión de comodidad: una vez de conoce la raíz, con poner la desinencia se conoce toda la palabra. Tiempo al tiempo. Y memoria.

10-. Las cinco declinaciones

Desde un principio, no había una sola desinencia o terminación para cada caso. Por una serie de fenómenos fonéticos (Ejemplo: dens, dentis), se terminó con la unión de las declinaciones. Así nacieron las *cinco declinaciones* latinas.

Las palabras variables latinas —excepto los verbos, que se conjugan— se ajustan, para añadir las terminaciones de cada caso, a cinco modelos diferentes: son las *cinco declinaciones.* Cada sustantivo pertenece a una declinación y, ajustándose a ese modelo, añadirá las terminaciones correspondientes (desinencias) para marcar los casos. El problema, o la complicación añadida si no se sabe la lengua, es *saber de qué declinación es cada palabra.*

Para saber de qué declinación es cada sustantivo, hay que fijarse en la *segunda palabra* del enunciado: el *genitivo singular*. En caso de duda (2ª y 5ª) fijarse en la primera, el *nominativo singular*. Con la siguiente tabla, sabremos de qué declinación es cada una.

Declinación	**Desinencias del enunciado**		**Paradigmas**
	n sing	*gen sing*	
1	a	ae	ros**a**, ros**ae**
2	us	i	popul**us**, popul**i**
	er		pu**er**, pue**ri**
	ir		v**ir**, vir**i**
	um		templ**um**, templ**i**
3	variable	is	frat**er**, fratr**is**
4	us	u	fruct**us**, fruct**us**
	u		corn**u**, corn**us**
5	es	ei	di**es**, di**ei**

La segunda palabra, además de para saber a qué declinación pertenece cada palabra, sirve para *encontrar la raíz*, que nos servirá para declinarla en todos sus casos, añadiendo las desinencias que toque.

Ejemplo:

Arbor, arboris: f. Árbol.

Mirando el cuadro de las terminaciones o desinencias y fijándome en la segunda palabra del enunciado (gen s), parto de arboris.

*Veamos las posibilidades. No acaba en ae (arborae), ni en i (arbori), ni en us (arborus), ni siquiera en ei (arborei). Acaba en is: arbor**is**. Ya sé dos cosas:*

Primera, que podemos deducir con el gen s: es de la tercera.

Segunda: sé que la raíz es arbor-, porque he quitado la desinencia que me da la tabla del genitivo.

1-. Di, a partir del enunciado, de qué declinación son los siguientes sustantivos:

terra, terrae:	urbs, urbis:	mons, montis:	onus, oneris:
populus, populi:	dies, diei:	templum, templi :	ager, agri :
acies, aciei :	ara, arae :	cornus, cornus:	locus, loci:
verbum, verbi:	exercitus, exercitus:	fluvius, fluvii :	mare, maris :
ala, alae :	nomen, nominis:	rosa, rosae:	castra,castrorum:

2. Encuentra las raíces de las siguientes palabras:

desinentia, desinentiae:	absurdum, absurdi:
malum, mali:	rex, regis:
regina, reginae:	cornu, cornus:
credulitas, credulitatis:	effigies, effigiei:
aper, apri:	taurum, tauri:
sagitta, sagittae:	aquaeductum, aquaeducti:
carmen, carminis:	discipulus, discipuli:
fides, fidei :	sol, solis:

11-. La primera declinación

12-. ¿Cómo declinar ahora alguna palabra?

Usaremos una de la primera declinación. Declinamos *rosa, rosae*: f. Rosa. Hay que seguir algunos pasos.

1-. Darse cuenta de que es de la primera declinación. Eso lo sabemos por la segunda palabra: el genitivo singular acaba en *ae*. Mirando la tabla de desinencias sé que es de la primera.

2-. Con la segunda palabra, y sabiendo que es de la primera declinación, quito la desinencia *ae* y obtengo la raíz: *ros-*.

3-. Ahora, sólo queda colocar *ros-* en la parrilla de declinación, para obtener la palabra rosa declinada; esto es, en todos sus casos.

	Sing	*Plural*
N	*rosa*	*rosae*
V	*rosa*	*rosae*
A	*rosam*	*rosas*
G	*rosae*	*rosarum*
D	*rosae*	*rosis*
Ab	*rosa*	*rosis*

4-. Finalmente, acordarse de cómo se traduce cada caso, teniendo en cuenta la función que hace:

Ejemplo:
Rosarum. *Es el genitivo plural, (CN), se traduce algo así como "de las rosas"*

13-. Singularidades de algunas palabras de toda declinación:

Hay alguna palabra de la primera declinación que no tiene singular, sino sólo plural. En ese caso, las dos palabras del enunciado son las mismas, pero en plural: *nominativo plural* y *genitivo plural.*

Ejemplo:
divitiae, divitiarum: f. Riquezas.

	Sing	*Plural*
N	-	*divitiae*
V	-	*divitiae*
A	-	*divitias*
G	-	*divitiarum*
D	-	*divitiis*
Ab	-	*divitiis*

1. Di en qué caso y número pueden estar las palabras siguientes. Luego, traduce.

Mensae: Mensam: Nauta:

Puellarum: Reginis: Columbae:

2. Declina las siguientes palabras, cuyo significado encontrarás en el diccionario:

Mensa, -ae: Nauta, -ae: Puella, -ae:

14-. El verbo latino:

Los verbos latinos pueden ser, como en castellano, transitivos —si van acompañados de CD— o intransitivos, si no necesitan CD.

13.1 Voces del verbo:

Hay, en los verbos latinos, tres voces: *activa* —si el sujeto realiza la acción que dice el verbo—, *pasiva* —en la que el sujeto recibe o sufre la acción del verbo— y *deponente,* forma verbal en pasiva con significado activo.

13.2 Modos del verbo:

El verbo latino tiene ocho *modos*:

Modos personales:	Indicativo Subjuntivo Imperativo	
Modos impersonales:		
	Formas substantivas:	Infinitivo, gerundio, supino
	Formas adjetivas:	Participio, gerundivo.

13.3 Tiempos del verbo:

En sus **modos personales** el latín tiene los siguientes *tiempos*:

Indicativo:	Presente, Pret. imperfecto, Pret. Perfecto, Pret. pluscuamperfecto, Futuro imperfecto y Futuro perfecto.
Subjuntivo:	Los mismos, salvo los dos futuros.
Imperativo:	Presente y futuro.

En sus modos impersonales, el

infinitivo	presente, perfecto futuro.

Hay dos voces en latín:

La *voz activa* tiene participios de presente y de futuro y

Y *la pasiva*, sólo participio de perfecto.

13.4 Personas del verbo:

El latín tiene las mismas personas que el castellano: tres para el singular y tres para el plural.

El imperativo no tiene las primeras personas del singular y plural.

15-. El enunciado de los verbos

Los verbos tienen en español una palabra en su enunciado. Si buscamos en el diccionario, hallaremos el infinitivo: *cantar, reír*, pero jamás una forma conjugada: *reiría, bailase.* Se hace así porque no hacen falta más palabras para conjugarlo. Por eso, hay que aprender de memoria los casos irregulares como *anduve,* que no *anduve.*

En latín, el *verbo tiene cinco palabras en el enunciado*, porque **son necesarias** para conjugar todos los tiempos.

Veamos un Ejemplo:

Am**o**,	am**as**,	am**are**,	amav**i**,	amat**um**: 1ª, tr. Amar.
1 p s p ind	2 p s p ind	infin de p	1 p s pr perf	supino

Son necesarias porque de ellas sacamos cosas:

1-. De la primera, cuarta y quinta forma del enunciado del verbo, se sacas las tres raíces o temas que se usan para conjugar el verbo.

2-. de la primera, quitando la **o** se coge **la raíz o tema de los verbos de presente**, que sirve para conjugar todos los tiempos simples: *presentes, pretéritos imperfectos, futuro imperfecto, gerundio* y *gerundivo*;

3-. de la segunda y la tercera, en **la vocal anterior a la s y en las tres últimas letras**, se coge idea de *a qué conjugación pertenece.*

4-. de la cuarta, quitando la **i**, se coge la **raíz o tema de los tiempos de perfecto**, que sirve para conjugar todos los tiempos de perfecto: *los perfectos, los pretéritos pluscuamperfectos* y *el futuro perfecto*;

5-. del supino, quitando el **um,** se coge la **raíz o tema de supino**, que sirve para conjugar,

en la *voz activa*: el infinitivo de futuro y el participio de futuro

en la *voz pasiva*: el infinitivo futuro y el participio pasado.

16-. Las cuatro conjugaciones y sus paradigmas o ejemplos:

Hay en latín cuatro conjugaciones, pudiéndose ampliar en una quinta: la mixta. Las conjugaciones se distinguen, como ya veremos, en la *segunda palabra del enunciado* (2ª persona del singular del presente de indicativo) y *la tercera*, el infinitivo de presente.

Am**o**,	am**as**,	am**are**,	amav**i**,	amat**um**: 1ª, tr. Amar.
1 p s p ind	2 p s p ind	infin de p	1 p s pr perf	supino
Mon**eo**,	mon**es**,	mon**ere**,	monu**i**,	monit**um**: 2ª, tr. Advertir.
1 p s p ind	2 p s p ind	infin de p	1 p s pr perf	supino

<u>Reg**o**,</u>	<u>reg**is**,</u>	<u>reg**ere**,</u>	<u>rex**i**,</u>	<u>rect**um**</u>: 3ª, tr. Regir.
1 p s p ind	2 p s p ind	infin de p	1 p s pr perf	supino
<u>Aud**io**,</u>	<u>aud**is**,</u>	<u>aud**ire**,</u>	<u>audiv**i**,</u>	<u>audit**um**</u>:4ª, tr. Oír.
1 p s p ind	2 p s p ind	infin de p	1 p s pr perf	supino

1. Encuentra y escribe las tres raíces de los siguientes verbos, diciendo de qué conjugación son:

pono, ponis, ponere, posui, positum: poner

habeo, habes, habere, habui, habitum: haber, tener.

do, das, dare, dedi, datum. dar

terreo, terres, terrere, terrui, territum: aterrorizar

timeo, times, timere, timui, temitum: temer

moveo, moves, movere, movi, motum: mover

emo, emis, emere, emi, emptum: comprar

desidero, desideras, desiderare, desideravi, desideratum: desear

ostendo, ostendis, ostendere, ontendi, ostensum: mostrar.

fingo, fingis, fingere, fixi, fictum: fingir

scribo, scribis, scribere, scripsi, scriptum: escribir

<u>17-. El enunciado del verbo ser y algunas peculiaridades:</u>

El verbo sum es irregular: tiene muchas particularidades, empezando por su enunciado, que sólo tiene cuatro palabras:

sum,	es,	esse,	fui :	ser, estar
1ps p i	2ps p i	inf pres	1ps pr p	

El verbo sum es **copulativo** y no lleva CD, sino **atributo**. El atributo, que siempre es una o varias palabras que están en caso nominativo, concuerda en número con el verbo y en género y caso con el sujeto.

<u>Nauta</u> <u>est</u> <u>bonus</u>   <u>Nautae</u> <u>sunt</u> <u>boni</u>

n s m vc n s m   n p m vc n p m

18-. Presente de indicativo sum, es, esse, fui:

sum	soy, estoy
es	eres, estás
est	es, está, hay, existe (cosas)
sumus	somos, estamos
estis	sois, estáis
sunt	son, están

19-. Las desinencias verbales de los tiempos de presente:

Como ya hemos dicho, del enunciado de los verbos se sacan las tres raíces o temas necesarios para conjugar todos los tiempos.

Los tiempos de presente se sacan del *tema de presente*, que se obtiene quitando la –o de la primera palabra del enunciado del verbo: la primera persona del presente de indicativo.

Para los tiempos de presente, se usa la raíz de presente, algún infijo propio de cada tiempo y las desinencias de persona de los tiempos de presente:

Singular	Plural
-o /-m	-mus
-s	-tis
-t	-nt

La primera persona del singular tiene dos opciones, que dependerán en su uso del tiempo que se esté conjugando, como ya veremos.

20-. Presente de indicativo de todos los verbos:

Para conjugar el presente de indicativo de todos los verbos se necesita:

la raíz o tema de presente del verbo

las desinencias de persona de los tiempos de presente.

En esta ocasión (el presente) no hace falta ningún infijo, pero sí una vocal temática, que se toma de la segunda palabra del enunciado. Ésta hace un papel eufónico.

Así, pues:

Presente Indicativo: Rp+(VT)+DP

NB Hay que tener en cuenta que la 3 p pl del presente de indicativo de los verbos de la tercera y cuarta conjugación substituyen por la –i en la tercera y añaden en la cuarta una -u a la desinencia, quedando –unt.

No es regint, sino regunt

No es audint, sino audiunt.

Veamos los presentes de los cuatro paradigmas de las conjugaciones:

Amo, amas, amare, amavi, amatum: amar

Moneo, mones, monere, monui, monitum: advertir

Rego, regis, regere, rexi, rectum: regir

Audio, audis, audire, audivi, auditum: oír.

Hagamos, como ejemplo, el de la primera conjugación:

1-. en primer lugar, *hallar la raíz o tema de presente*, quitando la –o de la primera palabra:

am**o**, amas, amare, amavi, amatum: amar *raíz:* am-

2-. en segundo y último lugar, *añadir las desinencias de persona* de los tiempos de presente:

tema	vt	dptp	P indicativo	Traducción:
am-	-	-o	amo	amo
am-	a	-s	amas	amas
am-	a	-t	amat	ama
am-	a	-mus	amamus	amamos
am-	a	-tis	amatis	amáis
am-	a	-nt	amant	aman

1. Conjuga el presente de indicativo de los paradigmas de la segunda, tercera y cuarta conjugación:

moneo, mones, monere, monui, monitum

rego, regis, regere, rexi, rectum

audio, audis, audire, audivi, auditum

2. Conjuga el presente de indicativo de los siguientes verbos:

emo, emis, emere, emi, emptum: comprar

desidero, desideras, desiderare, desideravi, desideratum: desear

ostendo, ostendis, ostendere, ontendi, ostensum: mostrar.

fingo, fingis, fingere, fixi, fictum: finger

3-. Conjuga el presente de indicativo de los verbos que encontrarás en el vocabulario del ejercicio 6.

4-. Ejercicios de análisis: di en qué caso o casos pueden estar estas palabras y traduce. Recuerda que primero has de saber de qué declinación son las palabras y esto lo sabrás por el enunciado de las palabras. ORDEN*: Enunciado – casos – traducción.*

Mensae:

Mensam:

Nauta

Puellarum:

21-. Cómo se analiza un verbo:

Para saber qué accidentes (persona, número, tiempo, aspecto, modo, voz) tiene una forma verbal, hay que seguir algunos pasos. Antes que nada, hay que presuponer que uno ha estudiado cómo se conjugan todos los tiempos. Y después, seguir estos pasos, que poco a poco se van automatizando:

1-.Lo primero que hay que saber es que todas las formas verbales tiene la siguiente estructura:

R+(VT)+(DE)+DP

R: raíz o tema del verbo (una de las tres)
VT: vocal temática o eufónica
DE: desinencia específica de un tiempo.
DP: desinencia de persona (una de las tres)
( ): opcional

2-. Lo segundo que hay que hacer es intentar adivinar cuál es el enunciado del verbo, teniendo en cuenta las tres raíces o temas posibles, y *cuál es la raíz* (R) que usa. Para eso hay que saber vocabulario o consultar un diccionario. Hay casos en que puede haber duda por haber más de un verbo similar.

Ej: rego y rego.
Son dos formas iguales, pero el primero, de ***rego****, regas, regare,* ***regavi****,* ***regat****um: regar; y el segundo, de rego, regis, regere, rexi, rectum: regir. La raíz de las dos es reg-.*

Ej2: rexerunt.
Sólo puede ser de ***rego****, regis, regere,* ***rex****i,* ***rect****um: regir, porque usa el tema de perfecto. La raíz es rex-*

3-. Lo tercero que hay que hacer es separar la *desinencia de persona* de lo demás, de lo que sabemos que es raíz y algo más.

4-. Lo cuarto que hay que hacer es *comparar las desinencias específicas de cada tiempo* (DE) **que uno sabe** con la que tiene el verbo que se está analizando y separarlas de las posibles vocales temáticas. Así se conoce en qué tiempo está conjugado.

1. Di, usando el vocabulario de que dispones, qué raíz o temas usan las siguientes formas verbales:

ponunt	desideraverunt
dedisset	fixere
scribunt	empti
timuere	habitae
amabo	legere
dixi	vivit

22-. Te hago un mapa:

23-. Segunda declinación

1. Ejercicios de análisis: di el caso y el número y traduce.

Horto:	¡Oh, pueblo!
Horti:	Para el pueblo:
Cervos:	Del ciervo:
Cerve:	De los ciervos:
Equorum:	Con el caballo:
Equo:	Los caballos:
Fluviis:	Los ríos:
Fluvium:	Para los ríos:
Populus:	A los niños:
Puero:	Al niño:
Puer:	Del maestro:
Agri:	¡oh, maestro!
Agros:	¡oh, niños!
Magistrorum:	De los libros:
Magistro:	Con el libro:

2. Ejercicio de traducción, con análisis en forma de árbol de cinco de ellas:

Discipuli boni amant magistrum

Alexander Magnus es filius Philippi

Agri amici nostri sunt fecundi:

Horatius, poeta romanus, erat amicus Augusti

Lupus devorat agnum

Muscae sunt molestae equo

Libri multorum poetarum sunt pulchri

Agri agricolae sunt frugiferi

Vergilius et Horatius sunt clari poetae romani

Historia Graecorum est cara pueris et puellis

Agricolae pigri sunt causa ruinae agris

Viri boni patriam amant

Magistri laudant diligentiam discipulorum

3. Ejercicios de análisis: di en qué caso o casos pueden estar estas palabras y traduce. Recuerda que primero has de saber de qué declinación son las palabras y esto lo sabrás por el enunciado de las palabras. ORDEN*: Enunciado – casos – traducción.*

Mensae:	Apros	Templa:
Mensam:	Fili:	viri:
Nauta	Servorum:	fluviis
Puellarum:	Equos:	thesaurus:

4-. Traduce y analiza sintácticamente en forma de árbol:

Puella amat pupam

Ancilla parat cenam dominae

Agricola vulnerat cervam sagitta

Puellae pupas amant

Puella dat escam pupae

Puella dat pupam servae

Serva parat cenam puellis

Ancilla ornat mensam rosis

Agricola aquilam hasta necat

Rosas silvarum amo

Filia nautae plorat

Ancilla tunicas puellarum dat

Servi, dominus vocat ancillas.

Marce, cervam neco?

Domine, servus cenam dat

Amicus aprum templi timet

Servus agricolae escam columbis dat.

Vocabulario:

Populus, -i: *m* pueblo
Discipulus, -i: *m* discípulo
deus, -i: *m* Dios
cervus, -i: *m* ciervo
lupus, -i: *m* lobo
hortus, -i: *m* jardín
thesaurus, -i: *m* tesoro
magister, magistri: *m* maestro
liber, libri: *m* libro
vir, viri: *m* varón, hombre
pupa, -ae: *f* muñeca
domina, -ae: *f* señora
tunica, -ae: *f* túnica.
vulnero, -as, -are, -avi, -atum: herir
ploro, -as, -are, -avi, -atum: llorar
Filia, *-ae: f* hija
Regina, -ae: *f* reina
Aquila, -ae: *f* águila
Corona, -ae: *f* corona
Sagitta, -ae: *f* flecha
Spina, -ae: *f* espina
Esca, -ae: *f* comida
Natura, -ae: *f* naturaleza
Luna, -ae: *f* luna
Opera, -ae: *f* trabajo

Filius, -i: *m* hijo
Amicus, -i: *m* amigo
servus, -i: *m* siervo
equus, -i: *m* caballo
agnus, -i: *m* cordero
fluvius, -i: *m* río
puer, pueri: *m* niño
ager, agri: *m* campo
aper, apri: *m* jabalí
mulier, -is: *f*, mujer
ancilla, -ae: *f* sierva
silva, -ae: *f* bosque
paro, paras, parare, paravi, paratum: preparar
neco, -as, -are, -avi, -atum: matar
Agricola, ae: *m* campesino
poeta, -ae: *m* poeta
columba, -ae: *f* paloma
ala, -ae: *f* ala
pupa, -ae: *f* muñeca
mensa, -ae: *f* mesa
insula, -ae: *f* isla
ara, -ae: *f* altar
domina, -ae: *f* señora
nauta, -ae; *m* marinero
puella, -ae: *f* niña

Rosa, -ae: *f* rosa
Senencta, -ae: *f* vejez
Stella, -ae: *f* estrella
Vita, -ae: *f* vida
vehementer: *adv* vehementemente
do, das, dare, dedi, datum: dar
sum, es, esse, fui: ser
Et: *conj* y
ruga, -ae: *f* arruga
silva, -ae: *f* bosque
terra, -ae: *f* tierra
dea, -ae: *f* diosa
Amo, amas, amare, amavi, amatum: amar
Erro, -as, -are, -avi, -atum: equivocarse, errar
Illustro, -as, -are, -avi, -atum: iluminar.

24-. El adjetivo latino

El adjetivo latino (ad-iacere) es una palabra **variable en número y género** que complementa a un verbo o a un nombre. Se declinan igual que los substantivos.

Si complementa a un verbo, se declina según nos interese: En general, suele ser Atributo, así que se declina en nominativo.

Juan es fuerte

Si complementa a un nombre, concuerda con él en género, número y caso.

La casa alta y las casas altas

Dado que **el adjetivo concuerda en género con el nombre** al que acompaña y hay tres géneros en los nombres (masculino, femenino y neutro), todos los adjetivos tienen que poder declinarse según los tres géneros: un adjetivo está declinado cuando hemos obtenido todas sus formas masculinas, femeninas y neutras. Esto no pasa en un nombre, que sólo tiene un género. Ej: *rosa, -ae*: f. rosa. Es femenino. Siempre le complementará un adjetivo en femenino.

Los **enunciados de los adjetivos** son variables según el tipo de adjetivo que sea. Lo más común es que lo formen los nominativos singulares, a diferencia de lo que pasa con los nombres, cuyo enunciado está formado por el nominativo singular y el genitivo singular.

Hay dos grandes tipos de adjetivos latinos, con sus subtipos. Nosotros los conoceremos con la terminología puesta entre paréntesis:

Los que se declinan según la 1ª y 2ª declinación:

adjetivos de tres terminaciones (tipo I):	**bonus, bona, bonum**: bueno

Los que se declinan según la 3ª declinación.

adjetivos de dos terminaciones (tipo II):	**fortis, forte**: fuerte **acer, acris, acre**: fuerte
adjetivos de una* terminación (tipo III):	**prudens, prudentis**: prudente **felix, felices:** prudente

*Es la excepción: la segunda palabra del enunciado sí es un genitivo. Por eso, aunque haya dos palabras, se dice de una terminación, que es, para todos los géneros, el nominativo.

25-. El adjetivo tipo I

1. Analiza estas parejas de nombre y adjetivo y traduce. Recuerda que el adjetivo va en el mismo caso, género y número que el nombre al que acompaña:

horto pulchro:

horti pulchri:

timidos cervos:

timide cerve:

murorum firmorum:

muro firmo:

fluviis latis:

fluvium latum:

bono puero:

bone puer:

ferus aper:

en los hermosos jardines:

hermoso jardín:

del tímido ciervo

¡oh, tímidos ciervos!

Al niño bueno:

A los niños buenos:

Para los fieros jabalíes:

Para el fiero jabalí:

De los bellos libros:

¡oh, libro bello!

2. Traduce las siguientes frases y analiza en forma de árbol: Pericula belli terrent quietos agrícolas

Pie agrícola, tua dona sunt Deo grata

Superbia est saepe signum stultitiae

Nautae timent nubilum caelum

Ventus movet altas fagos

Bonus magister monet discipulos pigros

Bella piratarum est periculosa nautas

Nos amamus studia, vos amatis ludos

Iucunda est memoria praeteritorum malorum

Agricolae habent pulcros equos

Mercuri, tu es nuntius deorum

Pulchra et ampla sunt castra Romanorum

Vocabulario para los ejercicios:

fecundus, -a, -um: fecundo
multus, -a, -um: muchos
verus, -a, -um: verdadero
laetus, -a, -um: alegre
frugifer, frugifera, frugiferum: fructífero
sacer, sacra, sacrum: sagrado
longus, -a, -um: largo
gratus, -a, -um: agradable
pius, -a, -um: piadoso
iucundus, -a, -um: alegre
Bellum, -i: *n* guerra
Praemium, -i: *n*: premio
signum, -i: *n*: señal
periculum, -i: *n*: peligro
malum, -i: *n*: mal
molestus, -a, -um: molesto
clarus, -a, -um: ilustre, famoso
doctus, -a, -um: sabio, docto
validus, -a, -um: robusto
piger, pigra, pigrum: perezoso
niger, nigra, nigrum: negro
pulcher, , -a, -um: hermoso
malus, -a, -um: malo
nubilus, -a, -um: nublado
miser, misera, miserum: desgraciado
Templum, -i: *n*: templo
donum, -i: *n*: don, regalo
gaudium, -ii: *n* alegría
caelum, -i: *n*: cielo
castra, -orum: *n* campamento

26-. La preposición latina:

Los casos de la declinación no bastan para expresar todas las relaciones que pueden mediar entre las palabras de una oración; mediante las preposiciones se expresan, pues, muchsa de estas relaciones de lugar, dirección, etc., que con las desinencias no podrían expresarse.

Las preposiciones son partículas que se anteponen a los nombres. De las presposiciones latinas, unas rigen acusativo, otras ablativo y otras, finalmente, unas veces acusativo y otras ablativo, según el sentido.

Preposiciones de acusativo:

Ad	a, hacia	**eo ad urbem:** voy a la ciudad
	Cerca de junto a	**urbs ad mare sita est:** la ciudad está situada junto al mar.
	Hasta	**Ad summam senectutem vixit:** vivió hasta gran edad
	Para	**res ad bellum utiles:** cosas útiles para la guerra
Adversus	contra	**adversus hostes ire:** marchar contra el enemigo
	Hacia	**pietas adversus deos:** la piedad hacia los dioses
Ante	ante, delante de	**ante portam:** ante la puerta
	Antes de	**ante bellum:** antes de la guerra
Apud	en casa de	**apud patrem:** en casa de mi padre
	En el país de	**apud Sequanos:** en el país de los Sécuanos
	Junto a	**apud Cannas pugnatum est:** se luchó junto a Cannas
Contra	contra	**contra rem publicam agere:** obrar contra el estado
	Frente a	**contra Brundisium:** frente a Brindis
Extra	fuera de	**extra muros:** fuera de los muros
Infra	debajo de	**infra frontem sunt oculi:** los ojos están debajo de la frente.
Inter	entre	**inter me et te turris erat:** había una torre entre mí y ti
	Entre	**inter amicos:** entre amigos
Intra	dentro de	**intra muros:** dentro de los muros
Iuxta	al lado de	**iuxta te castra est:** hay un campamento al lado de ti
Ob	por causa de, por	**ob metum:** por miedo
	Delante de	**ob oculos:** ante los ojos
Per	por, a través de	**per flammas ire:** ir a través de las llamas
	Durante	**per noctem:** durante la noche
	Por medio de	**per exploratores:** por medio de escuchas
Post	detrás de	**post domum:** detrás de la casa
	Después de	**post bellum:** depués de la guerra
Praeter	contra	**praeter aequum:** contra lo justo
	Excepto	**praeter te amicos non habeo**: fuera de ti no tengo amigos
	Además de	**praeter Ariostum decem erant:** Además de Ariosto había diez.

Prope	cerca de	**prope urbem castra ponere:** acampar cerca de la ciudad.
Propter	a casusa de	**propter benignitatem tuam:** a causa de tu benignidad
Secundum	a lo largo de Conforme con	**secundum litus:** a lo largo de la playa **secundum naturam:** conforme con la naturaleza
Super	sobre	**super omnes:** sobre todos
Supra	por encima de	**supra terram:** por encima de la tierra
Trans	al otro lado de	**trans Rhenum:** al otro lado del Rin.
Ultra	más allá de	**ultra Pyrenaeos montes:** más allá de los montes Pirineos
Versus	hacia (post nombre)	**Romam versus:** hacia Roma.

Preposiciones de ablativo:

A, ab	de, a partir de Desde Por (con pasivo)	**ab urbe discessit:** se alejó de la ciudad **a pueritia:** desde la infancia **Amor a patre:** soy amado por mi padre
	OBSERVACIÓN: ante vocal o h, se usa siempre "ab", ante consonante puede usarse "a" o "ab".	
Coram	en presencia de	**coram populo:** en presencia del pueblo
Cum	con	**exii cum patre:** salí con mi padre
	OBSERVACIÓN: se dice: mecum, conmigo; tecum: contigo; secum: consigo; nobiscum: con nosotros; vobiscum: con vosotros.	
De	de, de lo alto de Sobre, acerca de	**de muro:** de lo alto del muro **De regno deiectus est:** fue derribado del trono. **de senectute liber:** un libro sobre la vejez
E, ex	de, saliendo de De (indica materia) De (a consecuencia) Según, conforme a	**ex urbe egredi:** salir de la ciudad **vas ex auro:** vaso de oro **ex vulneribus decessi:** sucumbió a causa de las heridas **e natura vivere:** vivir según la naturaleza, conforme a ella.
Prae	en comparación con	**prae magnitudine:** en comparación con la grandeza
Pro	delante En lugar de Por (en interés de) En defensa de	**pro castris:** delante del campamento **pro patre esse alicui:** ser en lugar de padre de alguien **pro patria mori:** morir por la patria **pro Archia poeta:** en defensa del poeta Arquias.
Sine	sin	**sine spe:** sin esperanza

Preposiciones de acusativo o ablativo:

El acusativo indica la dirección de un movimiento; el ablativo expresa una situación en un estado de

reposo.

In (con ac)	en, a (a donde se va) Hacia, contra	**in urbem ingressus est:** entró en la ciudad **amor in patriam:** amor hacia la patria
In (con abl)	en (donde se está)	**Ambulat in horto:** camina en el jardín
Sub (con ac)	debajo de (mov)	**sub saxum recedunt:** se retiran debajo de una roca
Sub (con abl)	debajo (reposo)	**sub terra latescunt:** están escondidos bajo la tierra

27-. Pretérito imperfecto de sum, es, esse, fui:

eram	era o estaba
eras	eras o estabas
erat	era o estaba o existía o había
eramus	éramos o estábamos
eratis	erais o estabais
erant	eran o estaban

28-. Pretérito imperfecto de todos los tiempos:

Para conjugar el pretérito imperfecto de indicativo de todos los verbos se necesita:

la raíz o **tema de presente** del verbo

las desinencias de persona de los tiempos de presente.

un infijo: -BA- o -EBA-, según sea la conjugación.

Así, pues:

Pretérito imperfecto de Indicativo:

Rp+BA (1ª y 2ª)+DP

Rp+EBA (3ª y 4ª)+DP

Veamos los pretéritos imperfectos de los *cuatro paradigmas de las conjugaciones*:

Amo, amas, amare, amavi, amatum: amar

Moneo, mones, monere, monui, monitum: advertir

Rego, regis, regere, rexi, rectum: regir

Audio, audis, audire, audivi, auditum: oír.

Hagamos, como ejemplo, el de la primera conjugación:

en primer lugar, *hallar la raíz o tema de presente*, quitando la –o de la primera palabra:

am**o**, amas, amare, amavi, amatum: amar *raíz:* am-

en segundo, *añadir las desinencias de tiempo del pretérito imperfecto*

en tercero y último lugar, *añadir las desinencias de persona* de los tiempos de presente:

tema	vt	inf	dptp	P indicativo	Traducción:
am-	a	ba	-m	amabam	amaba
am-	a	ba	-s	amabas	amabas
am-	a	ba	-t	amabat	amaba
am-	a	ba	-mus	amabamus	amábamos
am-	a	ba	-tis	amabatis	amabais
am-	a	ba	-nt	amabant	amaban

1. Conjuga el pretérito imperfecto de indicativo de los otros paradigmas:

29-. Futuro imperfecto o simple de sum, es, esse, fui:

Ero	seré o estaré
eris	serás o estarás
erit	será o estará o existirá o habrá
erimus	seremos o estaremos
eritis	seréis o estaréis
erunt	serán o estarán

30-. Futuro imperfecto de todos los tiempos

Para conjugar el futuro imperfecto de indicativo de todos los verbos se necesita:

la raíz o tema de presente del verbo

las desinencias de persona de los tiempos de presente.

una desinencia especial para este tiempo

Para hacer el futuro imperfecto hace falta distinguir entre las dos primeras conjugaciones y las dos últimas:

Así, pues:

Futuro imperfecto de Indicativo de 1ª y 2ª conjugación:
Rp + B (1ªps) + DP
BI (otras)
BU (3pp)
Futuro imperfecto de Indicativo de 3ª y 4ª conjugación:
Rp + A (1ªps) + DP
E (otras)

Veamos los pretéritos imperfectos de los *cuatro paradigmas de las conjugaciones*:

Amo, amas, amare, amavi, amatum: amar

Moneo, mones, monere, monui, monitum: advertir

Rego, regis, regere, rexi, rectum: regir

Audio, audis, audire, audivi, auditum: oír.

Hagamos, como ejemplo, el de la primera conjugación:

en primer lugar, *hallar la raíz o tema de presente*, quitando la –o de la primera palabra:

am**o**, amas, amare, amavi, amatum: amar *raíz:* am-

en segundo lugar, hay que conocer de qué conjugación es el verbo, para aplicar una u otra desinencia. En este caso, es de la primera.

en tercer y último lugar, *añadir las desinencias de persona* de los tiempos de presente:

tema	vt	inf	dptp	P indicativo	Traducción:
am-	a	b	-o	amabo	amaré
am-	a	bi	-s	amabis	amarás
am-	a	bi	-t	amabit	amará
am-	a	bi	-mus	amabimus	amaremos
am-	a	bi	-tis	amabitis	amaréis
am-	a	bu	-nt	ambunt	amarán

1. Conjuga el futuro imperfecto de indicativo de los otros paradigmas:

31-. Pretérito perfecto simple de indicativo de sum, es, esse, fui:

Pese a ser muy irregular, el verbo sum, es, esse, fui tiene su raíz de perfecto en la cuarta forma: fui.

fui	fui o estuve
fuisti	fuiste o estuviste
fuit	fue o estuvo o existió o hubo
fuimus	fuimos o estuvimos
fuistis	fuisteis o estuvisteis
fuerunt / fuere	fueron o estuvieron

32-. Tiempos de perfecto y desinencias personales de perfecto:

Quitando la **i** de la cuarta palabra del enunciado del verbo se obtiene la **raíz o tema de los tiempos de perfecto**, que sirve para conjugar todos los tiempos de perfecto: *los perfectos* (de indicativo y subjuntivo) *, los pretéritos pluscuamperfectos* (de indicativo y subjuntivo) y *el futuro perfecto de indicativo.*

Las desinencias de persona de los tiempos de perfecto son diferentes de las de los tiempos de presente:

Singular	Plural
-i	-imus
-isti	-istis
-it	-erunt / ere

33-. Pretérito perfecto de todos los tiempos

Para conjugar el pretérito perfecto de indicativo hay que seguir unos pasos similares a cuando se quiere conjugar el presente de indicativo.

Como es un tiempo de perfecto, usará el tema de perfecto. Se trata, por tanto, de tomar la cuarta forma del enunciado del verbo —que es, precisamente, la primera persona del singular del pretérito perfecto de indicativo— y obtener la *raíz de perfecto*, quitando la *i.* Después, sólo hay que añadir las desinencias personales de perfecto: -i, -isti, -it, -imus, -istis, -erunt/-ere.

Ejemplo: amo, amas, amare, ***amavi****, amatum: 1ª amar*

Se halla la raíz:	*amav - i*	
Se añaden las desinencias:	*amav- i*	*amavi*
	amav- isti	*amavisti*
	amav- it	*amavit*
	amav- imus	*amavimus*
	amav- istis	*amavistis*
	amav- erunt/-ere.	*amaverunt/amavere*

1.Conjuga el pretérito perfecto de los otros verbos que hacen de paradigma de las conjugaciones:

2. Analiza en forma de árbol el siguiente texto. El vocabulario que se te da has de aprendértelo de memoria: no se repetirá de aquí en adelante.

"Daedalus, vir magni ingenii, in insula Creta exsulabat. Ibi Cretae tyrannus Daedalo hospitium praebuit, atque Daedalus magnum Labyrinthum tyranno aedificavit. Sed postea tyrannus Daedalum cum filio in Labyrintho inclusit. Tunc Daedalus alas pinnis et cera fecit et umeris aptavit. Deinde cum filio evolavit. Puer alas in caelo agitabat, sed alarum cera liquescit et miser puer in undas cadit. Interea Daedalus in Italiam venit et in pulchro templo alas deis dedicavit."

Vocabulario para traducir:

Ingenium, -ii: *n*, ingenio.
Exsulo, -as, -are, -avi, -atum: *1ª* estar desterrado.
Creta, -ae: *f* Creta
Daedalus, -i: *m* Dédalo.
Praebeo, -es, -ere, -ui, -itum: *2ª* ofrecer.
Labyrinthum, -i: *n* laberinto.
Sed: *conj* pero.
Includo, -es, -ire, inclusi, inclusum: *3ª* encerrar.
Pinna, -ae: *f* pluma.
Facio, -is, -ere, feci, factum: *3ª* hacer.
Apto, -as, -are, -avi, -atum: *1ª* adaptar, ajustar.
Evolo, -as, -are, -avi, -atum: *1ª* volar, sarli volando.
Liquesco, -is, -ere, -ivi, -itum: fundirse.
Cado, cadis, cadere, cecidi, cassum: *3ª* caer.
Venio, -is, -ire, veni, ventum: *4ª* venir.

Insula, -ae: *f* isla.
Ibi: *adv*, allí.
Tyrannus, -i: *m* tirano, rey.
Hospitium, -ii: *n* hospitalidad.
Atque: *conj* y
Aedifico, -as, -are, -avi, -atum: *1ª* edificar.
Postea: *adv* después.
Tunc: *adv* entonces.
Cera, -ae: *f* cera.
Umerus, -i: *m* hombros.
Deinde: *adv* después, entonces.
Agito, -as, -are, -avi, -atum: *1ª* agitar, mover.
Unda, -ae: *f* ola.
Interea: *adv* mientras tanto.
Dedico, -as, -are, -avi, -atum: *1ª* dedicar.

34-. La tercera declinación

35-. Adjetivos de la tercera declinación: adjetivos tipo II

36-. Adjetivos con la tercera declinación: tipo III

37-. Cuarta declinación

38-. Quinta declinación:

39. Antigüedad griega. Las aventuras de Ulises en *La Odisea*:

Ulixes, Ulixis, m. Ulises
Penelopa, ae, f. Penélope
Telemachus, i, m. Telémaco
Cyclops, opis, m. Cíclope
Polyphemus, i, m. Polifemo
Ithaca, ae, f. Ítaca
Circa, ae, f. Circe
Calypso, onis, f. Calipso
Phaeaces, um, m. pl. los feacios.
Redeo, is, ire, redii, reditum: volver
Vero: conj. Pero

1. La cólera de Neptuno:

1. Graeci victores in patriam redierunt. 2. Multi vero labores fuerunt Ulixi, Ithacae regi. 3. In ea insula Penelopa, fida uxor, ac Telemachus, carus filius, magna spe Ulixis reditum exspectabant. 4. Neptunus vero Ithacae regi iratus erat. 5. In pugnis enim marium deus Troianis adfuerat, nec Graecarum victoriam cupiverat. 6. Sed Ulixis fraude Graeci Troianos vicerant. 7. Itaque, propter dei odium, Ulixes eiusque comites diu per maria erraverunt.

2. En el país de los Cicones y de los Lotófagos:

1. Primum Ulixis classis Ciconum fines adiit. 2. Ibi Graeci, cum saevis incolis magna virtute pugnantes, urbem Ismaram vi ceperunt; sed, paulo post, novus Ciconum impetus eos ex urbe expulit. 3. Cicones multos Graecos interfecerunt et Ulixes ab eorum finibus cum ceteris comitibus fugit. 4. Post novem dies noctesque, miseri nautae tandem terram viderunt. 5. Ulixes tres comites ad Lotophagos, eius regionis incolas, misit. 6. Lotophagi eos benigne acceperunt eisque egregia poma dederunt. 7. Tum Graeci non iam patriae meminerunt et in Loto-phagorum finibus manere cupiverunt. 8. Ulixes diu eorum reditum exspectaverat; tandem ad eos processit, eosque invitos ad naves vi duxit. 9. Omnes nautae rursus in naves conscenderunt et id litus relique-runt.

3. En la cueva del cíclope Polifemo:

1. Inde Ulixes ad longinquum litus pervenit. 2. Ibi habitabant Ci-clopes, saeva monstra, quibus unus oculus in fronte erat. 3. Cyclopes miseros homines, quos capere poterant, interficiebant et vorabant. 4. Ulixes tamen Cyclopes adspicere eorumque mores cognoscere consilium cepit. 5. Cum fortissimis e comitibus de nave exiit et in Polyphemi Cyclopis antrum sine metu intravit. 6. Polyphemus forte ab antro aberat; tum Ulixes eiusque comites ignem fecerunt et cibum paraverunt.

4. Estratagema de Ulises para escapar de Polifemo:

1. Polyphemus, in antrum rediens, magna voce clamavit: 2. «Qui estis? Quod nomen vobis est? Cur hic adestis? Pirataene estis?» 3. Tum Ulixes: «Graeci sumus; ad patriam nostram redimus. 4. Mihi nomen est Nemo. 5. Saevus deus in litus tuum nos coniecit. 6. Oramus te: noli nobis nocere. » 7. Ulixis autem verba Cyclopem non moverunt. 8. Monstrum sex Ulixis comites interfecit et voravit. 9. Tum Graeci, quod ex eo loco fugere non poterant, Cyclopem caecum reddere cons-tituerunt. 10. Tradunt callidum Ulixem vinum Polyphemo praebuisse. 11. Cum somnus Cyclopem ebrium oppressit, tum Graeci eius oculum effoderunt.

5. ¿Cómo salir de la cueva de Polifemo?

1. Polyphemus magna voce clamat. 2. Mox ceteri Cyclopes ad an-trum conveniunt atque eum interrogant 3. «Cur, o Polypheme, tam vehementer clamas? Quis tibi necuit?» 4. «Nemo », inquit; tum

Cyclopes ridentes dicunt Polyphemum insanire, domumque redeunt. 5. Deinde callidus Ulixes sub ovibus comites alligat. 6. Itaque, cum oves prima luce ex antro exierunt, Polyphemus earum terga manibus frustra tetigit. 7. Ita Graeci ex antro salvi exierunt. 8. Tandem cursu naves petiverunt, iratumque Polyphemum, lapides et gravia saxa ad naves conii-cientem, effugere potuerunt.

6. El odre de Eolo:

1. Postea Ulixes insulam petivit cuius Aeolus rex erat. 2. Ulixes ventorum deo omnia itineris pericula narravit. 3. Aeolus Ulixi auxilium praebere constituit. 4. Itaque Ithacae regi utrem dedit, in quo ventos incluserat. 5. Tum Graeci sine periculo navigare potuerunt. 6. Decimo die maiorum terram iam videbant, cum nautae utrem clam aperuerunt. 7. Statim omnes venti exierunt et Ulixem eiusque comites longe a patria pepulerunt.

7. En el palacio de la maga Circe:

1. Tam multis periculis una navis supererat. 2. Tum Ulixes cum paucis comitibus insulam adiit, ubi Circa, Solis filia, habitabat. 3. Ea magicas artes cognoverat. 4. Eos comites, quos Ulixes ad eam miserat, libenter accepit. 5. Solus Eurylochus in Circae domum non intravit. 6. Dea Graecis iucundissimum cibum magicamque potionem praebuit, quae miseros viros in porcos mutavit. 7. Eurylochus autem, qui amicos diu exspectaverat, tandem solus ad navem rediit. 8. Ulixes vero, cui Mercurius adfuit, comitibus libertatem reddere potuit; nam Circa eos rursus in homines mutavit.

8. En la isla de Calipso:

1. Ulixes solus hominum sine periculo Sirenes audire potuit, quarum pulchra vox nautas delectabat eosque in mare trahebat. 2. Iam nova pericula effugerat, cum ingentes maris fluctus navem fregerunt. 3. Omnes Ulixis comites perierunt; ipse rex superfuit salvusque insulam adiit, ubi habitabat Calypso, nympha egregiae pulchritudinis. 4. Ulixi cibum dedit atque eum in insula libenter accepit. 5. Apud eam Ulixes diu mansit ac beatam vitam egit. 6. Tandem dei iusserunt eum in patriam redire. 7. Eorum iussu, ratem fecit; solus per altum ad Ithacam cum bona spe navigavit.

9. En el país de los feacios:

1. Ulixes patriam laetus petebat, cum Neptunus deus tridente mare percussit. 2. Irati fluctus ratem in insulae litus iecerunt. 3. Ulixes tamen salvus insulam adire potuit. 4. Ibi puellas vidit, quae pila ludebant, atque ad eas processit. 5. Virgines autem, Ulixem videntes, fuge-runt. 6. Una tamen ex eis, Nausicaa, regis filia, non fugit. 7. Ulixem ad patrem, Phaeacum regem, duxit. 8. Ille Ulixem benigne accepit eique novam navem et peritos nautas dedit.

10. El regreso de Ulises a Ítaca:

1. Tandem, post tam longa itinera et tam multos labores, Ulixes in patriam salvus rediit. 2. Ibi uxor, Penelopa, quotidie eius reditum exspectaverat. 3. Procos, qui eam uxorem ducere cupiebant, semper recusaverat. 4. Minerva autem dea Ulixem redeuntem in mendicum mutavit. 5. Neque Eumaeus subulcus, qui primus eum vidit, nec servi neque ancillae eum agnoverunt. 6. Solus Argos canis, post tam multos annos, dominum agnovit; sed nimia laetitia eum oppressit atque ante Ulixis oculos interiit. 7. Paulo post, Telemachus quoque patrem agnovit. 8. Tum Ulixes et Telemachus procos punire constituerunt.

11. La matanza de los pretendientes:

1. Eo ipso die Penelopa procis dixerat: 2. «Qui arcum, quem Ulixes hic reliquit, contenderit, me uxorem ducet.» 3. Nemo autem ingentem arcum contendere potuerat. 4. Tum Ulixes procedens arcum a procis petivit. 5. Proci, sordidum mendicum videntes, riserunt. 6. Ulixes tamen arcum manu cepit

eumque facile contendit. 7. Simul clamavit: «Ulixes sum ! Vos omnes, qui domum meam invasistis, qui meam Penelopam uxorem ducere cupitis, nunc timete!» 8. Tum iratus Ulixes procos sagittis interfecit. 9. Post eorum mortem, cum Penelopa uxore et Telemacho filio longam beatamque vitam egit.

VADEMECUM LINGUAE GRAECAE

1-. Alfabeto griego:

nombre	Minúscula	mayúscula	en griego	Latín	Sonido
Alfa	α	Α	ἄλφα	a	/ a /
Beta	β	Β	βῆτα	b	/ b /
gamma	γ	Γ	γάμμα	g	/ ga, gue /...
Delta	δ	Δ	δέλτα	d	/ d /
epsilón	ἐ	Ε	ἒ ψιλὸν	e	/ e / breve
Zeta	ζ	Ζ	ζῆτα	z	/ ds/
eta	ἡ	Η	ἦτα	e	/ e / larga
Theta	θ, ϑ	Θ	θῆτα	th	/z/
Iota	ι	Ι	ἰῶτα	i	/ i /
Cappa	κ	Κ	κάππα	c , k	/ k /
Lambda	λ	Λ	λάμβδα	l	/ l /
My	μ	Μ	μῦ	m	/ m /
Ny	ν	Ν	νῦ	n	/ n /
Xi	ξ	Ξ	ξῖ	x	/ ks /
Omicrón	ο	Ο	ὂ μικρόν	o	/ o / breve
Pi	π	Π	πῖ	p	/ p /
Rho	ρ	Ρ	ῥῶ	r	/ r /
Sigma	σ-ς	Σ	σῖγμα	s	/ s /
Tau	τ	Τ	Ταῦ	t	/ t /
Ypsilón	υ	Υ	ὖ ψιλόν	y	/ u /(fr.)- ü (alem.)
Fi	φ	Φ	Φῖ	ph	/ f /
Ji	χ	Χ	χῖ	ch	/ j /
psi	ψ	Ψ	ψῖ	ps	/ (p)s /
omega	ω	Ω	ὦ μέγα	O	/ o / larga

2-. La pronunciación:

La γ delante de las guturales γ, κ, ξ y χ, representa el sonido de *n* nasal. Así, ἀγγέλος, se pronuncia *anguélos*, mensajero.

La υ se pronuncia como la *u* francesa o la *ü* alemana, esto es, poniendo la boca para pronunciar *u* y diciendo *i*, excepto en los diptongos αυ, ευ y ηυ, en los que suena como u: respectivamente au, eu y eu.

El diptongo ου se pronuncia como la *u* castellana o catalana.

3-. Los signos:

La mayor parte de las palabras griegas tiene acento, que puede ser de tres tipos:

el *acento agudo*, como en español: ά;

el acento grave: ὰ y

el acento circunflexo: ᾶ

También se usan unos signos llamados espíritus, que se encuentran en la posición inicial de las palabraqs que comiencen por vocal o ϱ. Hay dos tipos:

El *espíritu áspero* ἁ que se translitera "ha"

El *espíritu suave* ἀ que se translitera "a"

Se colocan sobre las iniciales, si son minúsculas, o en el margen superior izquierdo, si son mayúsculas:

Ejemplo: Ἀθῆναι *Athênai*

La *iota suscrita* es la iota situada tras una vocal larga: se escribe debajo de esta vocal. No se translitera.

Ejemplo: Τιμᾷ *Timâ*

Los signos de puntuación en griego son, a parte del punto (.) y la coma (,), el punto alto o alzado (·), que equivale a nuestro punto y coma. Éste, sin embargo, es en griego nuestro signo de interrogación.

4-. La transliteración:

La transliteración es el cambio de conjunto de signos. En nuestro caso, el paso de alfabeto a abecedario. El alfabeto se llama así porque las primeras letras son alfa y beta; el abecedario, por la misma razón: a, be y ce son las tres primeras letras. No es, por tanto, una traducción: puede escribirse una palabra griega en griego alfabeto o griego abecedario.

Ejemplo: καλός *kalós* *hermoso, bonito*

1-. Translitera teniendo en cuenta todo lo que hemos dicho de las letras:

Ἀλώπηξ	πρὸς
μορμολύκειον	εἰς
οἰκίαν	ἐλθοῦσα
ὑποκριτοῦ	καὶ

5-. Las etimologías:

Veamos qué dice el diccionario de la RAE sobre la palabra etimología:

(Del lat. etymologĭa, y este del gr. ἐτυμολογία).

1. f. Origen de las palabras, razón de su existencia, de su significación y de su forma.

2. f. Especialidad lingüística que estudia el origen de las palabras consideradas en dichos aspectos.

~ popular.

1. f. Gram. Interpretación espontánea que se da vulgarmente a una palabra relacionándola con otra de distinto origen. La relación así establecida puede originar cambios semánticos, p. ej., en altozano, o provocar deformaciones fonéticas, p. ej., en nigromancia.

"Etimología" puede separarse en castellano en "etimo-" y "–logía", proviniendo éstas del griego ἔτυμος y λογία, que significan, respectivamente "verdadero" y "estudio, razón, ciencia, discurso". Así, si unimos los significados, obtenemos que etimología es el estudio de lo verdadero.

6-. Textos para leer: Esopo

La zorra y la máscara

Ἀλώπηξ πρὸς μορμολύκειον.

Ἀλώπηξ εἰς οἰκίαν ἐλθοῦσα ὑποκριτοῦ καὶ ἕκαστα τῶν αὐτοῦ σκευῶν διερευνωμένη, εὗρε καὶ κεφαλὴν μορμολυκείου εὐφυῶς κατεσκευασμένην, ἣν καὶ ἀναλαβοῦσα ταῖς χερσὶν ἔφη· Ὢ οἵα κεφαλή, καὶ ἐγκέφαλον οὐκ ἔχει.

Ὁ μῦθος πρὸς ἄνδρας μεγαλοπρεπεῖς μὲν τῷ σώματι, κατὰ ψυχὴν δὲ ἀλογίστους.

Traducción

Dijo la zorra a la máscara.

Entrando una zorra en la casa de un actor y examinando cada una de las cosas de éste, encontró una máscara bellamente realizada, levantandola con sus manos dijo: "¡Oh, qué cabeza, pero no tiene cerebro!"

La fábula es apropiada para los hombres magníficos de cuerpo, pero insensatos de espíritu.

El anciano y la muerte

Γέρων καὶ θάνατος.

Γέρων ποτὲ ξύλα κόψας καὶ ταῦτα φέρων πολλὴν ὁδὸν ἐβάδιζε. Διὰ δὲ τὸν κόπον τῆς ὁδοῦ ἀποθέμενος τὸ φορτίον τὸν Θάνατον ἐπεκαλεῖτο. Τοῦ δὲ Θανάτου φανέντος καὶ πυθομένου δι' ἣν αἰτίαν αὐτὸν παρακαλεῖται, ὁ γέρων ἔφη· Ἵνα τὸ φορτίον ἄρῃς. Ὁ μῦθος δηλοῖὅτι πᾶς ἄνθρωπος φιλόζωος, [ἐν τῷ βίῳ] κἂν δυστυχῇ.

Traducción

Una vez un viejo, tras cortar leña, acarreandola llevaba andando un largo camino. Cuandohubo dejado el haz en el suelo por causa de la fatiga llamó a la Muerte. La Muerte apareció y le preguntó: por qué causa la llamaba. El viejo le contexto: "Para me lleves el haz".

La fábula muestra que todos los hombres aman su vida, aunque en ella sean desgraciados.

El asno y la piel de león

Ὄνος ἐνδυσάμενος λεοντῆν καὶἀλώπηξ.

Ὄνος, δορὰν λέοντος ἐπενδυθεὶς, λέων ἐνομίζετο πᾶσιν, καὶ φυγὴ μὲν ἦν ἀνθρώπων, φυγὴ δὲ καὶ ποιμνίων. Ὡς δ᾽ἀνέμου πνεύσαντος τὴν δορὰν ἀφῃρέθη καὶ γυμνὸς γέγονε τῆς ἐκ ταύτης σκέπης, τότε πάντες ἔπαιον ῥοπάλοις τε καὶ ξύλοις.

Ὁ μῦθος δηλοῖ, ὅτι πένης ὢν μὴ μιμοῦ τὰ πλουσίων.

Traducción

Un asno se pusó encima una piel de león y se hizo pasar por un león ante todos. Ocasionó la huida de hombres y también de rebaños. Cuando sopló el viento se le cayó la piel y se quedó desnudo despojado de la piel. Entonces, todos le golpearon con bastones y palos.

La fábula muestra que si eres pobre no debes imitar los ropajes de los ricos.

<u>*El agricultor y la piel de serpiente*</u>

Γεωργὸς καὶὄφις ὑπὸ κρύους πεπηγώς.

Γεωρός τις χειμῶνος ὥρᾳὄφιν εὑρὼν ὑπὸ κρύους πεπηγότα, τοῦτον ἐλεήσας καὶ λαβὼν ὑπὸ κόλπον ἔθετο. Θερμανθεὶς δὲἐκεῖνος καὶἀναλαβὼν τὴν ἰδίαν φύσιν ἔπληξε τὸν εὐεργέτην καὶἀνεῖλε· θνήσκων δὲἔλεγε· Δίκαια πάσχω, τὸν πονηρὸν οἰκτείρας.

Ὁ λόγος δηλοῖὅτι ἀμετάθετοί εἰσιν αἱ πονηρίαι, κἂν τὰ μέγιστα φιλανθρωπεύωνται.

Traducción

En invierno, un campesino encontró una serpiente que se estaba helando, compadeciendose de ella, la cogió y se la colocó en el regazo. Esta cuando estuvo caliente, subiendo por su cuerpo picó a su benefactor siguiendo su propia naturaleza y lo mató. Y cuando se estaba muriendo el agricultor dijo: "Sufro con justicia por compadecerme de un malvado."

Esta fábula muestra que los malvados no cambian, aunque se les trate amablemente.

7-. Textos para leer: Evangelio según San Lucas

Nacimiento de Jesús. Evangelio según Lucas 2, 1-7

II. Ἐγένετο δὲ ἐν ταῖς ἡμέραις ἐκείναις ἐξῆλθεν δόγμα παρὰ Καίσαρος Αὐγούστου ἀπογράφεσθαι πᾶσαν τὴν οἰκουμένην: [2] αὕτη ἀπογραφὴ πρώτη ἐγένετο ἡγεμονεύοντος τῆς Συρίας Κυρηνίου: καὶ ἐπορεύοντο πάντες ἀπογράφεσθαι, [3] ἕκαστος εἰς τὴν ἑαυτοῦ πόλιν. [4] Ἀνέβη δὲ καὶ Ἰωσὴφ ἀπὸ τῆς Γαλιλαίας ἐκ πόλεως Ναζαρὲτ εἰς τὴν Ἰουδαίαν εἰς πόλιν Δαυεὶδ ἥτις καλεῖται Βηθλεέμ, διᾳ τὸ εἶναι αὐτὸν ἐξ οἴκου καὶ πατριᾶς Δαυείδ, [5] ἀπογράψασθαι σὺν Μαριὰμ τῇ ἐμνηστευμένῃ αὐτῷ, οὔσῃ ἐνκύῳ. [6] Ἐγένετο δὲ ἐν τῷ εἶναι αὐτοὺς ἐκεῖ ἐπλήσθησαν αἱ ἡμέραι τοῦ τεκεῖν αὐτήν, [7] καὶ ἔτεκεν τὸν υἱὸν αὐτῆς τὸν πρωτότοκον, καὶ ἐσπαργάνωσεν αὐτὸν καὶ ἀνέκλινεν αὐτὸν ἐν φάτνῃ, διότι οὐκ ἦν αὐτοῖς τόπος ἐν τῷ καταλύματι.

Traducción

Aconteció que por aquellos días amanó un edicto de parte de César Augusto en que ordenaba que se inscribiesesn en el censo los habitantes de todo el orbe. Este primer censo se hizo siendo Quirino propretor de la Siria. Y se ponían todos en viaje para inscribirse, cada cual a su ciudad. Subió también José desde la Galilea, de la ciudad de Nazaret, a la Judea, a la ciudad de David que se llama Belén, por ser él del linaje y familia de David, para inscribirse en el censo juntamente con María, su esposa, que estaba encinta. Y sucedió que estando ellos allí, se le cumplieron a ella los días del parto, y dio a luz su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, pues no había para ellos lugar en el mesón.

Crucifixión y muerte de Jesús. Evangelio según Lucas 23, 33-34 y 44-47

[33] Καὶ ὅτε ἦλθαν ἐπὶ τὸν τόπον τὸν καλούμενον Κρανίον, ἐκεῖ ἐσταύρωσαν αὐτὸν καὶ τοὺς κακούργους, ὃν μὲν ἐκ δεξιῶν ὃν δὲ ἐξ ἀριστερῶν. [34] [[ὁ δὲ Ἰησοῦς ἔλεγεν Πάτερ, ἄφες αὐτοῖς, οὐ γὰρ οἴδασιν τί ποιοῦσιν.]][..][44] Καὶ ἦν ἤδη ὡσεὶ ὥρα ἕκτη καὶ σκότος ἐγένετο ἐφ' ὅλην τὴν γῆν [45] ἕως ὥρας ἐνάτης τοῦ ἡλίου ἐκλείποντος, ἐσχίσθη δὲ τὸ καταπέτασμα τοῦ ναοῦ μέσον. [46] καὶ φωνήσας φωνῇ μεγάλῃ ὁ Ἰησοῦς εἶπεν Πάτερ, εἰς χεῖράς σου παρατίθεμαι τὸ πνεῦμά μου: τοῦτο δὲ εἰπὼν ἐξέπνευσεν. [47] Ἰδὼν δὲ ὁ ἑκατοντάρχης τὸ γενόμενον ἐδόξαζεν τὸν θεὸν λέγων Ὄντως ὁ ἄνθρωπος οὗτος δίκαιος ἦν

Traducción

Y cuando hubieron llegado a l lugara llamado Cráneo, allí crucificaron a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. (...) Y era ya como la hora sexta, y se produjeron tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora nona, habiendo faltado el sol; y se rasgó por medio el velo del santuario. Y clamando con voz poderosa, Jesús dijo: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Y, dicho esto, expiró. Viendo el centurión lo acaecido, glorificó a Dios, diciendo: Realmente este hombre era justo.

8-. Evangelio trilingüe

<u>9-. Textos clásicos:</u>

<u>La Odisea. Canto XII (fragmento): Las sirenas</u>

1 Tan luego como la nave, dejando la corriente del río Océano, llegó a las olas del vasto mar y a la isla Eea -donde están la mansión y las danzas de Eos, hija de la mañana, y el orto del Helios-, la sacamos a la arena, después de saltar a la playa, nos entregamos al sueño, y aguardamos la aparición de la divinal Eos.

8 Cuando se descubrió la hija de la mañana, Eos de rosáceos dedos, envié algunos compañeros a la morada de Circe para que trajesen el cadáver del difunto Elpénor. Luego cortamos troncos y, afligidos y vertiendo abundantes lágrimas, celebramos las exequias en el lugar más eminente de la orilla. Y no bien hubimos quemado el cadáver y las armas del difunto, le erigimos un túmulo, con su correspondiente cipo, y clavamos en la parte más alta el manejable remo.

16 Mientras en tales cosas nos ocupábamos, no se le encubrió a Circe nuestra llegada del Hades, y se atavió y vino muy presto con criadas que traían pan, mucha carne y vino rojo, de color de fuego.

20 Y puesta en medio de nosotros, dijo así la divina entre las diosas:

21 —¡Oh desdichados, que viviendo aún, bajasteis a la morada de Hades, y habréis muerto dos veces cuando los demás hombres mueren una sola. Ea, quedaos aquí, y comed manjares y bebed vino, todo el día de hoy; pues así que despunte la aurora volveréis a navegar, y yo os mostraré el camino y os indicaré cuanto sea preciso para que no padezcáis, a causa de una maquinación funesta, ningún infortunio ni en el mar ni en la tierra firme.

28 Así dijo; y nuestro ánimo generoso se dejó persuadir. Y ya todo el día, hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino.

31 Apenas el sol se puso y sobrevino la obscuridad, los demás se acostaron junto a las amarras del buque. Pero a mí Circe me cogió de la mano, me hizo sentar separadamente de los compañeros y, acomodándose cerca de mí, me preguntó cuanto me había ocurrido; y yo se lo conté por su orden. Entonces me dijo estas palabras la veneranda Circe:

37 —Así, pues, se han llevado a cumplimiento todas estas cosas. Oye ahora lo que voy a decir y un dios en persona te lo recordará más tarde. Llegarás primero a las sirenas, que encantan a cuantos hombres van a su encuentro. Aquel que imprudentemente se acerca a ellas y oye su voz, ya no vuelve a ver a su esposa ni a sus hijos pequeñuelos rodeándole, llenos de júbilo, cuando torna a sus hogares; sino que le hechizan las sirenas con el sonoro canto, sentadas en una pradera y teniendo a su alrededor enorme montón de huesos de hombres putrefactos cuya piel se va consumiendo. Pasa de largo y tapa las orejas de tus compañeros con cera blanda, previamente adelgazada, a fin de que ninguno las oiga; mas si tú desearas oírlas, haz que te aten en la velera embarcación de pies y manos, derecho y arrimado a la parte inferior del mástil, y que las sogas se liguen al mismo; y así podrás deleitarte escuchando a las sirenas. Y caso de que supliques o mandes a los compañeros que te suelten, átente con más lazos todavía.

55 Después que tus compañeros hayan conseguido llevaros más allá de las Sirenas, no te indicaré con precisión cuál de los dos caminos te cumple recorrer; considéralo en tu ánimo, pues voy a decir lo que hay a entrambas partes. A un lado se alzan peñas prominentes, contra las cuales rugen las inmensas olas de la ojizarca Anfitrite; llámanlas Erráticas los bienaventurados dioses. Por allí no pasan las aves sin peligro, ni aun las tímidas palomas que llevan la ambrosía al padre Zeus; pues cada vez la lisa peña arrebata alguna y el padre manda otra para completar el número. Ninguna embarcación de hombres, en llegando allá, pudo escapar salva; pues las olas del mar y las tempestades, cargadas de pernicioso fuego, se llevan juntamente las tablas del barco y los cuerpos de los hombres. Tan sólo logró doblar aquellas rocas una nave surcadora del ponto, Argo, por todos tan celebrada, al volver del país de Eetes; y también a ésta habríala estrellado el oleaje contra las grandes peñas, si Hera no la hubiese hecho pasar

junto a ellas por su afecto a Jasón.

73 Al lado opuesto hay dos escollos. El uno alcanza al anchuroso cielo con su pico agudo, coronado por el pardo nubarrón que jamás le suelta; en términos que la cima no aparece despejada nunca, ni siquiera en verano, ni en otoño. Ningún hombre mortal, aunque tuviese veinte manos e igual número de pies, podría subir al tal escollo ni bajar de él, pues la roca es tan lisa que semeja pulimentada.

80 En medio del escollo hay un antro sombrío que mira al ocaso, hacia el Erebo, y a él enderezaréis el rumbo de la cóncava nave, preclaro Odiseo. Ni un hombre joven, que disparara el arco desde la cóncava nave, podría llegar con sus tiros a la profunda cueva. Allí mora Escila, que aúlla terriblemente, con voz semejante a la de una perra recién nacida, y es un monstruo perverso a quien nadie se alegrará de ver, aunque fuese un dios el que con ella se encontrase. Tiene doce pies, todos deformes, y seis cuellos larguísimos, cada cual con una horrible cabeza en cuya boca hay tres hileras de abundantes y apretados dientes, llenos de negra muerte. Está sumida hasta la mitad del cuerpo en la honda gruta, saca las cabezas fuera de aquel horrendo báratro y, registrando alrededor del escollo, pesca delfines, perros de mar, y también, si puede cogerlo, alguno de los monstruos mayores que cría en cantidad inmensa la ruidosa Anfitrite.

98 Por allí jamás pasó embarcación cuyos marineros pudieran gloriarse de haber escapado indemnes; pues Escila les arrebata con sus cabezas sendos hombres de la nave de azulada proa.

101 El otro escollo es más bajo y lo verás Odiseo, cerca del primero; pues hállase a tiro de flecha. Hay ahí un cabrahigo grande y frondoso, y a su pie la divinal Caribdis sorbe la turbia agua. Tres veces al día la echa fuera y otras tantas vuelve a sorberla de un modo horrible. No te encuentres allí cuando la sorbe pues ni el que sacude la tierra podría librarte de la perdición. Debes, por el contrario, acercarte mucho al escollo de Escila y hacer que tu nave pase rápidamente; pues mejor es que eches de menos a sus compañeros que no a todos juntos.

111 Así se expresó; y le contesté diciendo:

—Ea, oh diosa, háblame sinceramente. Si por algún medio lograse escapar de la funesta Caribdis, ¿podré rechazar a Escila cuando quiera dañar a mis compañeros?

115 Así le dije, y al punto me respondió la divina entre las diosas:

116 —¡Oh, infeliz! ¿Aún piensas en obras y trabajos bélicos, y no has de ceder ni ante los inmortales dioses? Escila no es mortal, sino una plaga imperecedera, grave, terrible, cruel e ineluctable. Contra ella no hay que defenderse; huir de su lado es lo mejor. Si, armándote, demorares junto al peñasco, temo que se lanzará otra vez y te arrebatará con sus cabezas sendos varones. Debes hacer, por tanto, que tu navío pase ligero, e invocar, dando gritos, a Crateis, madre de Escila, que les parió tal plaga a los mortales y ésta la contendrá para que no os acometa nuevamente.

127 Llegarás más tarde a la isla de Trinacia, donde pacen las muchas vacas y pingües ovejas de Helios. Siete son las vacadas, otras tantas las hermosas greyes de ovejas, y cada una está formada por cincuenta cabezas. Dicho ganado no se reproduce ni muere y son sus pastoras dos deidades, dos ninfas de hermosas trenzas: Faetusa y Lampetia; las cuales concibió de Helios Hiperión la divina Neera.

134 La veneranda madre, después que las dio a luz y las hubo criado, llevólas a la isla de Trinacia, allá muy lejos, para que guardaran las ovejas de su padre y las vacas de retorcidos cuernos. Si a éstas las dejaras indemnes, ocupándote tan sólo en preparar tu regreso, aun llegaríais a Itaca, después de pasar muchos trabajos; pero, si les causares daño, desde ahora te anuncio la perdición de la nave y la de tus amigos. Y aunque tú escapes, llegarás tarde y mal a la patria, después de perder todos los compañeros.

142 Así dijo; y al punto apareció Eos, de áureo solio. La divina entre las diosas se internó en la isla, y yo, encaminándome al bajel, ordené a mis compañeros que subieran a la nave y desataran las amarras. Embarcáronse acto continuo y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron a batir con los remos el espumoso mar.

148 Por detrás de la nave de azulada proa soplaba prospero viento que henchía las velas; buen compañero que nos mandó Circe, la de lindas trenzas, deidad Poderosa, dotada de voz. Colocados los

aparejos cada uno en su sitio, nos sentamos en la nave, que era conducida por el viento y el piloto. Entonces alcé la voz a mis compañeros, con el corazón triste, y les hablé de este modo:

154 —¡Oh amigos! No conviene que sean únicamente uno o dos quienes conozcan los vaticinios que me reveló Circe, la divina entre las diosas; y os los voy a referir para que, sabedores de ellos, o muramos o nos salvemos, librándonos de la muerte y de la Moira. Nos ordena lo primero rehuir la voz de las divinales sirenas y el florido prado en que éstas moran. Manifestóme que tan solo yo debo oírlas; pero atadme con fuertes lazos, de pie y arrimado a la parte inferior del mástil -para que me esté allí sin moverme-, y las sogas láguense al mismo. Y en el caso de que os ruegue o mande que me soltéis, atadme con mas lazos todavía.

165 Mientras hablaba, declarando estas cosas a mis compañeros, la nave, bien construida llegó muy presto a la isla de las sirenas, pues la empujaba favorable viento. Desde aquel instante echóse el viento y reinó sosegada calma, pues algún numen adormeció las olas. Levantáronse mis compañeros, amainaron las velas y pusiéronlas en la cóncava nave; y, habiéndose sentado nuevamente en los bancos, emblanquecían el agua, agitándola con los remos de pulimentado abeto.

173 Tomé al instante un gran pan de cera y lo partí con el agudo bronce en pedacitos, que me puse luego a apretar con mis robustas manos. Pronto se calentó la cera, porque hubo de ceder a la gran fuerza y a los rayos del soberano Helios Hiperiónida, y fui tapando con ella los oídos de todos los compañeros. Atáronme éstos en la nave, de pies y manos, derecho y arrimado a la parte inferior del mástil; ligaron las sogas al mismo; y, sentándose en los bancos, torron a batir con los remos el espumoso mar.

181 Hicimos andar la nave muy rápidamente. y, al hallarnos tan cerca de la orilla que allá pudieran llegar nuestras voces, no se les encubrió a las sirenas que la ligera embarcación navegaba a poca distancia y empezaron un sonoro canto:

184 —¡Ea, célebre Odiseo, gloria insigne de los aqueos! Acércate y detén la nave para que oigas nuestra voz. Nadie ha pasado en su negro bajel sin que oyera la suave voz que fluye de nuestra boca; sino que se van todos después de recrearse con ella, sabiendo más que antes; pues sabemos cuántas fatigas padecieron en la vasta Troya argivos y teucros, por la voluntad de los dioses, y conocemos también todo cuanto ocurre en la fértil tierra.

192 Esto dijeron con su hermosa voz. Sintióse mi corazón con ganas de oírlas, y moví las cejas, mandando a los compañeros que me desatasen; pero todos se inclinaron y se pusieron a remar. Y, levantándose al punto Perimedes y Euríloco, atáronme con nuevos lazos, que me sujetaban más reciamente. Cuando dejamos atrás las sirenas y ni su voz ni su canto se oían ya, quitáronse mis fieles compañeros la cera con que había yo tapado sus oídos y me soltaron las ligaduras.

http://www.odisea.com.mx/Texto_y_comentarios/Canto_xii/Canto_xii.html

La Odisea. Canto XXI

Atenea, la deidad de ojos de lechuza, inspiróle en el corazón a la discreta Penelopea, hija de Icario, que en la propia casa de Odiseo les sacara a los pretendientes el arco y el blanquizco hierro, a fin de celebrar el certamen que había de ser el preludio de su matanza. Subió Penelopea la alta escalera de la casa; tomó en su robusta mano una hermosa llave bien curvada, de bronce, con el cabo de marfil; y se fue con las siervas al aposento más interior, donde guardaba las alhajas del rey -bronce, oro y labrado hierro-, y también el flexible arco y la aljaba para las flechas, que contenía muchas y dolorosas saetas; dones ambos que a Odiseo le había hecho su huésped Ifito Eurítida, semejante a los inmortales, cuando se juntó con él en Lacedemonia. Encontráronse en Mesena, en casa del belicoso Ortíloco. Odiseo iba a cobrar una deuda de todo el pueblo, pues los mesenios se habían llevado de Itaca, en naves de muchos bancos, trescientas ovejas con sus pastores:

Por esta causa Odiseo, que aún era joven, emprendió como embajador aquel largo viaje, enviado por su padre y otros ancianos. A su vez, Ifito iba en busca de doce yeguas de vientre con sus potros, pacientes en el trabajo, que antes le habían robado y que luego habían de ser la causa de su muerte y

miserable destino; pues, habiéndose llegado a Heracles, hijo de Zeus, varón de ánimo esforzado que sabía acometer grandes hazañas, ése le mató en su misma casa, sin embargo de tenerlo por huésped. ¡Inicuo! No temió la venganza de los dioses, ni respetó la mesa que le puso él en persona: matóle y retuvo en su palacio las yeguas de fuertes cascos. Cuando Ifito iba, pues, en busca de las mentadas yeguas, se encontró con Odiseo y le dio el arco que antiguamente había usado el gran Eurito y que éste legó a su vástago al morir en su excelsa casa; y Odiseo por su parte, regaló a Ifito afilada espada y fornida lanza; presentes que hubieran originado entre ambos cordial amistad, mas los héroes no llegaron a verse el uno en la mesa del otro, porque el hijo de Zeus mató antes a Ifito Eurítida, semejante a los inmortales. Y el divino Odiseo llevaba en su patria el arco que le había dado Ifito, pero no lo quiso tomar al partir para la guerra en las negras naves; y lo dejó en el palacio como memoria de su caro huésped.

Así que la divina entre las mujeres llegó al aposento y puso el pie en el umbral de encina que en otra época había pulido el artífice con gran habilidad y enderezado por medio de un nivel alzando los dos postes en que había de encajar la espléndida puerta; desató la correa del anillo, metió la llave y corrió los cerrojos de la puerta, empujándola hacia dentro. Rechinaron las hojas como muge un toro que pace en la pradera -¡tanto ruido produjo la hermosa puerta al empuje de la llave!- y abriéronse inmediatamente. Penelopea subió al excelso tablado donde estaban las arcas de los perfumados vestidos; y, tendiendo el brazo, descolgó de un clavo el arco con la funda espléndida que lo envolvía. Sentóse allí mismo, teniéndolo en sus rodillas, lloró ruidosamente y sacó de la funda el arco del rey. Y cuando ya estuvo harta de llorar y de gemir, fuese hacia la habitación donde se hallaban los ilustres pretendientes; y llevó en su mano el flexible arco y la aljaba para las flechas, la cual contenía abundantes y dolorosas saetas. Juntamente con Penelopea, llevaban las siervas una caja con mucho hierro y bronce que servían para los juegos del rey.

Cuando la divina entre las mujeres hubo llegado adonde estaban los pretendientes, paróse ante la columna que sostenía el techo sólidamente construido, con las mejillas cubiertas por luciente velo y una honrada doncella a cada lado. Entonces habló a los pretendientes, diciéndoles estas palabras:

—Oídme, ilustres pretendientes, los que habéis caído sobre esta casa para comer y beber de continuo durante la prolongada ausencia de mi esposo, sin poder hallar otra excusa que la intención de casaros conmigo y tenerme por mujer. Ea, pretendientes míos, os espera este certamen: pondré aquí el gran arco del divino Odiseo, y aquél que más fácilmente lo maneje, lo tienda y haga pasar una flecha por el ojo de las doce segures, será con quien yo me vaya, dejando esta casa a la que vine doncella, que es tan hermosa, que está tan abastecida, y de la cual me figuro que habré de acordarme aun entre sueños.

Tales fueron sus palabras; y mandó en seguida a Eumeo, el divinal porquerizo, que ofreciera a los pretendientes el arco y el blanquizco hierro. Eumeo lo recibió llorando y lo puso en tierra; y desde la parte contraria el boyero, al ver el arco de su señor, lloró también.

Y Antínoo les increpó, diciéndoles de esta suerte:

—¡Rústicos necios que no pensáis más que en lo del día! ¡Ah, míseros! ¿Por qué, vertiendo lágrimas, conmovéis el ánimo de esta mujer, cuando ya lo tiene sumido en el dolor desde que perdió a su consorte? Comed ahí, en silencio, o idos afuera a llorar; dejando ese pulido arco que ha de ser causa de un certamen fatigoso para los pretendientes, pues creo que nos será difícil armarlo. Que no hay entre todos los que aquí estamos un hombre como fue Odiseo. Le vi y de él guardo memoria, aunque en aquel tiempo yo era niño.

Así les habló, pero allá dentro en su ánimo tenía esperanzas de armar el arco y hacer pasar la flecha por el hierro; aunque debía gustar antes que nadie la saeta despedida por las manos del intachable Odiseo, a quien estaba ultrajando en su palacio y aun incitaba a sus compañeros a que también lo hiciesen.

Mas el esforzado y divinal Telémaco les dijo:

—¡Oh, dioses! En verdad que Zeus Cronión me ha vuelto el juicio. Dice mi madre querida, siendo tan discreta, que se irá con otro y saldrá de esta casa; y yo me río y me deleito con ánimo insensato. Ea,

pretendientes, ya que os espera este certamen por una mujer que no tiene par en el país aqueos ni en la sacra Pilos, ni en Argos, ni en Micenas, ni en la misma Itaca, ni en el oscuro continente, como vosotros mismos lo sabéis. ¿Qué necesidad tengo yo de alabar a mi madre? Ea, pues, no difiráis la lucha con pretextos y no tardéis en hacer la prueba de armar el arco, para que os veamos. También yo lo intentaré; y si logro armarlo y traspasar con la flecha el hierro, mi veneranda madre no me dará el disgusto de irse con otro y desamparar el palacio; pues me dejaría en él, cuando ya pudiera alcanzar la victoria en los hermosos juegos de mi padre.

Dijo; y, poniéndose en pie, se quitó el purpúreo manto y descolgó de su hombro la aguda espada. Acto continuo comenzó hincando las segures, abriendo para todas un gran surco, alineándolas a cordel, y poniendo tierra a entrambos lados. Todos se quedaron pasmados al notar con qué buen orden las colocaba sin haber visto nunca aquel juego.

Seguidamente fuese al umbral y probó a tender el arco. Tres veces lo movió, con el deseo de armarlo, y tres veces hubo de desistir de su intento; aunque sin perder la esperanza de tirar de la cuerda y hacer pasar la flecha a través del hierro. Y lo habría armado tirando con gran fuerza por la cuarta vez; pero Odiseo se lo prohibió con una seña y le contuvo contra su deseo.

Entonces habló de esta manera el esforzado y divinal Telémaco:

—¡Oh, dioses! O tengo que ser en adelante ruin y menguado, o soy aún demasiado joven y no puedo confiar en mis brazos para rechazar a quien me ultraja. Mas, ea, probad el arco vosotros, que me superáis en fuerzas, y acabemos el certamen.

Diciendo así, puso el arco en el suelo, arrimándolo a las tablas de la puerta que estaban sólidamente unidas y bien pulimentadas, dejó la veloz saeta apoyada en el hermoso anillo, y volvióse al asiento que antes ocupaba.

Y Antínoo, hijo de Eupites, les habló de esta manera:

—Levantaos consecutivamente, compañeros, empezando por la derecha del lugar donde se escancia el vino.

Así se expresó Antínoo y a todos les plugo cuanto dijo. Levantóse el primero, Leodes, hijo de Enope, el cual era el arúspice de los pretendientes y acostumbraba sentarse en lo más hondo, al lado de la magnífica cratera, siendo el único que aborrecía las iniquidades y que se indignaba contra los demás pretendientes. Tal fue quien primero tomó el arco y la veloz flecha.

En seguida se encaminó al umbral y probó el arco; mas no pudo tenderlo, que antes se le fatigaron, con tanto tirar, sus manos blandas y no encallecidas. Y al momento hablóles así a los demás pretendientes:

—¡Oh, amigos! Yo no puedo armarlo; tómelo otro. Este arco privará del ánimo y de la vida a muchos príncipes, porque es preferible la muerte a vivir sin realizar el intento que nos reúne aquí continuamente y que nos hace aguardar día tras día. Ahora cada cual espera en su alma que se le cumplirá el deseo de casarse con Penelopea, la esposa de Odiseo; mas, tan pronto como vea y pruebe el arco, ya puede dedicarse a pretender a otra aquea, de hermoso peplo, solicitándola con regalo de boda; y luego se casará aquélla con quien le haga más presentes y venga designado por el destino.

Dichas estas palabras, apartó de sí el arco, arrimándolo a las tablas de la puerta, que estaban sólidamente unidas y bien pulimentadas, dejó la veloz saeta apoyada en el hermoso anillo, y volvióse al asiento que antes ocupaba.

Y Antínoo le increpó, diciéndole de esta suerte:

—¡Leodes! ¡Qué palabras tan graves y molestas se te escaparon del cerco de los dientes! Me indigné al oírlas. Dices que este arco privará del ánimo y de la vida a los príncipes, tan sólo porque no puedes armarlo. No te parió tu madre veneranda para que entendieses en manejar el arco y las saetas; pero verás cómo lo tienden muy pronto otros ilustres pretendientes.

Así le dijo, y al punto dio al cabrero Melantio la siguiente orden:

—Ve Melantio, enciende fuego en la sala, coloca junto al hogar un sillón con una pelleja y trae una gran bola de sebo del que hay en el interior, para que los jóvenes, calentando el arco y untándolo con grasa, probemos de armarlo y terminemos este certamen.

Así dijo. Melantio se puso inmediatamente a encender el fuego infatigable, colocó junto al mismo un sillón con una pelleja y sacó una gran bola de sebo del que había en el interior.

Untándolo con sebo y calentándolo en la lumbre, fueron probando el arco todos los jóvenes; mas no consiguieron tenderlo, porque les faltaba gran parte de la fuerza que para ello se requería.

Y ya sólo quedaban sin probarlo Antínoo y el deiforme Eurímaco que eran los príncipes entre los pretendientes y a todos superaban por su fuerza.

Entonces salieron juntos de la casa el boyero y el porquerizo del divinal Odiseo; siguióles éste y díjoles con suaves palabras así que dejaron a su espalda la puerta y el patio:

—¡Boyero y tú, porquerizo! ¿Os revelaré lo que pienso o lo mantendré oculto? Mi ánimo me ordena que lo diga. ¿Cuáles fuerais para ayudar a Odiseo, si llegara de súbito porque alguna deidad nos lo trajese? ¿Os pondríais de parte de los pretendientes o del propio Odiseo? Contestad como vuestro corazón y vuestro ánimo os lo dicten.

Dijo entonces el boyero:

—¡Padre Zeus! Ojalá me cumplas este voto: que vuelva aquel varón traído por alguna deidad. Tú verías, si así sucediese, cuál es mi fuerza y de qué brazos dispongo.

Eumeo suplicó asimismo a todos los dioses que el prudente Odiseo volviera a su casa. Cuando el héroe conoció el verdadero sentir de entrambos, hablóles nuevamente diciendo de esta suerte:

—Pues dentro está, aquí lo tenéis, yo soy, que después de pasar muchos trabajos, he vuelto en el vigésimo año a la patria tierra. Conozco que entre mis esclavos tan solamente vosotros deseabais mi vuelta, pues no he oído que ningún otro hiciera votos para que tornara a esta casa. Os voy a revelar con sinceridad lo que ha de llevarse a efecto. Si por ordenarlo un dios, sucumben a mis manos los eximios pretendientes, os buscaré esposa, os daré bienes y sendas casas labradas junto a la mía, y os consideraré en lo sucesivo como compañeros y hermanos de Telémaco Y, si queréis, ea, voy a mostraros una manifiesta señal para que me reconozcáis y se convenza vuestro ánimo: la cicatriz de la herida que me hizo un jabalí con su blanco diente cuando fui al Parnaso con los hijos de Autólico.

Apenas hubo dicho estas palabras, apartó los andrajos para enseñarles la extensa cicatriz. Ambos la vieron y examinaron cuidadosamente, y acto continuo rompieron en llanto, echaron los brazos sobre el prudente Odiseo y, apretándole, le besaron la cabeza y los hombros. Odiseo, a su vez, besóles la cabeza y las manos. Y entregados al llanto los dejara el sol al ponerse, si el propio Odiseo no les hubiese calmado, diciéndoles de esta suerte:

—Cesad ya de llorar y de gemir: no sea que alguno salga del palacio, lo vea y se vaya a contarlo allá dentro. Entraréis en el palacio, pero no juntos, sino uno tras otro: yo primero y vosotros después. Tened sabida la señal que os quiero dar y es la siguiente: los otros, los ilustres pretendientes, no han de permitir que se me de el arco y el carcaj; pero tú, divinal Eumeo, llévalo por la habitación, pónmelo en las manos, y di a las mujeres que cierren las sólidas puertas de las estancias, y que si alguna oyere gemido o estrépito de hombres dentro de las paredes de nuestra sala, no se asome y quédese allí, en silencio junto a su labor. Y a ti, divinal Filetio, te confío las puertas del patio para que las cierres, corriendo el cerrojo; que sujetaras mediante un nudo.

Hablando así, entróse por el cómodo palacio y fue a sentarse en el mismo sitio que antes ocupaba. Luego penetraron también los dos esclavos del divinal Odiseo.

Ya Eurímaco manejaba el arco, dándole vueltas y calentándolo, ora por esta, ora por aquella parte, al resplandor del fuego. Mas ni aún así consiguió armarlo, por lo cual, sintiendo gran angustia en su corazón glorioso, suspiró y dijo de esta suerte:

—¡Oh, dioses! Grande es el pesar que siento por mí y por vosotros todos. Y aunque me afligen las

frustradas nupcias, no tanto me lamento por ellas -pues hay muchas aqueas en la propia Itaca, rodeada por el mar y en las restantes ciudades-, como por ser nuestras fuerzas de tal modo inferiores a las del divinal Odiseo que no podamos tender su arco: ¡vergüenza será que lleguen a saberlo los venideros!

Entonces Antínoo, hijo de Eupites, les habló diciendo:

—¡Eurímaco! No será así y tú mismo lo conoces. Ahora, mientras se celebra en la población la sacra fiesta del dios, ¿quién lograría tender el arco? Ponedlo en tierra tranquilamente y permanezcan clavadas todas las segures, pues no creo que se las lleve ninguno de los que frecuentan el palacio de Odiseo Laertíada.

Mas, ea comience el escanciano a repartir las copas para que hagamos la libación, y dejemos ya el corvo arco. Y ordenad al cabrero Melantio que al romper el día se venga con algunas cabras, las mejores de todos sus rebaños, a fin de que, en ofreciendo los muslos, a Apolo, célebre por su arco, probemos de armar el de Odiseo y terminemos este certamen.

se expresó Antínoo y a todos les plugo lo que proponía. Los heraldos diéronles aguamanos y los mancebos coronaron de bebida las crateras y las distribuyeron después de ofrecer en copas las primicias.

No bien se hicieron las libaciones y bebió cada uno cuanto deseara, el ingenioso Odiseo, meditando engaños, les habló de este modo:

—Oídme, pretendientes de la ilustre reina, para que os exponga lo que en mi pecho el ánimo me ordena deciros; y he de rogárselo en particular a Eurímaco y al deiforme Antínoo, que ha pronunciado estas oportunas palabras; dejad por ahora el arco y atended a los dioses, y mañana algún numen dará bríos a quien le plazca.

Ea, entregadme el pulido arco y probaré con vosotros mis brazos y mi fuerza: si por ventura hay en mis flexibles miembros el mismo vigor que antes, o ya se lo hicieron perder la vida errante y la carencia de cuidado.

Así dijo. Todos sintieron gran indignación, temiendo que armase el pulido arco. Y Antínoo le increpó, hablándole de esta manera:

—¡Oh, el más miserable de los forasteros! No hay en ti ni pizca de juicio ¿No te basta estar sentado tranquilamente en el festín con nosotros, los ilustres, sin que se te prive de ninguna de las cosas del banquete, y escuchar nuestras palabras y conversaciones que no oye forastero ni mendigo alguno? Sin duda te trastorna el dulce vino, que suele perjudicar a quien lo bebe ávida y descomedidamente. El vino dañó al ínclito centauro Euritión cuando fue al país de los lapitas y se halló en el palacio del magnánimo Pirítoo Tan luego como tuvo la razón ofuscada por el vino, enloqueciendo, llevó al cabo perversas acciones en la morada de Pirítoo; los héroes, poseídos de dolor, arrojáronse sobre él y, arrastrándolo hacia la puerta, le cortaron con el cruel bronce orejas y narices; y así se fue, con la inteligencia trastornada y sufriendo el castigo de su falta con ánimo demente.

Tal origen tuvo la contienda entre los centauros y los hombres, mas aquél fue quien primero se atrajo el infortunio por haberse llenado de vino. De semejante modo, te anuncio a ti una gran desgracia si llegares a tender el arco pues no habrá quien te defienda en este pueblo, y pronto te enviaremos en negra nave al rey Equeto, plaga de todos los mortales, del cual no has de escapar sano y salvo. Bebe, pues, tranquilamente y no te metas a luchar con hombres que son más jóvenes.

Entonces la discreta Penelopea le habló diciendo:

—¡Antínoo! No es decoroso ni justo que se ultraje a los huéspedes de Telémaco sean cuales fueren los que vengan a este palacio ¿Por ventura crees que si el huésped, confiando en sus manos y en su fuerza, tendiese el grande arco de Odiseo, me llevaría a su casa para tenerme por mujer propia? Ni él mismo concibió en su pecho semejante esperanza, ni por su causa ha de comer ninguno de vosotros con el ánimo triste; pues esto no se puede pensar razonablemente.

Respondióle Eurímaco, hijo de Pólibo:

—¡Hija de Icario! ¡Discreta Penelopea! No creemos que éste se te haya de llevar, ni el pensarlo fuera razonable, pero nos dan vergüenza los dizques de los hombres y de las mujeres; no sea que exclame algún aqueo peor que nosotros:

"Hombres muy inferiores pretenden la esposa de un varón intachable y no pueden armar el pulido arco; mientras que un mendigo que llegó errante, tendiólo con facilidad e hizo pasar la flecha a través del hierro". Así dirán, cubriéndonos de oprobio.

Repuso entonces la discreta Penelopea:

—¡Eurímaco! No es posible que en el pueblo gocen de buena fama los que injurian a un varón principal, devorando lo de su casa: ¿por qué os hacéis merecedores de estos oprobios? El huésped es alto y vigoroso, y se precia de tener por padre a un hombre de buen linaje. Ea, entregadle el pulido arco y veamos. Lo que voy a decir se llevará a cumplimiento: si tendiere el arco por concederle Apolo esta gloria, le pondré un manto y una túnica, vestidos magníficos; le regalaré un agudo dardo para que se defienda de los hombres y de los perros, y también una espada de doble filo; le daré sandalias para los pies y le enviaré adonde su corazón y su ánimo deseen.

Respondióle el prudente Telémaco:

—¡Madre mía! Ninguno de los aqueos tiene poder superior al mío para dar o rehusar el arco a quien me plazca, entre cuantos mandan en la áspera Itaca o en las islas cercanas a la Elide, tierra fértil de caballos: por consiguiente, ninguno de éstos podría forzarme, oponiéndose a mi voluntad, si quisiera dar de una vez este arco al huésped, aunque fuese para que se lo llevara. Vuelve a tu habitación, ocúpate en las labores que te son propias, el telar y la rueca, y ordena a las esclavas que se apliquen al trabajo, y del arco nos cuidaremos los hombres y principalmente yo, cuyo es el mando de esta casa.

Asombrada se fue Penelopea a su habitación, poniendo en su ánimo las discretas palabras de su hijo. Y así que hubo llegado con las esclavas al aposento superior, lloró por Odiseo, su querido consorte, hasta que Atenea, la de ojos de lechuza, difundióle en los párpados el dulce sueño.

En tanto, el divinal porquerizo tomó el corvo arco para llevárselo al huésped; mas todos los pretendientes empezaron a baldonarle dentro de la sala, y uno de aquellos jóvenes soberbios le habló de esta manera:

—¿Adónde llevas el corvo arco, oh porquero no digno de envidia, oh vagabundo? Pronto te devorarán, junto a los marranos y lejos de los hombres, los ágiles canes que tú mismo has criado, si Apolo y los demás inmortales dioses no fueren propicios.

Así decían, y él volvió a poner el arco en el mismo sitio, asustado de que le baldonaran tantos hombres dentro de la sala. Mas Telémaco le amenazó, gritándole desde el otro lado:

—¡Abuelo! Sigue adelante con el arco, que muy pronto verías que no obras bien obedeciendo a todos: no sea que yo, aun siendo el más joven, te eche al campo y te hiera a pedradas, ya que te aventajo en fuerzas. Ojalá superase de igual modo, en brazos y fuerzas, a todos los pretendientes que hay en el palacio, pues no tardaría en arrojar a alguno vergonzosamente de la casa, porque maquina acciones malvadas.

Así les habló; y todos los pretendientes lo recibieron con blandas risas, olvidando su terrible cólera contra Telémaco. El porquerizo tomó el arco, atravesó la sala y, deteniéndose cabe el prudente Odiseo, se lo puso en las manos.

Seguidamente, llamó al ama Euriclea y le habló de este modo:

—Telémaco te manda, prudente Euriclea, que cierres las sólidas puertas de las estancias y que si alguna de las esclavas oyere gemidos o estrépito de hombres dentro de las paredes de nuestra sala, no se asome y quédese allí, en silencio, junto a su labor.

Así le dijo, y ninguna palabra voló de los labios de Euriclea que cerró las puertas de las cómodas habitaciones.

Filetio, a su vez, salió de la casa silenciosamente, fue a entornar las puertas del bien cercado patio y como hallara debajo del pórtico el cable de papiro de una corva embarcación, las ató con él. Luego volvió a entrar y sentóse en el mismo sitio que antes ocupaba, con los ojos clavados en Odiseo. Ya éste manejaba el arco, dándole vueltas por todas partes y probando acá y acullá: no fuese que la carcoma hubiera roído el cuerno durante la ausencia del rey. Y uno de los presentes dijo al que tenía más cercano:

—Debe ser experto y hábil en manejar arcos, o quizás haya en su casa otros semejantes, o lleve traza de construirlos: de tal modo le da vueltas en sus manos acá y acullá ese vagabundo instruido en malas artes.

Otro de aquellos jóvenes soberbios habló de esta manera:

—¡Así alcance tanto provecho, como en su vida podrá armar el arco!

De tal suerte se expresaban los pretendientes. Mas el ingenioso Odiseo, no bien hubo tentado y examinado el grande arco por todas partes, cual un hábil citarista y cantor tiende fácilmente con la clavija nueva la cuerda formada por el retorcido intestino de una oveja que antes atara del uno y del otro lado: de este modo, sin esfuerzo alguno, armó Odiseo el grande arco. Seguidamente probó la cuerda, asiéndola con la diestra, y dejóse oír un hermoso sonido muy semejante a la voz de una golondrina. Sintieron entonces los pretendientes gran pesar y a todos se les mudó el color. Zeus despidió un gran trueno como señal y holgóse el paciente divino Odiseo de que el hijo del artero Cronos le enviase aquel presagio. Tomó el héroe una veloz flecha que estaba encima de la mesa, porque las otras se hallaban dentro de la hueca aljaba, aunque muy pronto habían de sentir su fuerza los aqueo. Y acomodándola al arco, tiró a la vez de la cuerda y de las barbas, allí mismo, sentado en la silla; apuntó al blanco, despidió la saeta y no erró a ninguna de las segures, desde el primer agujero hasta el último: la flecha, que el bronce hacía ponderosa, las atravesó a todas y salió afuera. Después de lo cual dijo a Telémaco:

¡Telémaco! No te afrenta el huésped que está en tu palacio: ni erré el blanco ni me costó gran fatiga armar el arco; mis fuerzas están enteras todavía, no cual los pretendientes, menospreciándome, me lo echaban a la cara, Pero ya es hora de aprestar la cena a los aqueos, mientras hay luz, para que después se deleiten de otro modo, con el canto y la cítara, que son los ornamentos del banquete.

Dijo, e hizo con las cejas una señal. Y Telémaco, el caro hijo del divino Odiseo, ciñó la aguda espada, asió su lanza y armado de reluciente bronce, se puso en pie al lado de la silla, junto a su padre.

Fábulas de Esopo:

El avaro y el oro

Un avaro vendió todo lo que tenía de más y compró una pieza de oro, la cual enterró en la tierra a la orilla de una vieja pared y todos los días iba a mirar el sitio.

Uno de sus vecinos observó sus frecuentes visitas al lugar y decidió averiguar que pasaba. Pronto descubrió lo del tesoro escondido, y cavando, tomó la pieza de oro, robándosela.

El avaro, a su siguiente visita encontró el hueco vacío y jalándose sus cabellos se lamentaba amargamente.

Entonces otro vecino, enterándose del motivo de su queja, lo consoló diciéndole:

-Da gracias de que el asunto no es tan grave. Ve y trae una piedra y colócala en el hueco. Imagínate entonces que el oro aún está allí. Para ti será lo mismo que aquello sea o no sea oro, ya que de por sí no harías nunca ningún uso de él.

"Valora las cosas por lo que sirven, no por lo que aparentan".

El león, Prometeo y el elefante

No dejaba un león de quejarse ante Prometeo.

-Tú me hiciste bien fuerte y hermoso, dotado de mandíbulas con buenos colmillos y poderosas garras en las patas, y soy el más dominante de los animales. Sin embargo, le tengo gran temor al gallo.

-¿Por qué me acusas tan a la ligera? ¿No estás satisfecho con todas las ventajas físicas que te he dado? Lo que flaquea es tu espíritu -replicó Prometeo.

Siguió el león deplorando su situación, juzgándose de pusilánime. Decidió entonces poner fin a su vida.

Se encontraba en esta situación cuando llegó el elefante, se saludaron y comenzaron a charlar. Observó el león que el elefante movía constantemente las orejas, por lo que le preguntó la causa.

-¿Ves ese minúsculo insecto que zumba a mi alrededor? -respondió el elefante-, pues si logra ingresar dentro de mi oído, estoy perdido.

Entonces se dijo el león:

"¿No sería insensato dejarme morir, siendo yo mucho más fuerte y poderoso que el elefante, así como mucho más fuerte y poderoso es el gallo que el mosquito?"

Que las pequeñas molestias no te hagan olvidar tus grandezas.

El joven y el lobo

Un joven pastor, que cuidaba un rebaño de ovejas cerca de una villa, alarmó a los habitantes tres o cuatro veces gritando:

-¡El lobo, el lobo!

Pero cuando los vecinos llegaban a ayudarle, se reía viendo sus preocupaciones. Mas el lobo, un día de tantos, sí llegó de verdad. El joven pastor, ahora alarmado él mismo, gritaba lleno de terror:

-Por favor, vengan y ayúdenme; el lobo está matando a las ovejas.

Pero ya nadie puso atención a sus gritos, y mucho menos pensar en acudir a auxiliarlo. Y el lobo, viendo que no había razón para temer mal alguno, hirió y destrozó a su antojo todo el rebaño.

"Al mentiroso nunca se le cree, aún cuando diga la verdad".

La gallina de los huevos de oro

Tenía cierto hombre una gallina que cada día ponía un huevo de oro. Creyendo encontrar en las entrañas de la gallina una gran masa de oro, la mató; mas, al abrirla, vio que por dentro era igual a las demás gallinas. De modo que, impaciente por conseguir de una vez gran cantidad de riqueza, se privó él mismo del fruto abundante que la gallina le daba.

Es conveniente estar contentos con lo que se tiene, y huir de la insaciable codicia.

La liebre y la tortuga

En el mundo de los animales vivía una liebre muy orgullosa, porque ante todos decía que era la más veloz. Por eso, constantemente se reía de la lenta tortuga.

-¡Miren la tortuga! ¡Eh, tortuga, no corras tanto que te vas a cansar de ir tan de prisa! -decía la liebre riéndose de la tortuga.

Un día, conversando entre ellas, a la tortuga se le ocurrió de pronto hacerle una rara apuesta a la liebre.

-Estoy segura de poder ganarte una carrera -le dijo.

-¿A mí? -preguntó, asombrada, la liebre.

-Pues sí, a ti. Pongamos nuestra apuesta en aquella piedra y veamos quién gana la carrera.

La liebre, muy divertida, aceptó.

Todos los animales se reunieron para presenciar la carrera. Se señaló cuál iba a ser el camino y la llegada. Una vez estuvo listo, comenzó la carrera entre grandes aplausos.

Confiada en su ligereza, la liebre dejó partir a la tortuga y se quedó remoloneando. ¡Vaya si le sobraba el tiempo para ganarle a tan lerda criatura!

Luego, empezó a correr, corría veloz como el viento mientras la tortuga iba despacio, pero, eso sí, sin parar. Enseguida, la liebre se adelantó muchísimo. Se detuvo al lado del camino y se sentó a descansar.

Cuando la tortuga pasó por su lado, la liebre aprovechó para burlarse de ella una vez más. Le dejó ventaja y nuevamente emprendió su veloz marcha.

Varias veces repitió lo mismo, pero, a pesar de sus risas, la tortuga siguió caminando sin detenerse. Confiada en su velocidad, la liebre se tumbó bajo un árbol y ahí se quedó dormida.

Mientras tanto, pasito a pasito, y tan ligero como pudo, la tortuga siguió su camino hasta llegar a la meta. Cuando la liebre se despertó, corrió con todas sus fuerzas pero ya era demasiado tarde, la tortuga había ganado la carrera.

Aquel día fue muy triste para la liebre y aprendió una lección que no olvidaría jamás: No hay que burlarse jamás de los demás. También de esto debemos aprender que la pereza y el exceso de confianza pueden hacernos no alcanzar nuestros objetivos.

La zorra y el cuervo gritón

Un cuervo robó a unos pastores un pedazo de carne y se retiró a un árbol.

Lo vio una zorra. Deseando apoderarse de aquella carne, empezó a halagar al cuervo. Elogiaba sus elegantes proporciones y su gran belleza; agregaba, además, que no había encontrado a nadie mejor dotado que él para ser el rey de las aves, pero que lo afectaba el hecho de que no tuviera voz.

El cuervo, para demostrarle a la zorra que no le faltaba voz, soltó la carne para lanzar con orgullo fuertes gritos.

La zorra, sin perder tiempo, rápidamente cogió la carne. Le dijo:

-Amigo cuervo, si además de vanidad tuvieras entendimiento, nada más te faltaría para ser el rey de las aves.

Cuando te adulen, con más razón debes cuidar de tus bienes.

La zorra y la liebre

Dijo un día una liebre a una zorra:

-¿Podrías decirme si realmente es cierto que tienes muchas ganancias, y por qué te llaman la "ganadora"?

-Si quieres saberlo -contestó la zorra-, te invito a cenar conmigo.

Aceptó la liebre y la siguió; pero al llegar a casa de doña zorra vio que no había más cena que la misma liebre. Entonces dijo la liebre:

-¡Al fin comprendo para mi desgracia de dónde viene tu nombre: no es de tus trabajos, sino de tus engaños!

Nunca pidas lecciones a los tramposos, pues tú serás el tema de la lección.

El caballo y el asno

Un hombre tenía un caballo y un asno. Un día que ambos iban camino a la ciudad, el asno, sintiéndose cansado, le dijo al caballo:

-Toma una parte de mi carga si te interesa mi vida.

El caballo, haciéndose el sordo, no dijo nada; el asno cayó víctima de la fatiga y murió allí mismo. Entonces el dueño echó toda la carga encima del caballo, incluso la piel del asno. El caballo suspiró y dijo:

-¡Qué mala suerte tengo! ¡Por no haber querido cargar con un ligero fardo, ahora tengo que cargar con todo y hasta con la piel del asno!

Cuando no tiendes la mano al prójimo, te perjudicas a ti mismo.

El águila y los gallos

Dos gallos reñían por la preferencia de las gallinas, y al fin uno puso en fuga al otro.

Resignadamente se retiró el vencido a un matorral, ocultándose allí. En cambio, el vencedor orgulloso se subió a una tapia alta dándose a cantar con gran estruendo.

Mas no tardó un águila en caerle y raptarlo. Desde entonces, el gallo que había perdido la riña se quedó con todo el gallinero.

A quien hace alarde de sus propios éxitos, no tarda en aparecer quien se los arrebate.

El león, la zorra y el asno

El león, la zorra y el asno se asociaron para ir de caza.

Cuando ya tuvieron bastante, dijo el león al asno que repartiera entre los tres el botín. Hizo el asno tres partes iguales y le pidió al león que escogiera la suya. Indignado por haber hecho las tres partes iguales, saltó sobre él y lo devoró.

Entonces pidió a la zorra que fuera ella quien repartiera.

La zorra hizo un montón de casi todo, dejando en el otro grupo sólo unas piltrafas. Llamó al león para que escogiera de nuevo.

Al ver aquello, le preguntó el león que quién le había enseñado a repartir tan bien.

-¡Pues el asno, señor!

Aprende siempre de error ajeno.

Algunos más en http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/euro/esopo/esopo.htm

Juramento hipocrático, de Hipócrates de Cos (s. V aC)

"JURO por Apolo, médico, por Asclepio, y por Higía y Panacea, y por todos los dioses y diosas del Olimpo, tomándolos por testigos, cumplir este juramento según mi capacidad y mi conciencia:

TENDRÉ al que me enseñó este arte en la misma estimación que a mis padres, compartiré mis bienes con él y, si lo necesitara, le ayudaré con mis bienes. Consideraré a sus hijos como si fueran mis

hermanos y, si desean aprender el arte médico, se lo enseñaré sin exigirles nada en pago. A mis hijos, a los hijos de mi maestro y a los que se obligaran con el juramento que manda la ley de la Medicina, y a nadie más, les enseñaré los preceptos, las lecciones y la práctica.

APLICARÉ mis tratamientos para beneficio de los enfermos, según mi capacidad y buen juicio, y me abstendré de hacerles daño o injusticia. A nadie, aunque me lo pidiera, daré un veneno ni a nadie le sugeriré que lo tome. Del mismo modo, nunca proporcionaré a mujer alguna un pesario abortivo.

VIVIRÉ y ejerceré siempre mi arte en pureza y santidad. No practicaré la cirugía en los que sufren de cálculos, antes bien dejaré esa operación a los que se dedican a ella. Siempre que entrare en una casa, lo haré para bien del enfermo. Me abstendré de toda mala acción o injusticia y, en particular, de tener relaciones eróticas con mujeres o con hombres, ya sean libres o esclavos.

GUARDARÉ silencio sobre lo que, en mi consulta o fuera de ella, vea u oiga, que se refiera a la vida de los hombres y que no deba ser divulgado. Mantendré en secreto todo lo que pudiera ser vergonzoso si lo supiera la gente.

SI FUERA FIEL a este juramento y no lo violara, que se me conceda gozar de mi vida y de mi arte, y ser honrado para siempre entre los hombres. Si lo quebrantara y jurara en falso, que me suceda lo contrario."

Apología de Sócrates, *de Platón*

"Acerca de las Acusaciones que me hicieron los primeros acusadores sea ésta suficiente defensa ante vosotros. Contra Meleto, el honrado y el amante de la ciudad, según él dice, y contra los acusadores recientes voy a intentar defenderme a continuación. Tomemos, pues, a su vez, la acusación jurada de éstos, dado que son otros acusadores. Es así: «Sócrates delinque corrompiendo a los jóvenes y no creyendo en los dioses en los que la ciudad cree, sino en otras divinidades nuevas.» Tal es la acusación. Examinémosla punto por punto.

Dice, en efecto, que yo delinco corrompiendo a los jóvenes. Yo, por mi parte, afirmo que Meleto delinque porque bromea en asunto serio, sometiendo a juicio con ligereza a las personas y simulando esforzarse e inquietarse por cosas que jamás le han preocupado. Voy a intentar mostraros que esto es así.

—Ven aquí , Meleto, y dime: ¿No es cierto que consideras de la mayor importancia que los jóvenes sean lo mejor posible?

—Yo sí.

—Ea, di entonces a éstos quién los hace mejores. Pues es evidente que lo sabes, puesto que te preocupa. En efecto, has descubierto al que los corrompe, a mí, según dices, y me traes ante estos jueces y me acusas.

—Vamos, di y revela quién es el que los hace mejores. ¿Estás viendo, Meleto, que callas y no puedes decirlo? Sin embargo, ¿no te parece que esto es vergonzoso y testimonio suficiente de lo que yo digo, de que este asunto no ha sido en nada objeto de tu preocupación? Pero dilo, amigo, ¿quién los hace mejores?

—Las leyes.

—Pero no te pregunto eso, excelente Meleto, sino qué hombre, el cual ante todo debe conocer esto mismo, las leyes.

—Éstos, Sócrates, los jueces .

—¿Qué dices, Meleto, éstos son capaces de educar a los jóvenes y de hacerlos mejores?

—Sí, especialmente.

—¿Todos, o unos sí y otros no?

—Todos.

—Hablas bien, por Hera, y presentas una gran abundancia de bienhechores. ¿Qué, pues? ¿Los que nos escuchan los hacen también mejores, o no?

—También éstos.

—¿Y los miembros del Consejo?

—También los miembros del Consejo.

—Pero, entonces, Meleto, ¿acaso los que asisten a la Asamblea, los asambleístas corrompen a los jóvenes? ¿O también aquéllos, en su totalidad, los hacen mejores?

—También aquéllos.

—Luego, según parece, todos los atenienses los hacen buenos y honrados excepto yo, y sólo yo los corrompo. ¿Es eso lo que dices?

—Muy firmemente digo eso.

—Me atribuyes, sin duda, un gran desacierto. Contéstame. ¿Te parece a ti que es también así respecto a los caballos? ¿Son todos los hombres los que los hacen mejores y uno sólo el que los resabia? ¿O, todo lo contrario, alguien sólo o muy pocos, los cuidadores de caballos, son capaces de hacerlos mejores, y la mayoría, si tratan con los caballos y los utilizan, los echan a perder? ¿No es así, Meleto, con respecto a los caballos y a todos los otros animales? Sin ninguna duda, digáis que sí o digáis que no tú y Ánito. Sería, en efecto, una gran suerte para los jóvenes si uno solo los corrompe y los demás les ayudan. Pues bien, Meleto, has mostrado suficientemente que jamás te has interesado por los jóvenes y has descubierto de modo claro tu despreocupación, esto es, que no te has cuidado de nada de esto por lo que tú me traes aquí.

Dinos aún, Meleto, por Zeus, si es mejor vivir entre ciudadanos honrados o malvados. Contesta, amigo. No te pregunto nada difícil. ¿No es cierto que los malvados hacen daño a los que están siempre a su lado, y que los buenos hacen bien?

—Sin duda.

—¿Hay alguien que prefiera recibir daño de los que están con él a recibir ayuda? Contesta, amigo. Pues la ley ordena responder. ¿Hay alguien que quiera recibir daño?

—No, sin duda.

—Ea, pues. ¿Me traes aquí en la idea de que corrompo a los jóvenes y los hago peores voluntaria o involuntariamente?

—Voluntariamente, sin duda.

—¿Qué sucede entonces, Meleto? ¿Eres tú hasta tal punto más sabio que yo, siendo yo de esta edad y tú tan joven, que tú conoces que los malos hacen siempre algún mal a los más próximos a ellos, y los buenos bien; en cambio yo, por lo visto, he llegado a tal grado de ignorancia, que desconozco, incluso, que si llego a hacer malvado a alguien de los que están a mi lado corro peligro de recibir daño de él y este mal tan grande lo hago voluntariamente, según tú dices? Esto no te lo creo yo, Meleto, y pienso que ningún otro hombre. En efecto, o no los corrompo, o si los corrompo, lo hago involuntariamente, de manera que tú en uno u otro caso mientes. Y si los corrompo involuntariamente, por esta clase de faltas la ley no ordena hacer comparecer a uno aquí, sino tomarle privadamente y enseñarle y reprenderle. Pues es evidente que, si aprendo, cesaré de hacer lo que hago involuntariamente. Tú has evitado y no has querido tratar conmigo ni enseñarme; en cambio, me traes aquí, donde es ley traer a los que necesitan castigo y no enseñanza.

Pues bien, atenienses, ya es evidente lo que yo decía, que Meleto no se ha preocupado jamás por estas cosas, ni poco ni mucho. Veamos, sin embargo; dinos cómo dices que yo corrompo a los jóvenes. ¿No es evidente que, según la acusación que presentaste, enseñándoles a creer no en los dioses en los que cree la ciudad, sino en otros espíritus nuevos? ¿No dices que los corrompo enseñándoles esto?

—En efecto, eso digo muy firmemente.

—Por esos mismos dioses, Meleto, de los que tratamos, háblanos aún más claramente a mí y a estos hombres. En efecto, yo no puedo llegar a saber si dices que yo enseño a creer que existen algunos dioses —y entonces yo mismo creo que hay dioses y no soy enteramente ateo ni delinco en eso—, pero no los que la ciudad cree, sino otros, y es esto lo que me inculpas, que otros, o bien afirmas que yo mismo no creo en absoluto en los dioses y enseño esto a los demás.

—Digo eso, que no crees en los dioses en absoluto.

—Oh sorprendente Meleto, ¿para qué dices esas cosas? ¿Luego tampoco creo, como los demás hombres, que el sol y la luna son dioses?

—No, por Zeus, jueces, puesto que afirma que el sol es una piedra y la luna, tierra.

—¿Crees que estás acusando a Anaxágoras , querido Meleto? ¿Y desprecias a éstos y consideras que son desconocedores de las letras hasta el punto de no saber que los libros de Anaxágoras de Clazómenas están llenos de estos temas? Y, además, ¿aprenden de mí los jóvenes lo que de vez en cuando pueden adquirir en la orquestra , por un dracma como mucho, y reírse de Sócrates si pretende que son suyas estas ideas, especialmente al ser tan extrañas? Pero, oh Meleto, ¿te parece a ti que soy así, que no creo que exista ningún dios?

—Ciertamente que no, por Zeus, de ningún modo. —No eres digno de crédito, Meleto, incluso, según creo, para ti mismo. Me parece que este hombre, atenienses, es descarado e intemperante y que, sin más, ha presentado esta acusación con cierta insolencia, intemperancia y temeridad juvenil. Parece que trama una especie de enigma para tantear. «¿Se dará cuenta ese sabio de Sócrates de que estoy bromeando y contradiciéndome, o le engañaré a él y a los demás oyentes?» Y digo esto porque es claro que éste se contradice en la acusación; es como si dijera: «Sócrates delinque no creyendo en los dioses, pero creyendo en los dioses». Esto es propio de una persona que juega.

Examinad, pues, atenienses por qué me parece que dice eso. Tú, Meleto, contéstame. Vosotros, como os rogué al empezar, tened presente no protestar si construyo las frases en mi modo habitual.

—¿Hay alguien, Meleto, que crea que existen cosas humanas, y que no crea que existen hombres? Que conteste, jueces, y que no proteste una y otra vez. ¿Hay alguien que no crea que existen caballos y que crea que existen cosas propias de caballos? ¿O que no existen flautistas, y sí cosas relativas al toque de la flauta? No existe esa persona, querido Meleto; si tú no quieres responder, te lo digo yo a ti y a estos otros. Pero, responde, al menos, a lo que sigue.

—¿Hay quien crea que hay cosas propias de divinidades, y que no crea que hay divinidades?

—No hay nadie.

—¡Qué servicio me haces al contestar, aunque sea a regañadientes, obligado por éstos! Así pues, afirmas que yo creo y enseño cosas relativas a divinidades, sean nuevas o antiguas; por tanto, según tu afirmación, y además lo juraste eso en tu escrito de acusación, creo en lo relativo a divinidades. Si creo en cosas relativas a divinidades, es sin duda de gran necesidad que yo crea que hay divinidades. ¿No es así? Sí lo es. Supongo que estás de acuerdo, puesto que no contestas. ¿No creemos que las divinidades son dioses o hijos de dioses? ¿Lo afirmas o lo niegas?

—Lo afirmo.

—Luego si creo en las divinidades, según tú afirmas, y si las divinidades son en algún modo dioses, esto seria lo que yo digo que presentas como enigma y en lo que bromeas, al afirmar que yo no creo en los dioses y que, por otra parte, creo en los dioses, puesto que creo en las divinidades. Si, a su vez, las divinidades son hijos de los dioses, bastardos nacidos de ninfas o de otras mujeres, según se suele decir, ¿qué hombre creería que hay hijos de dioses y que no hay dioses? Sería, en efecto, tan absurdo como si alguien creyera que hay hijos de caballos y burros, los mulos, pero no creyera que hay caballos y burros. No es posible, Meleto, que hayas presentado esta acusación sin el propósito de ponernos a prueba, o bien por carecer de una imputación real de la que acusarme. No hay ninguna posibilidad de que tú

persuadas a alguien, aunque sea de poca inteligencia, de que una misma persona crea que hay cosas relativas a las divinidades y a los dioses y, por otra parte, que esa persona no crea en divinidades, dioses ni héroes.

Pues bien, atenienses, me parece que no requiere mucha defensa demostrar que yo no soy culpable respecto a la acusación de Meleto, y que ya es suficiente lo que ha dicho."

Política, *de Aristóteles Libro octavo. Capítulo IX*

De los medios de conservación en los Estados monárquicos

En general, los Estados monárquicos deben evidentemente conservarse a virtud de causas opuestas a las de que acabamos de hablar, según la naturaleza especial de cada uno de ellos. El reinado, por ejemplo, se sostiene por la moderación. Cuanto menos extensas son sus atribuciones soberanas, tanta más probabilidad tiene de mantenerse en toda su integridad. Entonces el rey no piensa en hacerse déspota; respeta más en todas sus [279] acciones la igualdad común; y los súbditos, por su parte, están menos inclinados a tenerle envidia. Esto explica la larga duración del reinado de los Molosos{196}. Entre los lacedemonios se ha sostenido tanto tiempo, porque desde un principio el poder se dividió entre dos personas, y porque más tarde Teopompo suavizó el reinado creando otras instituciones, sin contar con el contrapeso que le impuso con el establecimiento de los éforos. Debilitando el poder del reinado, le dio más duración; le agrandó en cierta manera, lejos de reducirlo, y cuando su mujer le dijo que si no le daba vergüenza transmitir a sus hijos el reinado con menos poder de aquel con que lo había recibido de sus mayores, le contestó con razón: «No, sin duda; porque se lo dejo mucho más durable».

Por lo que hace a las tiranías, se sostienen de dos maneras absolutamente opuestas; la primera es bien conocida y empleada por casi todos los tiranos. A Periandro de Corinto se atribuyen todas aquellas máximas políticas de que la monarquía de los persas nos presenta numerosos ejemplos. Ya hemos indicado algunos de los medios que la tiranía emplea para conservar su poder hasta donde es posible. Reprimir toda superioridad que en torno suyo se levante; deshacerse de los hombres de corazón; prohibir las comidas en común y las asociaciones; ahogar la instrucción y todo lo que pueda aumentar la cultura; es decir, impedir todo lo que hace que se tenga valor y confianza en sí mismo; poner obstáculos a los pasatiempos y a todas las reuniones que proporcionan distracción al público, y hacer lo posible para que los súbditos permanezcan sin conocerse los unos a los otros, porque las relaciones entre los individuos dan lugar a que nazca entre ellos una mutua confianza. Además saber los menores movimientos de los ciudadanos, y obligarles en cierta manera a que no salgan de las puertas de la ciudad, para estar siempre al corriente de lo que hacen, y acostumbrarles, mediante esta continua esclavitud, a la bajeza y a la pusilanimidad: tales son los medios puestos en práctica entre los persas y entre los bárbaros, medios tiránicos que tienden todos al mismo fin. Pero he aquí otros: saber todo lo que dicen y todo lo que hacen los súbditos; tener espías, semejantes a las mujeres que en Siracusa se llaman delatoras; [280] enviar, como Hierón, gentes que se enteren de todo en las sociedades y en las reuniones, porque es uno menos franco cuando se teme el espionaje, y si se habla, todo se sabe; sembrar la discordia y la calumnia entre los ciudadanos; poner en pugna unos amigos con otros, e irritar al pueblo contra las altas clases que se procura tener desunidas. A todos estos medios se une otro procedimiento de la tiranía, que es el empobrecer a los súbditos, para que por una parte no le cueste nada sostener su guardia, y por otra, ocupados aquéllos en procurarse los medios diarios de subsistencia, no tengan tiempo para conspirar. Con esta mira se han levantado las pirámides de Egipto, los monumentos sagrados de los Cipsélides, el templo de Júpiter Olímpico{197} por los pisistrátidas y las grandes obras de Polícrates en Samos, trabajos que tienen un solo y único objeto, la ocupación constante y el empobrecimiento del pueblo. Puede considerarse como un medio análogo el sistema de impuestos que regía en Siracusa: en cinco años, Dionisio absorbía mediante el impuesto el valor de todas las propiedades. También el tirano hace la guerra para tener en actividad a sus súbditos e imponerles la necesidad perpetua de un jefe militar. Así como el reinado se conserva apoyándose en los amigos, la tiranía no se sostiene sino desconfiando perpetuamente de ellos, porque sabe muy bien, que si todos los súbditos quieren derrocar al tirano, sus amigos son los que sobre todo están en posición de hacerlo.

Los vicios que presenta la democracia extrema, se encuentran también en la tiranía: el permiso a las mujeres, en el interior de las familias, para que hagan traición a sus maridos, y la licencia a los esclavos para que denuncien a sus dueños; porque el tirano nada tiene que temer de los esclavos y de las mujeres; y los esclavos, con tal que se les deje vivir a su gusto, son muy partidarios de la tiranía y de la demagogia. El pueblo también a veces hace de monarca; y por esto el adulador merece una alta estimación, lo mismo de la multitud que del tirano. Al lado del pueblo se encuentra el demagogo, que es para él un verdadero adulador; al lado del tirano se encuentran viles cortesanos, que no hacen otra cosa que adular perpetuamente. Y así la tiranía sólo quiere a los malvados, precisamente porque gusta de la [281] adulación, y no hay corazón libre que se preste a esta bajeza. El hombre de bien sabe amar, pero no adula. Además, los malos son útiles para llevar a cabo proyectos perversos; pues «un clavo saca otro clavo», como dice el proverbio. Lo propio del tirano es rechazar a todo el que tenga un alma altiva y libre, porque cree que él es el único capaz de tener estas altas cualidades; y el brillo, que cerca de él producirían la magnanimidad y la independencia de otro cualquiera, anonadaría esta superioridad de señor, que la tiranía reivindica para sí sola. El tirano{198} aborrece estas nobles naturalezas, que considera atentatorias a su poder. También es costumbre del tirano convidar a su mesa y admitir en su intimidad a extranjeros más bien que a ciudadanos; porque éstos son a sus ojos enemigos, mientras que aquéllos no tienen ningún motivo para hacer nada contra su autoridad.

Todas estas maniobras y otras del mismo género, que la tiranía emplea para sostenerse, son profundamente perversas.

En resumen, se las puede clasificar desde tres puntos de vista principales, que son los fines permanentes de la tiranía: primero, el abatimiento moral de los súbditos, porque las almas envilecidas no piensan nunca en conspirar; segundo, la desconfianza de unos ciudadanos respecto de otros, porque no se puede derrocar la tiranía, mientras los ciudadanos no estén bastante unidos para poder concertarse; y así es que el tirano persigue a los hombres de bien como enemigos directos de su poder, no sólo porque éstos rechazan todo despotismo como degradante, sino porque tienen fe en sí mismos y obtienen la confianza de los demás, y además son incapaces de hacer traición ni a sí mismos ni a nadie; por último, el tercer fin que se propone la tiranía es la extenuación y el empobrecimiento de los súbditos; porque no se emprende ninguna cosa imposible, y por consiguiente el derrocar a la tiranía, cuando no hay medios de hacerla. Por lo tanto, todas las precauciones del tirano pueden clasificarse en tres grupos, como acabamos de indicar, pudiendo decirse que todos sus medios de salvación se agrupan alrededor de estas tres bases: producir la desconfianza entre los ciudadanos, debilitarlos y degradarlos moralmente. [282]

Tal es, pues, el primer método de conservación para las tiranías.

En cuanto al segundo, los cuidados que él pide son radicalmente opuestos a todos los que acabamos de indicar. Pueden deducirse muy bien de lo que hemos dicho sobre las causas que arruinan los reinados; porque lo mismo que el reinado compromete su autoridad queriendo hacerla más despótica, así la tiranía asegura la suya, haciéndola más real. Sólo que hay aquí un punto esencial, que ésta no debe olvidar: ha de tener siempre la fuerza necesaria para gobernar, no sólo con el asentimiento público, sino también a pesar de la voluntad general. Renunciar a esto, sería renunciar a la tiranía misma; pero una vez asegurada esta base, el tirano puede en todo lo demás conducirse como un verdadero rey, o por lo menos tomar diestramente todas las apariencias de tal.

Ante todo aparentará que se ocupa de los intereses públicos, y no disipará locamente las ricas ofrendas que el pueblo le ofrece haciendo tanto sacrificio y que el tirano saca de las fatigas y del sudor de sus súbditos, para prodigarlas a cortesanos, extranjeros y artistas codiciosos. El tirano rendirá cuenta de los ingresos y de los gastos del Estado, cosa que por cierto algún tirano ha hecho; porque esto tiene la ventaja de parecer más bien un administrador que un déspota; no debiendo temer, por otra parte, que falten nunca fondos al Estado mientras sea dueño absoluto del gobierno. Si tiene que viajar lejos de su residencia, vale más tener ya empleado de este modo su dinero, que dejar tras de sí tesoros acumulados; porque entonces aquellos, a cuya custodia él se confía, no se sentirán tentados por sus riquezas. Cuando el tirano hace expediciones, teme más a los que le acompañan que a los demás ciudadanos, porque aquéllos le siguen en su marcha, mientras que éstos se quedan en la ciudad. Por otra parte, al exigir los

impuestos y tributos es preciso que indique que lo hace consultando el interés de la administración pública y con el solo objeto de proporcionarse recursos para el caso de una guerra; en una palabra, debe aparecer como el guardador y tesorero de la fortuna pública y no de la suya personal.

El tirano no debe ser inaccesible, y en las entrevistas con sus súbditos debe mantenerse grave para inspirar, no temor, pero sí respeto. Esto es muy delicado, porque el tirano está siempre [283] expuesto al desprestigio, y para inspirar respeto, debe procurar mucho adquirir tacto político y en este concepto crearse una inatacable reputación, aunque sea descuidando otras condiciones. Además, debe guardarse mucho de insultar a la juventud de uno y otro sexo, e impedir cuidadosamente que lo hagan los que le rodean; y las mujeres de que disponga, deben mostrar la misma reserva con las demás mujeres, porque las querellas femeninas han perdido a más de un tirano. Si gusta del placer que no se entregue a él nunca como lo hacen ciertos tiranos de nuestra época, los cuales, no contentos con sumirse en los placeres desde que amanece y durante muchos días seguidos, quieren además hacer alarde de su prostitución a la vista de todos los ciudadanos, para que admiren de esta manera su fortuna y su felicidad. En esto, sobre todo, es en lo que principalmente debe mostrar moderación el tirano; y si no puede hacerlo, que por lo menos sepa ocultarse a las miradas de la multitud. No es fácil sorprender ni despreciar al hombre sobrio y templado, pero sí al que se embriaga; porque no se sorprende al que vela, sino al que duerme.

El tirano deberá adoptar máximas opuestas a las antiguas que, según se dice, tiene en cuenta la tiranía. Es preciso que embellezca la ciudad como si fuera administrador de ella y no su dueño. Sobre todo ha de procurar con el mayor esmero dar pruebas de una piedad ejemplar. No se teme tanto la injusticia de parte de un hombre a quien se cree religiosamente cumplidor de todos los deberes para con los dioses; y es más difícil atreverse a conspirar contra él, porque se supone que el cielo es su aliado. Sin embargo, es preciso que el tirano se guarde de llevar las apariencias hasta una ridícula superstición. Cuando un ciudadano se distingue por alguna acción buena, es preciso colmarle tanto de honores, que crea que no podría obtener más de un pueblo independiente. El tirano distribuirá él mismo las recompensas de este género, y dejará a los magistrados inferiores y a los tribunales lo relativo a los castigos. Todo gobierno monárquico, cualquiera que él sea, debe guardarse de aumentar excesivamente el poder de un individuo; y si es inevitable, debe en tal caso prodigar las mismas dignidades a otros muchos, como medio de mantener entre ellos el equilibrio. Si obliga la necesidad a crear una de estas brillantes posiciones, que el tirano no se fije en un hombre atrevido, porque un corazón lleno de [284] audacia está siempre dispuesto a todo; y si hay necesidad de derrocar alguna alta influencia, que proceda por grados y cuide de no destruir de un solo golpe los fundamentos en que la misma descanse.

El tirano no debe permitirse nunca ultraje de ningún género, y sobre todo ha de evitar dos: el poner la mano en nadie, quienquiera que sea, y el insultar a la juventud. Esta circunspección es necesaria, particularmente con los corazones nobles y altivos. Si las almas codiciosas sufren con impaciencia que se les perjudique en sus intereses pecuniarios, las almas altivas y honradas toleran menos un ataque a su honor. Una de dos cosas: o es preciso renunciar a toda venganza respecto de hombres de este carácter; o los castigos, que se les imponga, deben tener un carácter paternal, y sin que arguyan desprecio. Si el tirano tiene relaciones con la juventud, es preciso que parezca que cede a la pasión y que no abusa de su poder. En general siempre que haya trazas de algo deshonroso, es preciso que la reparación supere en mucho a la ofensa.

Entre los enemigos, que puedan atentar contra la vida del tirano, los más peligrosos y los que deben ser más vigilados son aquellos a quienes importa poco su propia vida, con tal que puedan disponer de la del tirano. Así es preciso guardarse con el mayor cuidado de los hombres que creen haber sido insultados o que lo han sido las personas de su cariño. Cuando uno conspira por resentimiento, no se cuida de sí mismo, y como dice Heráclito: «el resentimiento es difícil de combatir, porque entonces se juega la cabeza». Como el Estado se compone siempre de dos partidos muy distintos, los pobres y los ricos, es preciso convencer a unos y a otros de que sólo encontrarán seguridad en el poder, y procurar prevenir entre ellos toda mutua injusticia. Pero de estos dos partidos, el que es preciso tomar como instrumento de poder{199} es el más fuerte, a fin de que si llega un caso extremo, el tirano no se vea obligado a dar la libertad a los esclavos o quitar las armas a los ciudadanos. Este partido por sí solo

basta para defender la autoridad, de la que es apoyo, y para asegurar al tirano el triunfo contra los que le ataquen.

Por lo demás, nos parece inútil entrar en más pormenores. [285] El objeto esencial de este capítulo es bien evidente. Es preciso que el tirano aparezca ante sus súbditos, no como déspota, sino como un administrador, como un rey; no como un hombre que hace su propio negocio, sino como un hombre que administra los negocios de los demás. Es preciso que en su conducta muestre moderación y no cometa excesos. Es preciso que admita a su trato a los ciudadanos distinguidos, y que con sus maneras se capte el afecto de la multitud. De este modo podrá con infalible seguridad, no sólo hacer su autoridad más bella y más querida, porque sus súbditos serán mejores y no estarán envilecidos, y por su parte no excitará odios y temores, sino hacer también más durable su autoridad. En una palabra, es preciso que se muestre completamente virtuoso, o por lo menos virtuoso a medias, y nunca vicioso, o por lo menos nunca tanto como se puede ser. Y sin embargo, y a pesar de todas estas precauciones, los gobiernos menos estables son la oligarquía y la tiranía. La tiranía más larga fue la de Ortogoras y sus descendientes en Sicione, que duró cien años; y duró, porque supieron manejar hábilmente a sus súbditos y someterse ellos mismos en muchas cosas al yugo de la ley. Clistenes evitó el desprestigio gracias a su capacidad militar, y puso todo su empeño en granjearse el amor del pueblo; llegando, según se dice, hasta coronar con sus propias manos al juez que falló contra él y en favor de su antagonista; y si hemos de creer la tradición, la estatua que se halla en la plaza pública es la de este juez independiente. También se cuenta, que Pisístrato consintió que le citaran ante el Areópago. La más larga tiranía que viene a seguida, es la de los Cipselides en Corinto, que duró setenta y tres años y seis meses. Cipselides reinó treinta años y Periandro cuarenta y cuatro. Psamético, hijo de Gordio, reinó tres años. Aquellas mismas causas mantuvieron también por tan largo tiempo la tiranía de Cipselides, porque era demagogo y durante todo su reinado no quiso nunca tener satélites. Periandro era un déspota, pero era un gran general. Después de estas dos primeras tiranías, es preciso poner en tercer lugar la de los Pisistrátidas en Atenas, pero ésta tuvo ciertos intervalos. Pisístrato, mientras permaneció en el poder, se vio obligado a apelar por dos veces a la fuga, y en treinta y tres años sólo reinó realmente diecisiete, que con dieciocho que reinaron sus hijos hacen treinta y cinco. Vienen después las tiranías de Hierón y de Gelón en Siracusa. Esta última no fue [286] larga, y entre ambas duraron dieciocho años. Gelón murió en el octavo año de su reinado; Hierón reinó diez años; Trasíbulo fue derrocado a los once meses. Tomadas en conjunto, puede decirse que las más de las tiranías han tenido una brevísima existencia.

Tales son, sobre poco más o menos, todas las causas de destrucción que amenazan a los gobiernos republicanos y a las monarquías, y tales son los medios de salvación que pueden mantenerlos.

{196} Plutarco, en la Vida de Pirro, cap. V, dice, que todos los años los reyes Molosos renuevan en la asamblea general del pueblo el juramento de obediencia a las leyes.

{197} Este templo tenía cuatro estadios o 760 metros de circunferencia; no se concluyó hasta el reinado del emperador Adriano.

{198} A seguida de hacer este retrato del tirano, que es lo mejor que se ha escrito en esta materia, Aristóteles condena formalmente todos estos manejos de la tiranía. Esta es una nueva prueba de la injusticia de las acusaciones que se han hecho a su Política.

{199} Véase el retrato que ha hecho Platón del tirano al final del libro VIII y principios del IX de la República.

Los 12 trabajos de Hércules

El verdadero nombre de Hércules era Heracles que quiere decir "gloria de Hera", la diosa que tanto lo odió, y por cuya causa hubo de correr tantos peligros y realizar tan increíbles proezas. Hércules era hijo del mismo Zeus que había engañado a Alcmena (madre de Hércules) tomando la figura de éste. Así pues Hércules había heredado la fuerza prodigiosa de su padre, Zeus.

Cuando Hércules era bebé y dormía en su cuna, Hera (la celosa esposa de Zeus) le puso dos serpientes para que le mataran pero Hércules las estranguló con sus propias manos. Cuando Hércules

creció y Hera vertió en su copa un veneno que lo enloqueció y, tan loco se volvió, que mató a su mujer y sus propios hijos confundiéndolos con enemigos.

Zeus obligó a Hera que devolviera la razón a Hércules pero Hércules fue castigado por matar a su familia (aunque la verdadera culpa fue de Hera) a servir de esclavo durante 12 duros años a su primo Euristeo, rey de Micenas. Éste que quería quitárselo de encima le mando los "doce trabajos de Hércules".

El león de Nemea

Primer trabajo de Hércules. Euristeo le ordenó que diera muerte al león de Nemea, una fiera con piel dura como una piedra y que por de día se escondía y por la noche mataba a todo ser viviente que se cruzaba por su camino. Hércules intentó matarlo con algunas armas que llevaba para la ocasión pero, viendo que éstas no hacían ningún efecto, lo cogió por las patas traseras y, después de darle porrazos contra la pared hasta que quedó atontado, lo estranguló y una vez muertos le sacó la piel con las propias garras del cadáver y se la puso encima en forma de coraza.

La hidra de Lerna

Segundo trabajo de Hércules. Debía matar a la hidra de Lerna; un monstruo con cuerpo de serpiente, garras de dragón y dorso cubierto con duras escamas, y tenía siete cabezas, cuyas siete bocas vomitaban fuego y azufre. Una de las cabezas tenía láminas de oro y se decía que era inmortal. Hércules le cortó una cabeza pero ésta se regeneró y la sangre que manaba al caer al suelo se convertía en escorpiones y serpientes. Hércules le pidió a su sobrino que prendiera fuego al bosque más cercano y le pidió que trajera tizones llameantes que aplicó a las heridas abiertas en los cuellos de la bestia para que así no salieran más cabezas. Al final quedó la cabeza de oro que con un espadazo cortó e inmediatamente la enterró bajo una inmensa roca para impedirle retoñar.

El jabalí de Erimanto

Tercer trabajo de Hércules. Debía apresar pero sin matar al jabalí de Erimanto. Cuando iba en busca de éste se le apareció Atenea que le dio una cadena. Cuando vió al jabalí refocilándose en un charco de agua, le lanzó un grito de desafío y echó a correr como si tuviera miedo del animal monte arriba hasta fatigar al jabalí. Aprovechando el desconcierto del animal saltó sobre su lomo, logró trabar sus patas y su hocico con la cadena que le dio Atenea y lo cargó sobre su espalda. Al llevárselo a Euristeo, éste se metió corriendo en una tinaja cagado de miedo y le dijo que se lo llevara de allí.

La cierva de Cerínia

Cuarto trabajo de Hércules. Debía apresar a la cierva de Cerínia, extraño y hermoso animal, del tamaño de un buey, tenía los cuernos de oro y las pezuñas de bronce, estaba consagrada a Ártemis y nadie podía matarla, ni siquiera tocarla. La cierva de Cerínia era muy ágil y corría a una velociadad asombrosa. Hércules estuvo persiguiéndola cerca de un año y una tarde en que la cierva, exhausta y sedienta, se detuvo a beber en el río, Hércules la hirió levemente con una flecha y entonces le resultó fácil capturarla. Cuando la llevaba para enseñársela a Euristeo se le apareció Artemis y su hermano Apolo que lo acusaron de querer dar muerte al animal pero Hércules se disculpó endosándole la responsabilidad de aquel acto impío a Euristeo. Euristeo, al ver a Hércules con la cierva cautiva se echó las manos a la cabeza.

Los establos de Augías

Quinto trabajo de Hércules. Debía limpiar los establos de Augías, rey de la Élide. Augías pensó que Hércules estaba loco y le dijo que si los limpiaba en un día recibiría en recompensa la décima parte de los rebaños. Hércules encauzó dos ríos que dirigió hacia los establos, en los que previamente hizo dos boquetes; uno en un costado por el que penetró el caudal y otro en el costado opuesto que sirvió de desagüe. En pocas horas las cuadras resplandecían como espejos. Augías no cumplió lo pactado alegando que Hércules realizó la proeza por orden de Euristeo. Llevado a juicio, Fileo, su propio hijo declaró a favor de Hércules, pues había sido testigo del pacto. Augías enfurecido desterró de su reino a Fileo y a Hércules. Al poco tiempo, Hércules al mando de un ejército lo depuso y colocó en el trono a

Fileo.

El toro de Creta

Sexto trabajo de Hércules. Debía de capturar el toro de Creta, un animal muy hermoso. Hércules fue en busca del toro y, tras un breve forcejeo, lo agarró por los cuernos, se lo cargó en la espalda y se lo llevó vivo a Euristeo, el cual al ver al animal, corrió a meterse en la tinaja y le dijo a Hércules que se lo llevara de allí.

Las aves del lago Estínfalo

Séptimo trabajo de Hércules. Euristeo esta vez le mandó a Hércules liberar la ciudad de Estínfalo de las aves que se guarecen en un bosque cercano al lago. Son una multitud de aves terribles, con picos, garras y plumas de bronce, que devoran las cosechas e incluso a las personas. Cuando Hércules llegó a Estínfalo sin muchas ilusiones de poder llevar a término su trabajo se le apareció Atenea que le entregó unas grandes castañuelas de bronce. Hércules subió a una colina y tocó las castañuelas con lo cual las aves se fueron de allí. Cuando regresó a Micenas para darle cuenta a Euristeo del cumplimiento de su misión vio que algunas aves de Estínfalo sobrevolaban el palacio de Euristeo, el cual, horrorizado estaba escondido en la tinaja, diciendo: - Decidle a ese insensato que se lleve de aquí a esos malditos pájaros. Y, como Hercules aún no había devuelto las castañulas a Atenea, las tocó y los pájaros se marcharon.

Las yeguas de Diomedes

Octavo trabajo de Hércules. Esta vez Euristeo ordenó a Hércules que le llevara las cuatro yeguas de Diomedes que comían carne humana. Hércules consiguió arrebatárselas a Diomedes, que furioso fue con su ejército a matar a Hércules pero Hércules lo mató a el y su ejercito huyó. Cuando le enseñó las yeguas a Euristeo, éste se metió en su tinaja y le dio orden de que las soltara. Se dice que las yeguas murieron en el monte olimpo devoradas pro las fieras y las alimañas.

El cinturón de Hipólita

Noveno trabajo de Hércules. Debía conseguir el cinturón de Hipólita por lo que fue a Temiscira, el país de las Amazonas. Cuando llegó, Hipólita le dio la bienvenida y lo invitó a pasar unos días ya que lo admiraba. Hera, que estaba furiosa hizo correr la voz de que Hércules había raptado a Hipólita pero al final todo se aclaró e Hipólita entregó el cinturón a Hércules y éste se lo dio a Euristeo.

Los bueyes de Gerión

Décimo trabajo de Hércules. Esta vez debía buscar al gigante Gerión, darle muerte y robarle sus ganados. Gerión era un gigante de 3 cuerpos unidos por el vientre. Tenía al cuidado de su gran rebaño a un perro de dos cabezas hermano del Can Cerbero, el guardián de los infiernos. Cuando llegó le salió al encuentro el perro de 2 cabezas al que Hércules abatió a mazazos. Después salió el gigante Gerión al que Hércules abatió con certeros flechazos. Hércules emprendió el camino de regreso llevando consigo los rebaños de Gerión. El camino fue fatigoso y perdió algunos bueyes.

Las manzanas de oro

Undécimo trabajo de Hércules. Euricles le ordenó a Hércules que robara las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides. Estas manzanas pertenecían a Hera y estaban custodiadas por un dragón de 3 cabezas. Hercules tras superar varios peligros consiguió llegar al jardín, matar al dragón y llevarse las manzanas. Al entregárselas a Euristeo le dijo que provocaría la cólera de los dioses por lo que Euristeo las rechazó. Hércules se las entregó a Atenea y ella las volvió a poner donde estaban.

El Can Cerbero

Duodécimo y último trabajo de Hércules. Esta vez y para quitárselo definitivamente de encima le ordenó que le trajera al Can Cerbero que custodiaba las puertas del infierno. El Can Cerbero era un perro monstruoso de tres cabezas y cola de serpiente. Hércules lo venció con sus propias manos y se lo llevó vivo ante Euristeo. Cuando Euristeo lo vio llegar se metió corriendo en su tinaja y le dio la libertad a Hércules, el cual, volvió a poner al Can Cerbero en la puerta del infierno, el lugar que le

correspondía.

Antígona, *de Sófocles*

"GUARDIÁN: Sí, ella, ella es la que lo hizo: la cogimos cuando lo estaba enterrando... Pero, Creonte, ¿dónde está?

Al oír los gritos del guardián, Creonte, recién entrado, vuelve a salir con su séquito.

CORIFEO. Aquí: ahora vuelve a salir, en el momento justo, de palacio.

CREONTE ¿Qué sucede? ¿Qué hace tan oportuna mi llegada?

GUARDIÁN. Señor, nada hay que pueda un mortal empeñarse en jurar que es imposible: la reflexión desmiente la primera idea. Así, me iba convencido por la tormenta de amenazas a que me sometiste: que no volvería yo a poner aquí los pies; pero, como la alegría que sobreviene mas allá de y contra toda esperanza no se parece, tan grande es, a ningún otro placer, he aquí que he venido —a pesar de haberme comprometido a no venir con juramento— para traerte a esta muchacha que ha sido hallada componiendo una tumba. Y ahora no vengo porque se haya echado a suertes, no, sino porque este hallazgo feliz me corresponde a mi y no a ningún otro. Y ahora, señor, tú mismo, según quieras, la coges y ya puedes investigar y preguntarle; en cuanto a mi, ya puedo liberarme de este peligro: soy libre, exento de injusticia.

CREONTE. Pero, ésta que me traes, ¿de qué modo y dónde la apresasteis?

GUARDIÁN. Estaba enterrando al muerto: ya lo sabes todo.

CREONTE. ¿Te das cuenta? ¿Entiendes cabalmente lo que dices?

GUARDIÁN. Sí, que yo la vi a ella enterrando al muerto que tú habías dicho que quedase insepulto: ¿o es que no es evidente y claro lo que digo?

CREONTE. Y cómo fue que la sorprendierais y cogierais en pleno delito?

GUARDIÁN. Fue así la cosa: cuando volvimos a la guardia, bajo el peso terrible de tus amenazas, después de barrer todo el polvo que cubría el cada ver, dejando bien al desnudo su cuerpo ya en descomposición, nos sentamos al abrigo del viento, evitando que al soplar desde lo alto de las peñas nos enviara el hedor que despedía. Los unos a los otros con injuriosas palabras despiertos y atentos nos teníamos, si alguien descuidaba la fatigosa vigilancia. Esto duró bastante tiempo, hasta que se constituyó en mitad del cielo la brillante esfera solar y la calor quemaba; entonces, de pronto, un torbellino suscitó del suelo tempestad de polvo —pena enviada por los dioses— que llenó la llanura, desfigurando las copas de los árboles del llano, y que impregnó toda la extensión del aire; sufrimos aquel mal que los dioses mandaban con los ojos cerrados, y cuando luego, después de largo tiempo, se aclaró, vimos a esta doncella que gemía agudamente como el ave condolida que ve, vacío de sus crías, el nido en que yacían, vacío. Así, ella, al ver el cadáver desvalido, se estaba gimiendo y llorando y maldecía a los autores de aquello. Veloz en las manos lleva árido polvo y de un aguamanil de bronce bien forjado de arriba a abajo triple libación vierte, corona para el muerto; nosotros, al verla, presurosos la apresamos, todos juntos, en seguida, sin que ella muestre temor en lo absoluto, y así, pues, aclaramos lo que antes pasó y lo que ahora; ella, allí de pie, nada ha negado; y a mí me alegra a la vez y me da pena, que cosa placentera es, si, huir uno mismo de males, pero penoso es llevar a su mal a gente amiga. Pero todas las demás consideraciones valen para mi menos que el verme a salvo.

CREONTE (a Antígona) Y tú, tú que inclinas al suelo tu rostro, ¿confirmas o desmientes haber hecho esto?

ANTÍGONA. Lo confirmo, si; yo lo hice, y no lo niego.

CREONTE. (Al guardián.) Tú puedes irte a dónde quieras, ya del peso de mi inculpación.

Sale el guardián.

pero tú (a Antígona) dime brevemente, sin extenderte; ¿sabías que estaba decretado no hacer esto?

ANTÍGONA. Si, lo sabía: ¿cómo no iba a saberlo? Todo el mundo lo sabe.

CREONTE. Y, así y todo, ¿te atreviste a pasar por encima de la ley?

ANTÍGONA. No era Zeus quien me la había decretado, ni Dike, compañera de los dioses subterráneos, perfiló nunca entre los hombres leyes de este tipo. Y no creía yo que tus decretos tuvieran tanta fuerza como para permitir que solo un hombre pueda saltar por encima de las leyes no escritas, inmutables, de los dioses: su vigencia no es de hoy ni de ayer, sino de siempre, y nadie sabe cuándo fue que aparecieron. No iba yo a atraerme el castigo de los dioses por temor a lo que pudiera pensar alguien: ya veía, ya, mi muerte –y cómo no?—, aunque tú no hubieses decretado nada; y, si muero antes de tiempo, yo digo que es ganancia: quien, como yo, entre tantos males vive, ¿no sale acaso ganando con su muerte? Y así, no es, no desgracia, para mi, tener este destino; y en cambio, si el cadáver de un hijo de mi madre estuviera insepulto y yo lo aguantara, entonces, eso si me sería doloroso; lo otro, en cambio, no me es doloroso: puede que a ti te parezca que obré como una loca, pero, poco mas o menos, es a un loco a quien doy cuenta de mi locura."

Ética a Nicómaco, de Aristóteles: Libro VIII, fragmentos

La traducción es de castellano antiguo. Algunas explicaciones: "Della" es "de ella", "deste" es "de este", "proprio" es "propio", "desto" es "de esto", "dél" es "de él". Y así con otras, fácilmente deducibles.

"**Capítulo I:** De la amistad

En el capítulo primero declara cuán necesaria cosa es en la vida humana la amistad para todos los estados. Y aun no sólo para los hombres en particular, pero también para los pueblos comúnmente. Ni hay tierra que no sea inexpugnable, si entre los moradores della hay conformidad de voluntades y amistad, ni, por el contrario, hay tierra que no sea fácilmente puesta en servidumbre y cautiverio, si por ella pasa la pestilencia de las disensiones. Después propone las cosas que suelen disputar del amistad, de las cuales unas desecha, como cosas curiosas y ajenas de la disciplina moral, y otras propone de tratar, como anexas a la disputa presente, y necesarias.

Tras desto se sigue el haber de tratar de la amistad. Porque la amistad, o es virtud, o está acompañada de virtud. A más desto, es una cosa para la vida en todas maneras necesaria, porque ninguno hay que sin amigos holgase de vivir, aunque todos los demás bienes tuviese en abundancia. Porque los ricos y, los que tienen el gobierno del mundo, parece que tienen mayor necesidad de amigos, porque, ¿de qué sirve semejante prosperidad quitándole el hacer bien, lo cual, principalmente y con mayor alabanza, se emplea en los amigos? O, ¿cómo se podría salvar y conservar semejante estado sin amigos? Porque cuanto mayor es, tanto a mayores peligros es subjeto. Pues en el estado de la pobreza y en las demás desventuras, todos tienen por cierto ser sólo el refugio los amigos. Asimismo, los mancebos tienen necesidad de amigos para no errar las cosas, y los viejos para tener quien les haga servicios y supla lo que ellos, por su debilitación, no pueden hacer en los negocios, y los de mediana edad para hacer hechos ilustres, porque yendo dos camino en compañía, como dice Homero, mejor podrán entender y hacer las cosas. Parece, asimismo, que la naturaleza de suyo engendra amistad en la cosa que produce para con la cosa producida, y también en la producida para con la que la produce; y esto no solamente en los hombres, pero aun en las aves y en los más de los animales, y entre las cosas que son de una misma nación para consigo mismas, y señaladamente entre los hombres; de do procede que alabamos a los que son aficionados a las gentes y benignos. Pero cuán familiar y amigo es un hombre de otro, en los yerros se echa de ver muy fácilmente. Y aun a las ciudades también parece que mantiene y conserva en ser amistad, y los que hacen leyes mis parece que tienen cuidado della que no de la justicia, porque la concordia parece ser cosa semejante a la amistad. Los legisladores, pues, lo que más procuran es la concordia, y la discordia y motín, como cosa enemiga, procuran evitarlo. Asimismo, siendo los hombres amigos, no hay necesidad de la justicia; pero siendo los hombres justos, con todo eso tienen necesidad de la amistad. Y entre los justos, el que más lo es, más deseoso de amigos se muestra ser. Pero no sólo la amistad es cosa necesaria, mas también es cosa ilustre, pues alabamos a los que son

aficionados a tener amigos, y la copia de amigos parece ser una de las cosas ilustres. Muchos, asimismo, tienen por opinión que, los mismos que son buenos, son también amigos. Pero de la amistad muchas cosas se disputan, porque unos dijeron que la amistad era una similitud, y que los que eran semejantes eran amigos. Y así dicen comúnmente que una cosa semejante se va tras de otra semejante, y una picaza tras de otra picaza, y otras cosas desta suerte. Otros, por el contrario, dicen que todos los cantareros son contrarios los unos de los otros, y disputan desto tomando el agua de más lejos, y tratándolo más a lo natural, porque Eurípides dice desta suerte:

Ama la tierra al llover Cuando está muy deseada, y la nube muy cargada Quiere en la tierra caer;

y Heráclito afirma que lo contrario es lo útil, que de cosas diversas se hace una muy hermosa consonancia, y también que todas las cosas se engendran por contiencia. Otros, al contrario desto, y señaladamente Empédocles, dijo que toda cosa semejante apetecía a su semejante. Pero dejemos aparte disputas naturales, porque no son proprias desta materia, y tratemos las que son humanas y pertenecen a las costumbres y afectos, como si se halla entre todos los hombres amistad, o si no es posible que los que son malos sean amigos. Ítem, si hay sola una especie de amistad, o si muchas. Porque los que tienen por opinión que no hay más de una especie de amistad, porque la amistad admite más y menos, no se lo persuaden con razón bastante, porque otras muchas cosas que son diferentes en especie, admiten más y menos. Pero desto ya está dicho en lo pasado.

Capítulo III: De las diferencias de la amistad

Conforme a la diferencia de cosas amables que ha hecho en el capítulo pasado, hace agora tres especies de amistad en el presente: amistad honesta, amistad útil y amistad deleitosa; y muestra cómo las amistades útiles y deleitosas no son verdaderamente amistades, sino sola la honesta y fundada en la bondad. Y así aquéllas fácilmente se quiebran, como cosas fundadas sobre falso y mudable fundamento; pero la fundada en la virtud es la que permanece. De do sucede que los que en la mocedad parece que eran, como dicen vulgarmente, cuerpo y alma, creciendo la edad y sosegándose aquel juvenil ardor, y cesando los ejercicios de aquél, vienen a desapegarse tanto, que suelen poner admiración a los que no dan en la cuenta de dónde procedía. Y así, al propósito desto, trata otras cosas muy provechosas a los que les quieran dar oído.

Pero difieren en especie estas cosas las unas de las otras, y, por la misma razón, las voluntades y amistades, porque hay tres especies de amistad, iguales en número a las amables cosas. Porque en cada especie de cosa amable hay reciprocación de voluntad sabida y manifiesta, y los que se aman los unos a los otros, de la misma manera que se aman, se desean el bien los unos a los otros. Los que se aman, pues, entre sí por alguna utilidad, no se aman por sí mismos ni por su propio respecto, sino en cuanto les procede algún bien y provecho de los unos a los otros. Y de la misma manera los que se aman por causa de deleite, porque no aman a los que son graciosos cortesanos en cuanto son tales o tales, sino en cuanto les es aplacible su conversación. Los que aman, pues, por alguna utilidad, por su propio provecho quieren bien, y los que por deleite, por su propio deleite, y no en cuanto uno es digno de ser amado, sino en cuanto es útil o aplacible. De manera que accidentariamente son estas tales amistades, porque el que es amado no es amado en cuanto es tal que merezca ser amado, sino en cuanto sacan dél algún provecho los unos y algún deleite los otros. Son, pues, estas tales amistades de poca dura y fáciles de romper, no perseverando entre sí ellos semejantes, porque luego que dejan de serles aplacibles o fructíferos, ellos también dan fin a la amistad. Y la utilidad no dura mucho, sino que unas veces es una y otras otra. Perdido, pues, aquello por lo cual eran amigos, también se deshace la amistad, como cosa que a aquello iba encaminada. Tal amistad, como ésta, señaladamente, parece que se halla en hombres viejos, porque estos tales no buscan ya lo apacible, sino lo provechoso, y también en aquellos de media edad, y en aquellos mozos que procuran mucho su proprio interese. Pero estos tales no duran mucho en compañía, y aun algunas veces los unos a los otros no se aplacen, ni tienen necesidad de semejante conversación, si no son útiles, porque entre tanto son aplacibles, que tienen esperanza de algún bien. Entre estas amistades cuentan también el hospedaje. Pero la amistad de los mancebos parece que procede del deleite, porque éstos viven conforme a sus afectos y procuran mucho lo que les da gusto, y lo presente. Pero, como se va mudando la edad, también se van mudando los deleites, y se hacen diversos, y por esto los mancebos fácilmente toman amistades y fácilmente las dejan, porque la amistad

se va también mudando, como las cosas deleitosas, y semejante deleite tiene fácil la mudanza. Son, pues, los mancebos muy prontos para amar, porque la mayor parte del amor procede de afecto y deleite, y por esto aman, y fácilmente desisten, mudando de amistades, dentro de un día, muchas veces. Estos tales, pues, huelgan de pasar los días y vivir en compañía de sus amigos, porque desta manera alcanzan lo que ellos en la amistad pretenden. Pero la perfeta amistad es la de los buenos, y de los que son semejantes en virtud, porque estos tales, de la misma manera que son buenos, se desean el bien los unos a los otros, y son buenos por sí mismos. Y aquellos son verdaderamente amigos, que a sus amigos les desean el bien por amor de ellos mismos. Porque, por sí mismos, y no accidentariamente, se han desta manera. El amistad, pues, destos tales es la que más dura, que es mientras fueren buenos, y la virtud es cosa durable, y cada uno dellos es absolutamente bueno, y también, bueno para su amigo, porque los buenos son absolutamente buenos y provechosos los unos a los otros, y de la misma manera dulces y aplacibles. Porque los buenos absolutamente son aplacibles, y también aplacibles entre sí, porque cada uno tiene sus proprios ejercicios, que le dan gusto, los que son tales cuales él, y los ejercicios de los buenos son tales como ellos, o semejantes a ellos. Con razón, pues, tal amistad como ésta es la que dura, porque contiene en sí todas las cosas que ha de haber en los amigos, porque toda amistad, o es por causa de algún bien o algún deleite, que absolutamente lo sea, o a lo menos para aquel que ama, y por alguna semejanza. Los que son, pues, amigos en esta amistad, todo lo que está dicho tienen por sí mismos; pues las demás amistades son a ésta semejantes. Porque lo que es absolutamente bueno también absolutamente es aplacible, y estas cosas son las que más merecen ser amadas. En estos tales, pues, consiste el amar y la amistad, y la mejor de las amistades. Ni es de maravillar que tales amistades como éstas sean raras, porque hay pocos hombres tales cuales ellas los quieren. A más desto, tienen necesidad de tiempo y de comunicación, porque, como dice el vulgar proverbio, no se pueden conocer los unos a los otros sin que primero hayan comido juntos las hanegas de sal que se dicen, ni aceptarse el uno al otro, ni darse por amigos, hasta que el uno al otro le parezca ser digno de amor y se fíe dél. Pero los que de presto traban amistad entre sí, quieren, cierto, ser amigos, pero no lo son si no son dignos de amor, y el uno del otro entiende que lo es. La voluntad, pues, de amistad fácilmente se concibe, pero el amistad misma no. Es, pues, el amistad perfecta la que con el tiempo y con las demás cosas se confirma, y en la cual concurren todas estas cosas, y en donde a cada uno le procede lo mismo de parte del amigo, que al otro de parte dél. Lo cual ha de haber en los amigos".

<u>Iliada, de Homero. CANTO I</u>

1 Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquileo; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves —cumplíase la voluntad de Zeus—desde que se separaron disputando el Atrida, rey de hombres, y el divino Aquileo.

8 ¿Cuál de los dioses promovió entre ellos la contienda para que pelearan? El hijo de Zeus y de Leto. Airado con el rey, suscitó en el ejército maligna peste y los hombres perecían por el ultraje que el Atrida infiriera al sacerdote Crises. Este, deseando redimir a su hija, habíase presentado en las veleras naves aqueas con un inmenso rescate y las ínfulas del flechador Apolo que pendían de áureo cetro, en la mano; y a todos los aqueos, y particularmente a los dos Atridas, caudillos de pueblos, así les suplicaba:

17 —¡Atridas y demás aqueos de hermosas grebas! Los dioses, que poseen olímpicos palacios, os permitan destruir la ciudad de Príamo y regresar felizmente a la patria. Poned en libertad a mi hija y recibid el rescate, venerando al hijo de Zeus, al flechador Apolo.

22 Todos los aqueos aprobaron a voces que se respetase al sacerdote y se admitiera el espléndido rescate: mas el Atrida Agamemnón, a quien no plugo el acuerdo, le mandó enhoramala con amenazador lenguaje:

26 —Que yo no te encuentre, anciano, cerca de las cóncavas naves, ya porque demores tu partida, ya porque vuelvas luego; pues quizás no te valgan el cetro y las ínfulas del dios. A aquélla no la soltaré; antes le sobrevendrá la vejez en mi casa, en Argos, lejos de su patria, trabajando en el telar y

compartiendo mi lecho. Pero vete; no me irrites, para que puedas irte sano y salvo.

33 Así dijo. El anciano sintió temor y obedeció el mandato. Sin desplegar los labios, fuése por la orilla del estruendoso mar, y en tanto se alejaba, dirigía muchos ruegos al soberano Apolo, hijo de Leto, la de hermosa cabellera:

37 —¡Oyeme, tú que llevas arco de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila, e imperas en Ténedos poderosamente! ¡Oh Esmintio! Si alguna vez adorné tu gracioso templo o quemé en tu honor pingües muslos de toros o de cabras, cúmpleme este voto: ¡Paguen los dánaos mis lágrimas con tus flechas!

43 Tal fue su plegaria. Oyóla Febo Apolo, e irritado en su corazón, descendió de las cumbres del Olimpo con el arco y el cerrado carcaj en los hombros; las saetas resonaron sobre la espalda del enojado dios, cuando comenzó a moverse. Iba parecido a la noche. Sentóse lejos de las naves, tiró una flecha, y el arco de plata dio un terrible chasquido. Al principio el dios disparaba contra los mulos y los ágiles perros; mas luego dirigió sus mortíferas saetas a los hombres, y continuamente ardían muchas piras de cadáveres.

53 Durante nueve días volaron por el ejército las flechas del dios. En el décimo, Aquileo convocó al pueblo a junta: se lo puso en el corazón Hera, la diosa de los níveos brazos, que se interesaba por los dánaos, a quienes veía morir. Acudieron éstos y, una vez reunidos, Aquileo, el de los pies ligeros, se levantó y dijo:

59 —¡Atrida! Creo que tendremos que volver atrás, yendo otra vez errantes, si escapamos de la muerte; pues si no, la guerra y la peste unidas acabarán con los aqueos. Mas, ea, consultemos a un adivino, sacerdote o intérprete de sueños —también el sueño procede de Zeus— para que nos diga por qué se irritó tanto Febo Apolo: si está quejoso con motivo de algún voto o hecatombe, y si quemando en su obsequio grasa de corderos y de cabras escogidas, querrá apartar de nosotros la peste.

68 Cuando así hubo hablado, se sentó. Levantóse Calcante Testórida, el mejor de los augures —conocía lo presente, lo futuro y lo pasado, y había guiado las naves aqueas hasta Ilión por medio del arte adivinatoria que le diera Febo Apolo— y benévolo les arengó diciendo:

74 —¡Oh Aquileo, caro a Zeus! Mándasme explicar la cólera del dios del flechador Apolo. Pues bien, hablaré; pero antes declara y jura que estás pronto a defenderme de palabra y de obra, pues temo irritar a un varón que goza de gran poder entre los argivos todos y es obedecido por los aqueos. Un rey es más poderoso que el inferior contra quien se enoja; y si en el mismo día refrena su ira, guarda luego rencor hasta que logra ejecutarlo en el pecho de aquél. Di tu si me salvarás.

84 Respondióle Aquileo, el de los pies ligeros:

— Manifiesta, deponiendo todo temor, el vaticinio que sabes, pues, ¡por Apolo, caro a Zeus, a quien tú, oh Calcante, invocas siempre que revelas los oráculos a los dánaos!, ninguno de ellos pondrá en ti sus pesadas manos, junto a las cóncavas naves, mientras yo viva y vea la luz acá en la tierra, aunque hablares de Agamemnón, que al presente blasona de ser el más poderoso de los aqueos todos.

92 Entonces cobró ánimo y dijo el eximio vate:

—No está el dios quejoso con motivo de algún voto o hecatombe, sino a causa del ultraje que Agamemnón ha inferido al sacerdote, a quien no devolvió la hija ni admitió el rescate. Por esto el Flechador nos causó males y todavía nos causará otros. Y no librará a los dánaos de la odiosa peste, hasta que sea restituida a su padre, sin premio ni rescate, la moza de ojos vivos, e inmolemos en Crisa una sacra hecatombe. Cuando así le hayamos aplacado, renacerá nuestra esperanza.

101 Dichas estas palabras, se sentó. Levantóse al punto el poderoso héroe Agamemnón Atrida, afligido, con las negras entrañas llenas de cólera y los ojos parecidos al relumbrante fuego; y encarando a Calcante la torva vista, exclamó:

106 —¡Adivino de males! Jamás me has anunciado nada grato. Siempre te complaces en profetizar desgracias y nunca dijiste ni ejecutaste cosa buena. Y ahora, vaticinando ante los dánaos, afirmas que el Flechador les envía calamidades porque no quise admitir el espléndido rescate de la joven Criseida, a

quien deseaba tener en mi casa. La prefiero, ciertamente, a Clitemnestra, mi legítima esposa, porque no le es inferior ni en el talle, ni en el natural, ni en inteligencia, ni en destreza. Pero, aun así y todo, consiento en devolverla, si esto es lo mejor; quiero que el pueblo se salve, no que perezca. Pero preparadme pronto otra recompensa, para que no sea yo el único argivo que se quede sin tenerla; lo cual no parecería decoroso. Ved todos que se me va de las manos la que me había correspondido.

121 Replicóle el divino Aquileo el de los pies ligeros:

—¡Atrida gloriosísimo, el más codicioso de todos! ¿Cómo pueden darte otra recompensa los magnánimos aqueos? No sé que existan en parte alguna cosas de la comunidad, pues las del saqueo de las ciudades están repartidas, y no es conveniente obligar a los hombres a que nuevamente las junten. Entrega ahora esa joven al dios y los aqueos te pagaremos el triple o el cuádruple, si Zeus nos permite tomar la bien murada ciudad de Troya.

130 Díjole en respuesta el rey Agamemnón:

—Aunque seas valiente, deiforme Aquileo, no ocultes tu pensamiento, pues ni podrás burlarme ni persuadirme. ¿Acaso quieres, para conservar tu recompensa, que me quede sin la mía, y por esto me aconsejas que la devuelva? Pues, si los magnánimos aqueos me dan otra conforme a mi deseo para que sea equivalente... Y si no me la dieren, yo mismo me apoderaré de la tuya o de la de Ayante, o me llevaré la de Odiseo, y montará en cólera aquel a quien me llegue. Mas sobre esto deliberaremos otro día. Ahora, ea, botemos una negra nave al mar divino, reunamos los convenientes remeros, embarquemos víctimas para una hecatombe y a la misma Criseida, la de hermosas mejillas, y sea capitán cualquiera de los jefes: Ayante, Idomeneo el divino Odiseo o tú, Pelida, el más portentoso de los hombres, para que aplaques al Flechador con sacrificios.

148 Mirándole con torva faz, exclamó Aquileo, el de los pies ligeros:

—¡Ah impudente y codicioso! ¿Cómo puede estar dispuesto a obedecer tus órdenes ni un aqueo siquiera, para emprender la marcha o para combatir valerosamente con otros hombres? No he venido a pelear obligado por los belicosos teucros, pues en nada se me hicieron culpables —no se llevaron nunca mis vacas ni mis caballos, ni destruyeron jamás la cosecha en la fértil Ptía, criadora de hombres, porque muchas umbrías montañas y el ruidoso mar nos separan— sino que te seguimos a ti, grandísimo insolente, para darte el gusto de vengaros de los troyanos a Menelao y a ti, cara de perro. No fijas en esto la atención, ni por ello te preocupas y aún me amenazas con quitarme la recompensa que por mis grandes fatigas me dieron los aqueos. Jamás el botín que obtengo iguala al tuyo cuando éstos entran a saco una populosa ciudad: aunque la parte más pesada de la impetuosa guerra la sostienen mis manos, tu recompensa, al hacerse el reparto, es mucho mayor y yo vuelvo a mis naves, teniéndola pequeña, pero grata, después de haberme cansado en el combate. Ahora me iré a Ptía, pues lo mejor es regresar a la patria en las cóncavas naves: no pienso permanecer aquí sin honra para proporcionarte ganancia y riqueza.

172 Contestó el rey de hombres Agamemnón:

—Huye, pues, si tu ánimo a ello te incita; no te ruego que por mí te quedes; otros hay a mi lado que me honrarán, y especialmente el próvido Zeus. Me eres más odioso que ningún otro de los reyes, alumnos de Zeus, porque siempre te han gustado las riñas, luchas y peleas. Si es grande tu fuerza un dios te la dio. Vete a la patria llevándote las naves y los compañeros, y reina sobre los mirmidones; no me cuido de que estés irritado, ni por ello me preocupo, pero te haré una amenaza: Puesto que Febo Apolo me quita a Criseida, la mandaré en mi nave con mis amigos; y encaminándome yo mismo a tu tienda, me llevaré a Briseida, la de hermosas mejillas, tu recompensa, para que sepas cuanto más poderoso soy y otro tema decir que es mi igual y compararse conmigo.

188 Tal dijo. Acongójese el Pelida, y dentro del velludo pecho su corazón discurrió dos cosas: o, desnudando la aguda espada que llevaba junto al muslo, abrirse paso y matar al Atrida, o calmar su cólera y reprimir su furor. Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón y sacaba de la vaina la gran espada, vino Atenea del cielo: envióla Hera, la diosa de los níveos brazos, que amaba cordialmente a entrambos y por ellos se preocupaba. Púsose detrás del Pelida y le tiró de la blonda

cabellera, apareciéndose a él tan sólo; de los demás, ninguno la veía. Aquileo, sorprendido, volvióse y al instante conoció a Palas Atenea, cuyos ojos centelleaban de un modo terrible. Y hablando con ella, pronunció estas aladas palabras:

202 —¿Por qué, hija de Zeus, que lleva la égida, has venido nuevamente? ¿Acaso para presenciar el ultraje que me infiere Agamemnón hijo de Atreo? Pues te diré lo que me figuro que va a ocurrir: Por su insolencia perderá pronto la vida.

206 Díjole Atenea, la diosa de los brillantes ojos:

— Vengo del cielo para apaciguar tu cólera, si obedecieres; y me envía Hera, la diosa de los níveos brazos, que os ama cordialmente a entrambos y por vosotros se preocupa. Ea, cesa de disputar, no desenvaines la espada e injúriale de palabra como te parezca. Lo que voy a decir se cumplirá: Por este ultraje se te ofrecerán un día triples y espléndidos presentes. Domínate y obedécenos.

215 Contestó Aquileo, el de los pies ligeros:

— Preciso es, oh diosa hacer lo que mandáis aunque el corazón esté muy irritado. Obrar así es lo mejor. Quien a los dioses obedece, es por ellos muy atendido.

219 Dijo; y, puesta la robusta mano en el argénteo puño, envainó la enorme espada y no desobedeció la orden de Atenea. La diosa regresó al Olimpo, al palacio en que mora Zeus, que lleva la égida, entre las demás deidades.

223 El hijo de Peleo, no amainando en su ira, denostó nuevamente al Atrida con injuriosas voces:

— ¡Borracho, que tienes cara de perro y corazón de ciervo! Jamás te atreviste a tomar las armas con la gente del pueblo para combatir, ni a ponerte en emboscada con los más valientes aqueos; ambas cosas te parecen la muerte. Es, sin duda, mucho mejor arrebatar los dones, en el vasto campamento de los aqueos, a quien te contradiga. Rey devorador de tu pueblo, porque mandas a hombres abyectos...; en otro caso, Atrida, éste fuera tu último ultraje. Otra cosa voy a decirte y sobre ella prestaré un gran juramento: Sí, por este cetro, que ya no producirá hojas ni ramos, pues dejó el tronco en la montaña; ni reverdecerá, porque el bronce lo despojó de las hojas y de la corteza, y ahora lo empuñan los aqueos que administran justicia y guardan las leyes de Zeus (grande será para ti este juramento). Algún día los aquivos todos echarán de menos a Aquileo, y tú, aunque te aflijas, no podrás socorrerles cuando sucumban y perezcan a manos de Héctor, matador de hombres. Entonces desgarrarás tu corazón, pesaroso por no haber honrado al mejor de los aqueos.

245 Así se expresó el Pelida; y tirando a tierra el cetro tachonado con clavos de oro, tomó asiento. El Atrida, en el opuesto lado, iba enfureciéndose. Pero levantóse Néstor, suave en el hablar, elocuente orador de los pilios, de cuya boca las palabras fluían más dulces que la miel—había visto perecer dos generaciones de hombres de voz articulada que nacieron y se criaron con él en la divina Pilos y reinaba sobre la tercera— y benévolo les arengó diciendo:

254 —¡Oh dioses! ,Qué motivo de pesar tan grande para la tierra aquea! Alegraríanse Príamo y sus hijos, y regocijaríanse los demás troyanos en su corazón, si oyeran las palabras con que disputáis vosotros, los primeros de los dánaos lo mismo en el consejo que en el combate. Pero dejaos convencer, ya que ambos sois más jóvenes que yo.

260 En otro tiempo traté con hombres aún más esforzados que vosotros, y jamás me desdeñaron. No he visto todavía ni veré hombre como Piritoo, Driante, pastor de pueblos; Ceneo, Exadio, Polifemo, igual a un dios, y Teseo Egida, que parecía un inmortal. Criáronse éstos los más fuertes de los hombres; muy fuertes eran y con otros muy fuertes combatieron: con los montaraces Centauros, a quienes exterminaron de un modo estupendo. Y yo estuve en su compañía —habiendo acudido desde Pilos, desde lejos, desde esa apartada tierra, porque ellos mismos me llamaron— y combatí según mis fuerzas. Con tales hombres no pelearía ninguno de los mortales que hoy pueblan la tierra; no obstante lo cual, seguían mis consejos y escuchaban mis palabras. Prestadme también vosotros obediencia, que es lo mejor que podéis hacer. Ni tú, aunque seas valiente, le quites la moza, sino déjasela, puesto que se la dieron en recompensa los magnánimos aqueos, ni tú, Pelida, quieras altercar de igual a igual con el

rey, pues jamás obtuvo honra como la suya ningún otro soberano que usara cetro y a quien Zeus diera gloria. Si tú eres más esforzado, es porque una diosa te dio a luz; pero éste es más poderoso, porque reina sobre mayor número de hombres. Atrida, apacigua tu cólera; yo te suplico que depongas la ira contra Aquileo, que es para todos los aqueos un fuerte antemural en el pernicioso combate.

285 Respondióle el rey Agamemnón:

— Sí, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir. Pero este hombre quiere sobreponerse a todos los demás; a todos quiere dominar, a todos gobernar, a todos dar órdenes, que alguien, creo, se negará a obedecer. Si los sempiternos dioses le hicieron belicoso, ¿le permiten por esto proferir injurias?

292 Interrumpiéndole, exclamó el divino Aquileo:

—Cobarde y vil podría llamárseme si cediera en todo lo que dices; manda a otros, no me des órdenes, pues yo no pienso obedecerte. Otra cosa te diré que fijarás en la memoria: No he de combatir con estas manos por la moza, ni contigo, ni con otro alguno, pues al fin me quitáis lo que me disteis; pero de lo demás que tengo cabe a la veloz nave negra, nada podrías llevarte tomándolo contra mi voluntad. Y si no, ea, inténtalo, para que éstos se enteren también; presto tu negruzca sangre correría en torno de mi lanza.

304 Después de altercar así con encontradas razones, se levantaron y disolvieron la junta que cerca de las naves aqueas se celebraba. El hijo de Peleo fuese hacia sus tiendas y sus bien proporcionados bajeles con Patroclo y otros amigos. El Atrida botó al mar una velera nave, escogió veinte remeros, cargó las víctimas de la hecatombe, para el dios, y conduciendo a Criseida, la de hermosas mejillas, la embarcó también; fue capitán el ingenioso Odiseo.

312 Así que se hubieron embarcado, empezaron a navegar por la líquida llanura. El Atrida mandó que los hombres se purificaran, y ellos hicieron lustraciones, echando al mar las impurezas, y sacrificaron en la playa hecatombes perfectas de toros y de cabras en honor de Apolo. El vapor de la grasa llegaba al cielo, enroscándose alrededor del humo.

318 En tales cosas ocupábase el ejército. Agamemnón no olvidó la amenaza que en la contienda hiciera a Aquileo, y dijo a Taltibio y Euríbates, sus heraldos y diligentes servidores:

—Id a la tienda del Pelida Aquileo, y asiendo de la mano a Briseida, la de hermosas mejillas traedla acá; y si no os la diere, iré yo con otros a quitársela y todavía le será más duro.

326 Hablándoles de tal suerte y con altaneras voces, los despidió.Contra su voluntad fuéronse los heraldos por la orilla del estéril mar, llegaron a las tiendas y naves de los mirmidones, y hallaron al rey cerca de su tienda y de su negra nave. Aquileo, al verlos, no se alegró. Ellos se turbaron, y haciendo una reverencia, paráronse sin decir ni preguntar nada. Pero el héroe lo comprendió todo y dijo:

334 —¡Salud, heraldos, mensajeros de Zeus y de los hombres! Acercaos; pues para mí no sois vosotros los culpables, sino Agamemnón, que os envía por la joven Briseida. ¡Ea, Patroclo, de jovial linaje! Saca la moza y entrégala para que se la lleven. Sed ambos testigos ante los bienaventurados dioses, ante los mortales hombres y ante ese rey cruel, si alguna vez tienen los demás necesidad de mí para librarse de funestas calamidades; porque él tiene el corazón poseído de furor y no sabe pensar a la vez en lo futuro y en lo pasado, a fin de que los aqueos se salven combatiendo junto a las naves.

345 De tal modo habló. Patroclo, obedeciendo a su amigo, sacó de la tienda a Briseida, la de hermosas mejillas, y la entregó para que se la llevaran. Partieron los heraldos hacia las naves aqueas, y la mujer iba con ellos de mala gana. Aquileo rompió en llanto, alejóse de los compañeros, y sentándose a orillas del espumoso mar con los ojos clavados en el ponto inmenso y las manos extendidas, dirigió a su madre muchos ruegos:

— ¡Madre! Ya que me pariste de corta vida, el olímpico Zeus altitonante debía honrarme y no lo hace en modo alguno. El poderoso Agamemnón Atrida me ha ultrajado, pues tiene mi recompensa, que él mismo me arrebató.

357 Así dijo llorando. Oyóle la veneranda madre desde el fondo del mar, donde se hallaba a la vera

del padre anciano, e inmediatamente emergió, como niebla, de las espumosas ondas, sentóse al lado de aquél, que lloraba, acaricióle con la mano y le habló de esta manera:

362 —¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Habla; no me ocultes lo quepiensas, para que ambos lo sepamos.

364 Dando profundos suspiros, contestó Aquileo, el de los pies ligeros:

—Lo sabes. ¿A qué referirte lo que ya conoces? Fuimos a Tebas, la sagrada ciudad de Eetión; la saqueamos, y el botín que trajimos se lo distribuyeron equitativamente los aqueos, separando para el Atrida a Criseida, la de hermosas mejillas. Luego, Crises, sacerdote del flechador Apolo, queriendo redimir a su hija, se presentó en las veleras naves aqueas con inmenso rescate y las ínfulas del flechador Apolo, que pendían del áureo cetro, en la mano; y suplicó a todos los aqueos, y particularmente a los dos Atridas, caudillos de pueblos. Todos los aqueos aprobaron a voces que se respetase al sacerdote y se admitiera el espléndido rescate; mas el Atrida Agamemnón, a quien no plugo el acuerdo, le mandó enhoramala con amenazador lenguaje. El anciano se fue irritado; y Apolo, accediendo a sus ruegos, pues le era muy querido, tiró a los argivos funesta saeta: morían los hombres unos en pos de otros, y las flechas del dios volaban por todas partes en el vasto campamento de los aqueos. Un sabio adivino nos explicó el vaticinio del Flechador, y yo fui el primero en aconsejar que se aplacara al dios. El Atrida encendióse en ira, y levantándose, me dirigió una amenaza que ya se ha cumplido. A aquélla, los aqueos de ojos vivos la conducen a Crisa en velera nave con presentes para el dios, y a la hija de Briseo que los aqueos me dieron, unos heraldos se la han llevado ahora mismo de mi tienda. Tú, si puedes, socorre a tu buen hijo; ve al Olimpo y ruega a Zeus, si alguna vez llevaste consuelo a su corazón con palabras o con obras. Muchas veces hallándonos en el palacio de mi padre, oí que te gloriabas de haber evitado, tú sola entre los inmortales, una afrentosa desgracia al Cronión, que amontona las sombrías nubes, cuando quisieron atarle otros dioses olímpicos, Hera, Poseidón y Palas Atenea. Tú, oh diosa, acudiste y le libraste de las ataduras, llamando al espacioso Olimpo al centímano a quien los dioses nombran Briareo y todos los hombres Egeón, el cual es superior en fuerza a su mismo padre, y se sentó entonces al lado de Zeus, ufano de su gloria; temiéronle los bienaventurados dioses y desistieron de su propósito. Recuérdaselo, siéntate junto a él y abraza sus rodillas: quizá decida favorecer a los teucros y acorralar a los aqueos, que serán muertos entre las popas, cerca del mar, para que todos disfruten de su rey y comprenda el poderoso Agamemnón Atrida la falta que ha cometido no honrando al mejor de los aqueos.

413 Respondióle Tetis, derramando lágrimas:

— ¡Ay hijo mío! ¿Por qué te he criado, si en hora aciaga te di a luz? ¡Ojalá estuvieras en las naves sin llanto ni pena, ya que tu vida ha de ser corta, de no larga duración! Ahora eres juntamente de breve vida y el más infortunado de todos. Con hado funesto te parí en el palacio. Yo misma iré al nevado Olimpo y hablaré a Zeus, que se complace en lanzar rayos, por si se deja convencer. Tú quédate en las naves de ligero andar, conserva la cólera contra los aqueos y abstente por completo de combatir.

Ayer fuese Zeus al Océano, al país de los probos etíopes, para asistir a un banquete, y todos los dioses le siguieron. De aquí a doce días volverá al Olimpo. Entonces acudiré a la morada de Zeus, sustentada en bronce; le abrazaré las rodillas, y espero que lograré persuadirle.

428 Dichas estas palabras partió, dejando a Aquileo con el corazón irritado a causa de la mujer de bella cintura que violentamente y contra su voluntad le habían arrebatado.

431 En tanto, Odiseo llegaba a Crisa con las víctimas para la sacra hecatombe. Cuando arribaron al profundo puerto, amainaron las velas, guardándolas en la negra nave; abatieron por medio de cuerdas el mástil hasta la crujía; y llevaron el buque, a fuerza de remos, al fondeadero. Echaron anclas y ataron las amarras, saltaron a la playa, desembarcaron las víctimas de la hecatombe para el flechador Apolo y Criseida salió de la nave que atraviesa el ponto. El ingenioso Odiseo llevó la moza al altar y, poniéndola en manos de su padre, dijo:

442 —¡Oh Crises! Envíame el rey de hombres Agamemnón a traerte la hija y ofrecer en favor de los dánaos una sagrada hecatombe a Apolo, para que aplaquemos a este dios que tan deplorables males ha

causado a los aqueos.

446 Dijo, y puso en sus manos la hija amada, que aquél recibió con alegría. Acto continuo, ordenaron la sacra hecatombe en torno del bien construido altar, laváronse las manos y tomaron harina con sal. Y Crises oró en alta voz y con las manos levantadas.

451 —¡Oyeme, tú que llevas arco de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila e imperas en Ténedos poderosamente! Me escuchaste cuando te supliqué, y para honrarme, oprimiste duramente al ejército aqueo; pues ahora cúmpleme este voto: ¡Aleja ya de los dánaos la abominable peste!

457 Tal fue su plegaria, y Febo Apolo le oyó. Hecha la rogativa y esparcida la harina con sal, cogieron las víctimas por la cabeza, que tiraron hacia atrás, y las degollaron y desollaron; en seguida cortaron los muslos, y después de cubrirlos con doble capa de grasa y de carne cruda en pedacitos, el anciano los puso sobre leña encendida y los roció de negro vino. Cerca de él, unos jóvenes tenían en las manos asadores de cinco puntas. Quemados los muslos, probaron las entrañas; y descuartizando lo demás, atravesáronlo con pinchos, lo asaron cuidadosamente y lo retiraron del fuego. Terminada la faena y dispuesto el banquete, comieron, y nadie careció de su respectiva porción. Cuando hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber, los mancebos llenaron las crateras y distribuyeron el vino a todos los presentes después de haber ofrecido en copas las primicias. Y durante el día los aqueos aplacaron al dios con el canto, entonando un hermoso peán al flechador Apolo, que les oía con el corazón complacido.

475 Cuando el sol se puso y sobrevino la noche, durmieron cabe a las amarras del buque. Mas, así que apareció la hija de la mañana, la Eos de rosados dedos, hiciéronse a la mar para volver al espacioso campamento aqueo, y el flechador Apolo les envió próspero viento. Izaron el mástil, descogieron las velas, que hinchó el viento, y las purpúreas ondas resonaban en torno de la quilla mientras la nave corría siguiendo su rumbo. Una vez llegados al vasto campamento de los aquivos, sacaron la negra nave a tierra firme y la pusieron en alto sobre la arena, sosteniéndola con grandes maderos. Y luego se dispersaron por las tiendas y los bajeles.

488 El hijo de Peleo y descendiente de Zeus, Aquileo, el de los pies ligeros, seguía irritado en las veleras naves, y ni frecuentaba las juntas donde los varones cobran fama, ni cooperaba a la guerra; sino que consumía su corazón, permaneciendo en los bajeles, y echaba de menos la gritería y el combate.

493 Cuando, después de aquel día, apareció la duodécima aurora, los sempiternos dioses volvieron al Olimpo con Zeus a la cabeza. Tetis no olvidó entonces el encargo de su hijo: saliendo de entre las olas del mar, subió muy de mañana al gran cielo y al Olimpo, y halló al longividente Cronión sentado aparte de los demás dioses en la más alta de las muchas cumbres del monte. Acomodóse junto a él, abrazó sus rodillas con la mano izquierda, tocóle la barba con la diestra y dirigió esta súplica al soberano Jove Cronión:

503 —¡Padre Zeus! Si alguna vez te fui útil entre los inmortales con palabras u obras, cúmpleme este voto: Honra a mi hijo, el héroe de más breve vida, pues el rey de hombres Agamemnón le ha ultrajado, arrebatándole la recompensa que todavía retiene. Véngale tú, próvido Zeus Olímpico, concediendo la victoria a los teucros hasta que los aqueos den satisfacción a mi hijo y le colmen de honores.

511 De tal suerte habló Zeus, que amontona las nubes, nada contestó, guardando silencio un buen rato. Pero Tetis, que seguía como cuando abrazó sus rodillas, le suplicó de nuevo:

514 —Prométemelo claramente asintiendo, o niégamelo —pues en ti no cabe el temor— para que sepa cuán despreciada soy entre todas las deidades.

517 Zeus, que amontona las nubes, respondió afligidísimo:

— ¡Funestas acciones! Pues harás que me malquiste con Hera cuando me zahiera con injuriosas palabras. Sin motivo me riñe siempre ante los inmortales dioses, porque dice que en las batallas favorezco a los teucros. Pero ahora vete, no sea que Hera advierta algo; yo me cuidaré de que esto se cumpla. Y si lo deseas, te haré con la cabeza la señal de asentimiento para que tengas confianza. Este es el signo más seguro, irrevocable y veraz para los inmortales; y no deja de efectuarse aquello a que

asiento con la cabeza.

528 Dijo el Cronión, y bajó las negras cejas en señal de asentimiento; los divinos cabellos se agitaron en la cabeza del soberano inmortal, y a su influjo estremecióse el dilatado Olimpo.

531 Después de deliberar así, se separaron; ella saltó al profundo mar desde el resplandeciente Olimpo, y Zeus volvió a su palacio. Los dioses se levantaron al ver a su padre, y ninguno aguardó a que llegase, sino que todos salieron a su encuentro. Sentóse Zeus en el trono; y Hera, que, por haberlo visto no ignoraba que Tetis, la de argentados pies, hija del anciano del mar con él departiera, dirigió en seguida injuriosas palabras a Jove Cronión:

540 —¿Cuál de las deidades, oh doloso, ha conversado contigo? Siempre te es grato, cuando estás lejos de mi, pensar y resolver algo clandestinamente, y jamás te has dignado decirme una sola palabra de lo que acuerdas.

544 Respondió el padre de los hombres y de los dioses:

— ¡Hera! No esperes conocer todas mis decisiones, pues te resultará difícil aun siendo mi esposa. Lo que pueda decirse, ningún dios ni hombre lo sabrá antes que tú; pero lo que quiera resolver sin contar con los dioses no lo preguntes ni procures averiguarlo.

551 Replicó Hera veneranda, la de los grandes ojos:

— ¡Terribilísimo Cronión, qué palabras proferiste! No será mucho lo que te haya preguntado o querido averiguar, puesto que muy tranquilo meditas cuanto te place. Mas ahora mucho recela mi corazón que te haya seducido Tetis, la de los argentados pies, hija del anciano del mar. Al amanecer el día sentóse cerca de ti y abrazó tus rodillas; y pienso que le habrás prometido, asintiendo, honrar a Aquileo y causar gran matanza junto a las naves aqueas.

560 Contestó Zeus, que amontona las nubes:

— ¡Ah desdichada! Siempre sospechas y de ti no me oculto. Nada, empero, podrás conseguir sino alejarte de mi corazón; lo cual todavía te será más duro. Si es cierto lo que sospechas, así debe de serme grato. Pero, siéntate en silencio; obedece mis palabras. No sea que no te valgan cuantos dioses hay en el Olimpo, si acercándome te pongo encima las invictas manos.

568 Tal dijo. Hera veneranda, la de los grandes ojos, temió; y refrenando el coraje, sentóse en silencio. Indignáronse en el palacio de Zeus los dioses celestiales. Y Hefesto, el ilustre artífice, comenzó a arengarles para consolar a su madre Hera, la de los níveos brazos:

573 —Funesto e insoportable será lo que ocurra, si vosotros disputáis así por los mortales y promovéis alborotos entre los dioses; ni siquiera en el banquete se hallará placer alguno, porque prevalece lo peor. Yo aconsejo a mi madre, aunque ya ella tiene juicio, que obsequie al padre querido, para que éste no vuelva a reñirla y a turbarnos el festín. Pues si el Olímpico fulminador quiere echarnos del asiento... nos aventaja mucho en poder. Pero halágale con palabras cariñosas y pronto el Olímpico nos será propicio.

584 De este modo habló, y tomando una copa doble, ofrecióla a su madre, diciendo:

—Sufre, madre mía, y sopórtalo todo aunque estés afligida; que a ti, tan querida, no te vean mis ojos apaleada, sin que pueda socorrerte, porque es difícil contrarrestar al Olímpico. Ya otra vez que te quise defender, me asió por el pie y me arrojó de los divinos umbrales. Todo el día fui rodando y a la puesta del sol caí en Lemnos. Un poco de vida me quedaba y los sinties me recogieron tan pronto como hube caído.

595 Así dijo. Sonrióse Hera, la diosa de los níveos brazos; y sonriente aún, tomó la copa doble que su hijo le presentaba. Hefesto se puso a escanciar dulce néctar para las otras deidades, sacándolo de la cratera; y una risa inextinguible se alzó entre los bienaventurados dioses al ver con qué afán les servía en el palacio.

601 Todo el día, hasta la puesta del sol, celebraron el festín; y nadie careció de su respectiva porción,

ni faltó la hermosa cítara que tañía Apolo, ni las Musas, que con linda voz cantaban alternando.

Mas cuando la fúlgida luz del sol llegó al ocaso, los dioses fueron a recogerse a sus respectivos palacios que había construido Hefesto, el ilustre cojo de ambos pies con sabia inteligencia. Zeus Olímpico, fulminador, se encaminó al lecho donde acostumbraba dormir cuando el dulce sueño le vencía. Subió y acostóse; y a su lado descansó Hera, la de áureo trono.

CANTO IX de LA ODISEA

(…) Desde allí continuamos la navegación con ánimo afligido, y llegamos a la tierra de los cíclopes soberbios y sin ley; quienes, confiados en los dioses inmortales, no plantan árboles, ni labran los campos, sino que todo les nace sin semilla y sin arada -trigo, cebada y vides, que producen vino de unos grandes racimos- y se lo hace crecer la lluvia enviada por Zeus.

No tienen ágoras donde se reúnan para deliberar, ni leyes tampoco, sino que viven en las cumbres de los altos montes, dentro de excavadas cuevas; cada cual impera sobre sus hijos y mujeres y no se entrometen los unos con los otros.

Delante del puerto, no muy cercana ni a gran distancia tampoco de la región de los cíclopes, hay una isleta poblada de bosque, con una infinidad de cabras monteses, pues no las ahuyenta el paso de hombre alguno ni van allá los cazadores, que se fatigan recorriendo las selvas en las cumbres de las montañas. No se ven en ella ni rebaños ni labradíos, sino que el terreno está siempre sin sembrar y sin arar, carece de hombres, y cría bastantes cabras. Pues los cíclopes no tienen naves de rojas proas, ni poseen artífices que se las construyan de muchos bancos -como las que transportan mercancías a distintas poblaciones en los frecuentes viajes que los hombres efectúan por mar, yendo los unos en busca de los otros-, los cuales hubieran podido hacer que fuese muy poblada aquella isla, que no es mala y daría a su tiempo frutos de toda especie, porque tiene junto al espumoso mar prados húmedos y tiernos y allí la vid jamás se perdiera. La parte inferior es llana y labradera; y podrían segarse en la estación oportuna cosechas altísimas por ser el suelo muy pingüe. Posee la isla un cómodo puerto, donde no se requieren amarras, ni es preciso echar ancoras, ni atar cuerdas; pues, en aportando allí, se está a salvo cuanto se quiere, hasta que el ánimo de los marineros les incita a partir y el viento sopla.

En lo alto del puerto mana una fuente de agua límpida, debajo de una cueva a cuyo alrededor han crecido álamos. Allá pues, nos llevaron las naves, y algún dios debió de guiarnos en aquella noche obscura en la que nada distinguíamos, pues la niebla era cerrada alrededor de los bajeles y la luna no brillaba en el cielo, que cubrían los nubarrones. Nadie vio con sus ojos la isla ni las ingentes olas que se quebraban en la tierra, hasta que las naves de muchos bancos hubieron abordado. Entonces amainamos todas las velas, saltamos a la orilla del mar y, entregándonos al sueño, aguardamos que amaneciera la divina Aurora.

No bien se descubrió la hija de la mañana, Eos de rosáceos dedos, anduvimos por la isla muy admirados. En esto las ninfas, prole de Zeus que lleva la égida, levantaron montaraces cabras para que comieran mis compañeros. Al instante tomamos de los bajeles los corvos arcos y los venablos de larga punta, nos distribuimos en tres grupos, tiramos, y muy presto una deidad nos facilitó abundante caza. Doce eran las naves que me seguían y a cada una le correspondieron nueve cabras, apartándose diez para mí solo. Y ya todo el día hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino; que el rojo licor aun no faltaba en las naves, pues habíamos hecho gran provisión de ánforas al tomar la sagrada ciudad de los cícones. Estando allí echábamos la vista a la tierra de los cíclopes, que se hallaban cerca, y divisábamos el humo y oíamos las voces que ellos daban, y los balidos de las ovejas y de las cabras. Cuando el sol se puso y sobrevino la oscuridad, nos acostamos en la orilla del mar.

Mas, así que se descubrió la hija de la mañana, Eos de rosáceos dedos, los llamé a junta y les dije estas razones:

Quedaos aquí, mis fieles amigos, y yo con mi nave y mis compañeros iré allá y procuraré averiguar

qué hombres son aquéllos; si son violentos, salvajes e injustos, u hospitalarios y temerosos de las deidades.

Cuando así hube hablado subí a la nave y ordené a los compañeros que me siguieran y desataran las amarras. Ellos se embarcaron al instante y, sentándose por orden en los bancos, comenzaron a batir con los remos el espumoso mar. Y tan luego como llegamos a dicha tierra, que estaba próxima, vimos en uno de los extremos y casi tocando al mar una excelsa gruta a la cual daban sombra algunos laureles, en ella reposaban muchos hatos de ovejas y de cabras, y en contorno había una alta cerca labrada con piedras profundamente hundidas, grandes pinos y encinas de elevada copa. Allí moraba un varón gigantesco, solitario, que entendía en apacentar rebaños lejos de los demás hombres, sin tratarse con nadie; y, apartado de todos, ocupaba su ánimo en cosas inicuas. Era un monstruo horrible y no se asemejaba a los hombres que viven de pan, sino a una selvosa cima que entre altos montes se presentase aislada de las demás cumbres.

Entonces ordené a mis fieles compañeros que se quedasen a guardar la nave; escogí los doce mejores y juntos echamos a andar, con un pellejo de cabra lleno de negro y dulce vino que me había dado Marón, vástago de Evantes y sacerdote de Apolo, el dios tutelar de Ismaro; porque, respetándole, lo salvamos con su mujer e hijos que vivían en un espeso bosque consagrado a Febo Apolo. Me hizo Marón ricos dones, pues me regaló siete talentos de oro bien labrado, una cratera de plata y doce ánforas de un vino dulce y puro, bebida de dioses, que no conocían sus siervos ni sus esclavas, sino tan sólo él, su esposa y una despensera. Cuando bebían este rojo licor, dulce como la miel, echaban una copa del mismo veinte de agua; y de la cratera salía un olor tan suave y divinal, que no sin pena se hubiese renunciado a saborearlo. De este vino llevaba un gran odre completamente lleno y además viandas en un zurrón; pues ya desde el primer instante se figuró mi ánimo generoso que se nos presentaría un hombre dotado de extraordinaria fuerza, salvaje, e ignorante de la justicia y de las leyes.

Pronto llegamos a la gruta; mas no dimos con él, porque estaba apacentando las pingües ovejas. Entramos y nos pusimos a contemplar con admiración y una por una todas las cosas; había zarzos cargados de quesos; los establos rebosaban de corderos y cabritos, hallándose encerrado, separadamente los mayores, los medianos y los recién nacidos; y goteaba el suero de todas las vasijas, tarros y barreños, de que se servía para ordeñar. Los compañeros empezaron a suplicarme que nos apoderásemos de algunos quesos y nos fuéramos, y que luego, sacando prestamente de los establos los cabritos y los corderos, y conduciéndolos a la velera nave, surcáramos de nuevo el salobre mar. Mas yo no me dejé persuadir -mucho mejor hubiera sido seguir su consejo- con el propósito de ver a aquél y probar si me ofrecería los dones de la hospitalidad. Pero su venida no había de serles grata a mis compañeros.

Encendimos fuego, ofrecimos un sacrificio a los dioses, tomamos algunos quesos, comimos, y le aguardamos, sentados en la gruta, hasta que volvió con el ganado. Traía una gran carga de leña seca para preparar su comida y la descargó dentro de la cueva con tal estruendo que nosotros, llenos de temor, nos refugiamos apresuradamente en lo más hondo de la misma. Luego metió en el espacioso antro todas las pingües ovejas que tenía que ordeñar, dejando a la puerta, dentro del recinto de altas paredes, los carneros y los bucos. Después cerró la puerta con un pedrejón grande y pesado que llevó a pulso y que no hubiesen podido mover del suelo veintidós sólidos carros de cuatro ruedas. ¡Tan inmenso era el peñasco que colocó a la entrada! Se sentó enseguida, ordeñó las ovejas y las baladoras cabras, todo como debe hacerse, y a cada una le puso su hijito. A la hora, haciendo cuajar la mitad de la blanca leche, la amontonó en canastillos de mimbre, y vertió la restante en unos vasos para bebérsela y así le serviría de cena.

Acabadas con prontitud tales faenas, encendió fuego, y al vernos, nos hizo estas preguntas:

—¡Oh forasteros! ¿Quiénes sois? ¿De dónde llegasteis navegando por húmedos caminos? ¿Venís por algún negocio o andáis por el mar, a la ventura, como los piratas que divagan, exponiendo su vida y produciendo daño a los hombres de extrañas tierras?

Así dijo. Nos quebraba el corazón el temor que nos produjo su voz grave y su aspecto monstruoso. Mas, con todo eso, le respondí de esta manera:

—Somos aqueos a quienes extraviaron, al salir de Troya, vientos de toda clase, que nos llevan por el gran abismo del mar; deseosos de volver a nuestra patria llegamos aquí por otra ruta, por otros caminos, porque de tal suerte debió de ordenarlo Zeus. Nos preciamos de ser guerreros de Agamemnón Atrida, cuya gloria es inmensa debajo del cielo -¡tan grande ciudad ha destruido y a tantos hombres ha hecho perecer!-, y venimos a abrazar tus rodillas por si quisieras presentarnos los dones de la hospitalidad o hacernos algún otro regalo, como es costumbre entre los huéspedes. Respeta, pues, a los dioses, varón excelente; que nosotros somos ahora tus suplicantes. Y a suplicante y forasteros los venga Zeus hospitalario, el cual acompaña a los venerados huéspedes.

Así le hablé; y le respondió en seguida con ánimo cruel:

—¡Oh forastero! Eres un simple o vienes de lejanas tierras cuando me exhortas a temer a los dioses y a guardarme de su cólera: que los cíclopes no se cuidan de Zeus, que lleva la égida, ni de los bienaventurados númenes, porque aun les ganan en ser poderosos; y yo no te perdonaría ni a ti ni a tus compañeros por temor a la enemistad de Zeus, si mi ánimo no me lo ordenase. Pero dime en qué sitio, al venir, dejaste la bien construida embarcación: si fue, por ventura, en lo más apartado de la playa o en un paraje cercano, a fin de que yo lo sepa.

Así dijo para tentarme. Pero su intención no me pasó inadvertida a mí que sé tanto, y de nuevo le hablé con engañosas palabras:

—Poseidón, que sacude la tierra, rompió mi nave llevándola a un promontorio y estrellándola contra las rocas en los confines de vuestra tierra, el viento que soplaba del ponto se la llevó y pudiera librarme, junto con éstos, de una muerte terrible.

Así le dije. El cíclope, con ánimo cruel, no me dio respuesta; pero, levantándose de súbito, echó mano a los compañeros, agarró a dos y, cual si fuesen cachorrillos los arrojó a tierra con tamaña violencia que el encéfalo fluyó del suelo y mojó el piso. De contado despedazó los miembros, se aparejó una cena y se puso a comer como montaraz león, no dejando ni los intestinos, ni la carne, ni los medulosos huesos. Nosotros contemplábamos aquel horrible espectáculo con lágrimas en los ojos, alzando nuestras manos a Zeus; pues la desesperación se había señoreado de nuestro ánimo. El cíclope, tan luego como hubo llenado su enorme vientre, devorando carne humana y bebiendo encima leche sola, se acostó en la gruta tendiéndose en medio de las ovejas.

Entonces formé en mi magnánimo corazón el propósito de acercarme a él y, sacando la aguda espada que colgaba de mi muslo, herirle el pecho donde las entrañas rodean el hígado, palpándolo previamente; mas otra consideración me contuvo. Habríamos, en efecto, perecido allí de espantosa muerte, a causa de no poder apartar con nuestras manos el grave pedrejón que el Cíclope colocó en la alta entrada. Y así, dando suspiros, aguardamos que apareciera la divina Aurora.

Cuando se descubrió la hija de la mañana, Eos de rosáceos dedos, el cíclope encendió fuego y ordeñó las gordas ovejas, todo como debe hacerse, y a cada una le puso su hijito. Acabadas con prontitud tales faenas, echó mano a otros dos de los míos, y con ellos se aparejó el almuerzo.

En acabando de comer sacó de la cueva los pingües ganados, removiendo con facilidad el enorme pedrejón de la puerta; pero al instante lo volvió a colocar, del mismo modo que si a un carcaj le pusiera su tapa.

Mientras el Cíclope aguijaba con gran estrépito sus pingües rebaños hacia el monte, yo me quedé meditando siniestras trazas, por si de algún modo pudiese vengarme y Atenea me otorgara la victoria.

Al fin me pareció que la mejor resolución sería la siguiente. Echada en el suelo del establo se veía una gran clava de olivo verde, que el Cíclope había cortado para llevarla cuando se secase. Nosotros, al contemplarla, la comparábamos con el mástil de un negro y ancho bajel de transporte que tiene veinte remos y atraviesa el dilatado abismo del mar: tan larga y tan gruesa se nos presentó a la vista. Me acerqué a ella y corté una estaca como de una braza, que di a los compañeros, mandándoles que la puliesen. No bien la dejaron lisa, aguсé uno de sus cabos, la endurecí, pasándola por el ardiente fuego, y la oculté cuidadosamente debajo del abundante estiércol esparcido por la gruta. Ordené entonces que se eligieran por suerte los que, uniéndose conmigo deberían atreverse a levantar la estaca y clavarla en el

ojo del Cíclope cuando el dulce sueño le rindiese. Les cayó la suerte a los cuatro que yo mismo hubiera escogido en tal ocasión, y me junté con ellos formando el quinto.

Por la tarde volvió el Cíclope con el rebaño de hermoso vellón, que venía de pacer, e hizo entrar en la espaciosa gruta a todas las pingues reses, sin dejar a ninguna dentro del recinto; ya porque sospechase algo, ya porque algún dios se lo ordenara. Cerró la puerta con el pedrejón que llevó a pulso, se sentó, ordeñó las ovejas y las baladoras cabras, todo como debe hacerse, y a cada una le puso su hijito.

Acabadas con prontitud tales cosas, agarró a otros dos de mis amigos y con ellos se aparejó la cena. Entonces me acerqué al Cíclope, y teniendo en la mano una copa de negro vino, le hablé de esta manera:

—Toma, Cíclope, bebe vino, ya que comiste carne humana, a fin de que sepas qué bebida se guardaba en nuestro buque. Te lo traía para ofrecer una libación en el caso de que te apiadases de mi y me enviaras a mi casa, pero tú te enfureces de intolerable modo. ¡Cruel! ¿Cómo vendrá en lo sucesivo ninguno de los muchos hombres que existen, si no te portas como debieras?

Así le dije. Tomó el vino y se lo bebió. Y le gustó tanto el dulce licor que me pidió más:

—Dame de buen grado más vino y hazme saber inmediatamente tu nombre para que te ofrezca un don hospitalario con el cual huelgues. Pues también a los Cíclopes la fértil tierra les produce vino en gruesos racimos, que crecen con la lluvia enviada por Zeus; mas esto se compone de ambrosía y néctar.

Así habló, y volví a servirle el negro vino: tres veces se lo presenté y tres veces bebió incautamente. Y cuando los vapores del vino envolvieron la mente del Cíclope, le dije con suaves palabras:

—¡Cíclope! Preguntas cual es mi nombre ilustre y voy a decírtelo pero dame el presente de hospitalidad que me has prometido. Mi nombre es Nadie; y Nadie me llaman mi madre, mi padre y mis compañeros todos.

Así le hablé; y enseguida me respondió con ánimo cruel:

—A Nadie me lo comeré al último, después de sus compañeros, y a todos los demás antes que a él: tal será el don hospitalario que te ofrezca.

Dijo, se tiró hacia atrás y cayó de espaldas. Así echado, dobló la gruesa cerviz y le venció el sueño, que todo lo rinde: le salía de la garganta el vino con pedazos de carne humana, y eructaba por estar cargado de vino.

Entonces metí la estaca debajo del abundante rescoldo, para calentarla, y animé con mis palabras a todos los compañeros: no fuera que alguno, poseído de miedo, se retirase. Mas cuando la estaca de olivo, con ser verde, estaba a punto de arder y relumbraba intensamente, fui y la saqué del fuego; me rodearon mis compañeros, y una deidad nos infundió gran audacia. Ellos, tomando la estaca de olivo, la hincaron por la aguzada punta en el ojo del Cíclope; y yo, alzándome, la hacía girar por arriba. De la suerte que cuando un hombre taladra con el barreno el mástil de un navío, otros lo mueven por debajo con una correa, que asen por ambas extremidades, y aquél da vueltas continuamente: así nosotros, asiendo la estaca de ígnea punta, la hacíamos girar en el ojo del Cíclope y la sangre brotaba alrededor del ardiente palo. Le quemó el ardoroso vapor párpados y cejas, en cuanto la pupila estaba ardiendo y sus raíces crepitaban por la acción del fuego. Así como el broncista, para dar el temple que es la fuerza del hierro, sumerge en agua fría una gran segur o un hacha que rechina grandemente, de igual manera rechinaba el ojo del Cíclope en torno de la estaca de olivo. Dio el Cíclope un fuerte y horrendo gemido, retumbó la roca, y nosotros, amedrentados, huimos prestamente; mas él se arrancó la estaca, toda manchada de sangre, la arrojó furioso lejos de sí y se puso a llamar con altos gritos a los Cíclopes que habitaban a su alrededor, dentro de cuevas, en los ventosos promontorios. En oyendo sus voces, acudieron muchos, quién por un lado y quién por otro, y parándose junto a la cueva, le preguntaron qué le angustiaba:

—¿Por qué tan enojado, oh Polifemo, gritas de semejante modo en la divina noche, despertándonos a todos? ¿Acaso algún hombre se lleva tus ovejas mal de tu grado? ¿O, por ventura, te matan con engaño o con fuerza?

Les respondió desde la cueva el robusto Polifemo:

—¡Oh, amigos! "Nadie" me mata con engaño, no con fuerza.

Y ellos le contestaron con estas ligeras palabras:

—Pues si nadie te hace fuerza, ya que estás solo, no es posible evitar la enfermedad que envía el gran Zeus, pero, ruega a tu padre, el soberano Poseidón.

Apenas acabaron de hablar, se fueron todos; y yo me reí en mi corazón de cómo mi nombre y mi excelente artificio les había engañado. El Cíclope, gimiendo por los grandes dolores que padecía, anduvo a tientas, quitó el peñasco de la puerta y se sentó a la entrada, tendiendo los brazos

por si lograba echar mano a alguien que saliera con las ovejas; ¡tan mentecato esperaba que yo fuese!

Mas yo meditaba cómo pudiera aquel lance acabar mejor y si hallaría algún arbitrio para librar de la muerte a mis compañeros y a mí mismo. Revolví toda clase de engaños y de artificios, como que se trataba de la vida y un gran mal era inminente, y al fin me pareció la mejor resolución la que voy a decir. Había unos carneros bien alimentados, hermosos, grandes, de espesa y obscura lana; y, sin desplegar los labios, los até de tres en tres, entrelazando mimbres de aquellos sobre los cuales dormía el monstruoso e injusto Cíclope: y así el del centro llevaba a un hombre y los otros dos iban a entre ambos lados para que salvaran a mis compañeros.

Tres carneros llevaban por tanto, a cada varón; mas yo viendo que había otro carnero que sobresalía entre todas las reses, lo así por la espalda, me deslicé al lanudo vientre y me quedé agarrado con ambas manos a la abundantísima lana, manteniéndome en esta postura con ánimo paciente. Así, profiriendo suspiros, aguardamos la aparición de la divina Aurora.

Cuando se descubrió la hija de la mañana, Eos de rosáceos dedos, los machos salieron presurosos a pacer, y las hembras, como no se las había ordeñado, balaban en el corral con las ubres retesadas. Su amo, afligido por los dolores, palpaba el lomo a todas las reses que estaban de pie, y el simple no advirtió que mis compañeros iban atados a los pechos de los vedijudos animales. El último en tomar el camino de la puerta fue mi carnero, cargado de su lana y de mí mismo, que pensaba en muchas cosas. Y el robusto Polifemo lo palpó y así le dijo:

—¡Carnero querido! ¿Por qué sales de la gruta el postrero del rebaño? Nunca te quedaste detrás de las ovejas, sino que, andando a buen paso pacías el primero las tiernas flores de la hierba, llegabas el primero a las corrientes de los ríos y eras quien primero deseaba volver al establo al caer de la tarde; mas ahora vienes, por el contrario, el último de todos. Sin duda echarás de menos el ojo de tu señor, a quien cegó un hombre malvado con sus perniciosos compañeros, perturbándole las mentes con el vino. Nadie, pero me figuro que aun no se ha librado de una terrible muerte. ¡Si tuvieras mis sentimientos y pudieses hablar, para indicarme dónde evita mi furor! Pronto su cerebro, molido a golpes, se esparciría acá y acullá por el suelo de la gruta, y mi corazón se aliviaría de los daños que me ha causado ese despreciable Nadie.

Diciendo así, dejó el carnero y lo echó afuera. Cuando estuvimos algo apartados de la cueva y del corral, me solté del carnero y desaté a los amigos. Al punto antecogimos aquellas gordas reses de gráciles piernas y, dando muchos rodeos, llegamos por fin a la nave.

Nuestros compañeros se alegraron de vernos a nosotros, que nos habíamos librado de la muerte, y empezaron a gemir y a sollozar por los demás. Pero yo haciéndoles una señal con las cejas, les prohibí el llanto y les mandé que cargaran presto en la nave muchas de aquellas reses de hermoso vellón y volviéramos a surcar el agua salobre. Se embarcaron en seguida y, sentándose por orden en los bancos, tornaron a batir con los remos el espumoso mar.

Y, en estando tan lejos cuanto se deja oír un hombre que grita, hablé al Cíclope con estas mordaces palabras:

—¡Cíclope! No debías emplear tu gran fuerza para comerte en la honda gruta a los amigos de un varón indefenso. Las consecuencias de tus malas acciones habían de alcanzarte, oh cruel, ya que no

temiste devorar a tus huéspedes en tu misma morada; por eso Zeus y los demás dioses te han castigado.

Así le dije; y él, airándose más en su corazón, arrancó la cumbre de una gran montaña, la arrojó delante de nuestra embarcación de azulada proa, y poco faltó para que no diese en la extremidad del gobernalle. Se agitó el mar por la caída del peñasco y las olas, al refluir desde el ponto, empujaron la nave hacia el continente y la llevaron a tierra firme. Pero yo, asiendo con ambas manos un larguísimo botador, la eché al mar y ordené a mis compañeros, haciéndoles con la cabeza silenciosa señal, que apretaran con los remos a fin de librarnos de aquel peligro. Se encorvaron todos y empezaron a remar. Mas, al hallarnos dentro del mar, a una distancia doble de la de antes, hablé al Cíclope, a pesar de que mis compañeros me rodeaban y pretendían disuadirme con suaves palabras unos por un lado y otros por el opuesto:

—¡Desgraciado! ¿Por qué quieres irritar a ese hombre feroz que con lo que tiró al ponto hizo volver la nave a tierra firme donde creíamos encontrar la muerte? Si oyera que alguien da voces o habla, nos aplastaría la cabeza y el maderamen del barco, arrojándonos áspero peñón. ¡Tan lejos llegan sus tiros!

Así se expresaban. Mas no lograron quebrantar la firmeza de mi corazón magnánimo; y, con el corazón irritado, le hablé otra vez con estas palabras:

—¡Cíclope! Si alguno de los mortales hombres te pregunta la causa de tu vergonzosa ceguera, dile que quien te privó del ojo fue Odiseo, el asolador de ciudades, hijo de Laertes, que tiene su casa en Ítaca.

Habló, pues, de esta suerte; y le contesté diciendo:

—¡Así pudiera quitarte el alma y la vida, y enviarte a la morada de Hades, como ni el mismo dios que sacude la tierra te curará el ojo!

Así dije. Y el Cíclope oró en seguida al soberano Poseidón alzando las manos al estrellado cielo:

—¡Óyeme, Poseidón que ciñes la tierra, dios de cerúlea cabellera! Si en verdad soy tuyo y tú te glorias de ser mi padre, concédeme que Odiseo, asolador de ciudades, hijo de Laertes, que tiene su casa en Ítaca, no vuelva nunca a su palacio. Mas si le está destinado que ha de ver a los suyos y volver a su bien construida casa y a su patria, sea tarde y mal, en nave ajena, después de perder todos los compañeros, y se encuentre con nuevas cuitas en su morada!

Así dijo rogando, y le oyó el dios de cerúlea cabellera. Acto seguido tomó el Cíclope un peñasco mucho mayor que el de antes, lo despidió, haciendo voltear con fuerza inmensa, se arrojó detrás de nuestro bajel de azulada proa, y poco faltó para que no diese en la extremidad del gobernalle. Se agitó el mar por la caída del peñasco, y las olas, empujando la embarcación hacia adelante, la hicieron la llegar a tierra firme.

Así que arribamos a la isla donde estaban juntos los restantes navíos, de muchos bancos, y en su contorno los compañeros que nos aguardaban llorando, saltamos a la orilla del mar y sacamos la nave a la arena. Y, tomando de la cóncava embarcación las reses del Cíclope, nos las repartimos de modo que ninguno se quedara sin su parte. En esta partición que se hizo del ganado, mis compañeros, de hermosas armaduras, me asignaron el carnero, además de lo que me correspondía; y yo lo sacrifiqué en la playa a Zeus Cronida, que amontona las nubes y sobre todos reina, quemando en su obsequio ambos muslos. Pero el dios, sin hacer caso del sacrificio, meditaba como podrían llegar a perderse todas mis naves de muchos bancos con los fieles compañeros.

Y ya todo el día, hasta la puesta del sol, estuvimos sentados, comiendo carne en abundancia y bebiendo dulce vino. Cuando el sol se puso y sobrevino la oscuridad, nos acostamos en la orilla del mar.

Pero, apenas se descubrió la hija de la mañana, Eos de rosáceos dedos, ordené a mis compañeros que subieran a la nave y desataran las amarras. Se embarcaron prestamente y, sentándose por orden en los bancos, tornaron a batir con los remos el espumoso mar.

Desde allí seguimos adelante, con el corazón triste, escapando gustosos de la muerte, aunque perdimos algunos compañeros.

VADEMECUM LATINAE LINGUAE II
0. La lengua latina: II
1. El alfabeto latino: el abecedario II
1.1 Vocales: II
1.2 Diptongos: II
1.3 Consonantes: II
1.4 El acento y la cantidad de las sílabas: III
2. Partes de la oración IV
3. Géneros IV
4. Número IV
5. Los casos V
6. La declinación VII
7. Tema, raíz VII
8-. El enunciado de las palabras VII
9-. El enunciado de los sustantivos: VII
10-. Las cinco declinaciones VIII
11-. La primera declinación X
12-. ¿Cómo declinar ahora alguna palabra? XI
13-. Singularidades de algunas palabras de toda declinación: XI
14-. El verbo latino: XII
13.1 Voces del verbo: XII
13.2 Modos del verbo: XII
13.3 Tiempos del verbo: XII
13.4 Personas del verbo: XIII
15-. El enunciado de los verbos XIII
16-. Las cuatro conjugaciones y sus paradigmas o ejemplos: XIII
17-. El enunciado del verbo ser y algunas peculiaridades: XIV
18-. Presente de indicativo sum, es, esse, fui: XV
19-. Las desinencias verbales de los tiempos de presente: XV
20-. Presente de indicativo de todos los verbos: XV
21-. Cómo se analiza un verbo: XVIII
22-. Te hago un mapa: XIX
23-. Segunda declinación XX
24-. El adjetivo latino XXIII
25-. El adjetivo tipo I XXIV
26-. La preposición latina: XXVI
27-. Pretérito imperfecto de sum, es, esse, fui: XXVIII
28-. Pretérito imperfecto de todos los tiempos: XXVIII
29-. Futuro imperfecto o simple de sum, es, esse, fui: XXIX
30-. Futuro imperfecto de todos los tiempos XXIX
31-. Pretérito perfecto simple de indicativo de sum, es, esse, fui: XXXI
32-. Tiempos de perfecto y desinencias personales de perfecto: XXXI
33-. Pretérito perfecto de todos los tiempos XXXI
Vocabulario para traducir: XXXII
34-. La tercera declinación XXXIII
35-. Adjetivos de la tercera declinación: adjetivos tipo II XXXIV
36-. Adjetivos con la tercera declinación: tipo III XXXV
37-. Cuarta declinación XXXVI
38-. Quinta declinación: XXXVII
39. Antigüedad griega. Las aventuras de Ulises en *La Odisea*: XXXVIII
1. La cólera de Neptuno: XXXVIII
2. En el país de los Cicones y de los Lotófagos: XXXVIII
3. En la cueva del cíclope Polifemo: XXXVIII
4. Estratagema de Ulises para escapar de Polifemo: XXXVIII
5. ¿Cómo salir de la cueva de Polifemo? XXXVIII
6. El odre de Eolo: XXXIX
7. En el palacio de la maga Circe: XXXIX
8. En la isla de Calipso: XXXIX
9. En el país de los feacios: XXXIX
10. El regreso de Ulises a Ítaca: XXXIX
11. La matanza de los pretendientes: XXXIX
VADEMECUM LINGUAE GRAECAE XLI
1-. Alfabeto griego: XLI
2-. La pronunciación: XLII

3-. Los signos: XLII
4-. La transliteración: XLII
5-. Las etimologías: XLIII
6-. Textos para leer: Esopo XLIV
La zorra y la máscara XLIV
El anciano y la muerte XLIV
El asno y la piel de león XLIV
El agricultor y la piel de serpiente XLV
7-. Textos para leer: Evangelio según San Lucas XLVI
Nacimiento de Jesús. Evangelio según Lucas 2, 1-7 XLVI
Crucifixión y muerte de Jesús. Evangelio según Lucas 23, 33-34 y 44-47 XLVI
8-. Evangelio trilingüe XLVII
9-. Textos clásicos: XLVIII
La Odisea. Canto XII (fragmento): Las sirenas XLVIII
La Odisea. Canto XXI L
Fábulas de Esopo: LVI
Juramento hipocrático, de Hipócrates de Cos (s. V aC) LIX
Apología de Sócrates, de Platón LX
Política, de Aristóteles Libro octavo. Capítulo IX LXIII
Los 12 trabajos de Hércules LXVI
Antígona, de Sófocles LXIX
Ética a Nicómaco, de Aristóteles: Libro VIII, fragmentos LXX
Iliada, de Homero. CANTO I LXXII
CANTO IX de LA ODISEA LXXX